

Arte, política y memoria en la revuelta social

La revuelta
social en Colombia

Tomo II

Luis G. Duquino
Gabriel E. Arjona
Editores académicos



**Arte, política y memoria
en la revuelta social**

La revuelta social en Colombia

Tomo 2

© Universidad Pedagógica Nacional de Colombia

Arte, política y memoria en la revuelta social.
La revuelta social en Colombia. Tomo 2

Editores académicos:

Luis Gabriel Duquino Rojas
Gabriel Enrique Arjona Pachón

Autores:

Natalia Barrero Cubides, Diana Carolina Quiñones,
Ariel Camilo Gonzalez Moreno, Juan Felipe Quintero
Leguizamón, Daniela Bejarano Rubio, Juan David
Cardozo Terreros, Lucca Naima Salomé Cruz Zubieta,
Laura Valentina Guerrero Rojas, Yuly Esmeralda
González Rojas, Juan David Peñaranda Peralta,
Karen Daniela Fino Bernal, Andrés Felipe Mahecha
Castrillón

ISBN impreso: 978-628-7851-93-1
ISBN pdf: 978-628-7851-94-8

Primera edición, 2026

Helberth Augusto Choachí González
Rector

Paola Helena Acosta Sierra
**Vicerrectora de Investigación, Extensión y
Proyección Social**

Víctor Espinosa Galán
Vicerrector Académico

Yaneth Romero Coca
Vicerrectora Administrativa y Financiera

Gina Marcela Duarte Fonseca
Secretaria General

Preparación editorial

Universidad Pedagógica Nacional
Grupo Interno de Trabajo Editorial
Calle 72 N°12-77.
Tercer piso, Edificio Administrativo
editorial.pedagogica.edu.co

Alba Lucía Bernal Cerquera
Coordinación

Tomás Collazos Garay
Edición

Isabella Rendón
Revisión de primeras artes

Pablo A. Castro Henao
Martha Janneth Méndez
Corrección de estilo

Mauricio Salamanca
Diagramación

Image Printing
Impresión

Bogotá, D. C., 2026

Hecho el depósito legal que ordena la Ley 44 de 1993 y
el decreto reglamentario 460 de 1995.



Esta publicación puede ser distribuida, copiada y
exhibida por terceros si se muestra en los créditos. No
se puede obtener ningún beneficio comercial. No se
pueden realizar obras derivadas.

Catalogación en la fuente - Biblioteca Central de la Universidad Pedagógica Nacional.

Arte, política y memoria en la revuelta social. La revuelta social en Colombia. Tomo 2 /
Luis G. Duquino, Gabriel E. Arjona, editores académicos. – Primera edición. – Bogotá
Universidad Pedagógica Nacional ; Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales. CLACSO,
2026.
Incluye fotografías a color.

Incluye: Referencias bibliográficas al final de cada capítulo.

1. Movimientos Sociales – América Latina.
2. Inclusión Social.
3. Movimientos de Protesta – América Latina.
4. Manifestaciones.
5. Colombia – Política y Gobierno.
6. Arte y Estado.
7. Memoria Colectiva.
8. Arte – Aspectos Políticos.
9. Duque Márquez, Iván, 1976- Gobierno.
10. Lenguaje Artístico – Grecia y América Latina.
11. Líderes Sociales -
Condiciones Sociales.
12. Identidad Colectiva.
13. Crisis Política.

322.44 23.ed.

Arte, política y memoria en la revuelta social

La revuelta social en Colombia

Tomo 2

**Luis G. Duquino
Gabriel E. Arjona
Editores académicos**





CLACSO

Consejo Latinoamericano
de Ciencias Sociales

Conselho Latino-americano
de Ciências Sociais

CLACSO Secretaría Ejecutiva

Pablo Vommaro - Director Ejecutivo

Gloria Amézquita - Directora Académica

María Fernanda Pampín - Directora de Publicaciones

Equipo Editorial

Lucas Sablich - Coordinador Editorial

Solange Victory - Producción Editorial

Valeria Carrizo y Darío García - Biblioteca Virtual



Librería

Latinoamericana

y Caribeña de

Ciencias Sociales

CONOCIMIENTO ABIERTO, CONOCIMIENTO LIBRE

Los libros de CLACSO pueden descargarse libremente en formato digital o adquirirse en versión impresa desde cualquier lugar del mundo ingresando a libreria.clacso.org

Arte, política y memoria en la revuelta social, La revuelta social en Colombia. Tomo 2. (Buenos Aires: CLACSO, mayo de 2026).

ISBN impreso: 978-628-7851-93-1, ISBN pdf: 978-628-7851-94-8



© Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales | Queda hecho el depósito que establece la Ley 11723. La responsabilidad por las opiniones expresadas en los libros, artículos, estudios y otras colaboraciones incumbe exclusivamente a los autores firmantes, y su publicación no necesariamente refleja los puntos de vista de la Secretaría Ejecutiva de CLACSO.

CLACSO

Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales - Conselho Latino-americano de Ciências Sociais

Estados Unidos 1168 | C1023AAB Ciudad de Buenos Aires | Argentina

Tel [54 11] 4304 9145 | Fax [54 11] 4305 0875 | [<clacso@clacsoinst.edu.ar>](mailto:clacso@clacsoinst.edu.ar) | [<www.clacso.org>](http://www.clacso.org)

Índice

Prólogo.....	7
Introducción.....	15
Disputas simbólicas de la ciudadanía en Colombia durante el gobierno de Iván Duque (2018-2022).....	19
<i>Natalia Barrero Cubides</i>	
Sintomatología de la violencia: discapacitación juvenil y necroprácticas estatales durante el estallido social colombiano.....	55
<i>Diana Carolina Quiñones</i>	
Una lectura del Portal Resistencia a tres años del Paro Nacional. Necesidades teóricas para un acontecimiento radical.....	93
<i>Ariel Camilo González Moreno, Juan Felipe Quintero Leguizamón</i>	
Hacer memoria desde las manos: las pedagogías textiles como constructoras de memoria de los ciclos de protesta en Bogotá entre 2012-2023.....	115
<i>Daniela Bejarano Rubio, Juan David Cardozo Terreros, Lucca Naima Salomé Cruz Zubieta y Laura Valentina Guerrero Rojas</i>	
¿Una imagen dice más que mil palabras? El fanzine para la memoria crítica del estallido social en Colombia.....	137
<i>July Esmeralda González Rojas, Juan David Peñaranda Peralta</i>	
Saltando se resiste: arte corporal comunitario y construcción de memoria en Bogotá.....	157
<i>Karen Daniela Fino Bernal</i>	
Fragmentos de un país que arde: visualidades en resistencia.....	173
<i>Andrés Felipe Mahecha Castrillón</i>	
Sobre los editores académicos.....	203

Prólogo

El libro *Arte, política y memoria en la revuelta social. La revuelta social en Colombia* se presenta como un tejido interdisciplinar que captura la efervescencia y la crudeza del estallido social en Colombia entre 2018 y 2022. Este texto analiza diversas confrontaciones simbólicas y las disputas por la memoria ocurridas en Colombia durante el gobierno de Iván Duque.

Por un lado, la resistencia se comprende no solo como una oposición física, sino como una construcción simbólica, estética, territorial y corporal. Las concepciones de memoria varían según el enfoque artístico y político de cada capítulo, entendiéndola como un proceso vivo, corporal y en constante disputa. Por otro, el estallido social en Colombia se comprende como un fenómeno multidimensional que abarca desde la crisis de legitimidad del Estado hasta la insurgencia de nuevas subjetividades políticas, vinculándose estrechamente con las artes como prácticas de resistencia, denuncia y construcción de memorias colectivas. Es así como la dimensión política de estas acciones se comprende más allá de un ejercicio puramente institucional o electoral, sino como un campo de disputas simbólicas, corporales, afectivas y territoriales.

Mediante enfoques cualitativos de análisis de la imagen y de investigación-creación, los autores examinan cómo los medios y el Estado construyeron narrativas para legitimar, o no, la protesta. Los textos incluidos en el presente tomo destacan el uso y revisión de categorías como “héroes”, “vándalos” y “gente de bien” para moldear la opinión pública en esferas tanto analógicas como digitales. Así

mismo exploran el papel del arte comunitario, las pedagogías textiles y la iconografía de resistencia como apuestas ciudadanas para contrarrestar los discursos oficiales y activar prácticas de liberación. El espacio público y simbólico, al ser determinante en la lucha por la legitimidad política durante este periodo de crisis social, también es sujeto/objeto de indagación y creación.

A través de sus páginas, la obra no solo documenta un acontecimiento histórico, sino que propone desplazamientos analíticos, de interpretación y de creación hacia las imágenes, los cuerpos y los afectos como territorios de disputa política y construcción de memoria social.

Estos desplazamientos invitan a ampliar las comprensiones éticas, estéticas y políticas de los fenómenos sociales, para redimensionar su incidencia en las colectividades que se involucran y aquellas que emergen. Desde este lugar, el arte como práctica social se redimensiona para revelar otras identidades y formas de subjetividad que transitan hacia la reivindicación de derechos y la configuración de memorias colectivas. Estas no solo construyen miradas testimoniales frente a los sucesos, sino que devienen en militancias y formas de agencia encarnada, capaces de activar la construcción de memoria para habitar un presente desafiante.

El recorrido inicia con la investigación de Natalia Barrero Cubides, quien desentraña la confrontación simbólica en la esfera pública, análoga y digital. A partir de un entramado metodológico que pone en diálogo el *Atlas Mnemosyne* de Warburg y la arqueología del saber de Foucault, el capítulo examina las maneras en que las categorías de “héroe”, “vándalo” y “gente de bien” fueron utilizadas tanto por el Estado como por los sectores movilizadas para legitimar o deslegitimar la protesta social. A partir del análisis de imágenes basado en el trabajo de Warburg, se rastrean las representaciones visuales de “héroes” o “vándalos” que activan memorias colectivas y disputan el sentido de la historia oficial frente a las memorias de las víctimas de crímenes de Estado. Comprendiendo, de este modo, la

imagen como un vehículo de transferencia de conocimiento y portadora de memoria.

La resistencia se manifiesta a través de la creación de contradiscursos que permiten a los sectores subordinados reformular sus intereses e identidades. Esta, a su vez, implica disputar el sentido de categorías estigmatizantes y reapropiarse de arquetipos para dotar de nuevos significados a la movilización social y reconfigurar el campo político.

El capítulo escrito por Diana Carolina Quiñones aborda las categorías de biopolítica y necropolítica para analizar la *discapacitación* de los jóvenes durante el estallido social. Desde la perspectiva de la autora, el Estado implementó un “tratamiento inmunizador” —que incluyó la mutilación física y simbólica, como las lesiones oculares— para invalidar y controlar a los cuerpos considerados “patógenos” de indignación, convirtiendo la discapacidad en un mecanismo de castigo y control necropolítico.

La resistencia es metaforizada como un “virus de la indignación” que infecta al organismo social injusto. Esta pervive en los cuerpos de los jóvenes, quienes transforman sus heridas y discapacidades físicas en archivos vivos de memoria. Es una fuerza vital que, a pesar de la fragmentación, insiste en imaginar futuros justos y se niega a morir en silencio. En este punto, el sostenimiento de redes de solidaridad frente a la exclusión estatal se torna fundamental. En este análisis sobre la violencia y la “discapacitación”, la memoria se aloja directamente en la piel, en los cuerpos “sobrantes” que rechazan el silenciamiento y utilizan sus propias marcas de sumisión como potencia de futuro y denuncia contra el orden necropolítico.

Posteriormente, Ariel Camilo González y Juan Felipe Quintero trasladan la mirada al Portal Resistencia, entendiéndolo como un epicentro de política situada y autónoma. Su capítulo destaca que la transformación social hoy no se agota en las urnas, sino que sobrevive en capas organizativas de largo aliento que buscan justicia territorial y una vida digna fuera de los marcos institucionales, en

los que la autogestión comunitaria que defiende la vida digna en los barrios se torna fundamental.

Propone detenerse en prácticas cotidianas de resistencia, como las ollas comunitarias, entendidas como ejercicios de soberanía alimentaria y cuidado colectivo frente a la precarización neoliberal, y el uso de redes sociales para visibilizar la represión y crear solidaridad, conformando espacios humanitarios y brigadas de salud en puntos de concentración. El estallido es visto como un acontecimiento radical que traslada el conflicto al ámbito urbano. Asimismo, potencia el despliegue de memorias vivas, así como la autonomía comunitaria a través de la apropiación simbólica del espacio público, y transforma los actos estatales en actos políticos en defensa del bien común.

La dimensión estética y táctil cobra fuerza con el trabajo colectivo del “Costurero por la memoria de la criminalización de la protesta” que propone las pedagogías textiles como constructoras de memoria sensorial desde el giro afectivo. El acto de bordar colectivamente permite *materializar lo inefable* y convertir la costura en un documento de denuncia frente a la criminalización. De esta forma, mediante la acción colectiva se procesan las afectaciones de la criminalización y persecución de manifestantes en Bogotá. Los costureros materializan afectos y relatos de resistencia, reconociendo que el tejido actúa como un lenguaje que conecta el cuerpo, la identidad colectiva y la denuncia de la violencia estatal.

En esa medida, la resistencia es una práctica micropolítica, una forma de *agujerear barrotes* que permite tramitar el dolor de la criminalización y la persecución. Mediante estas acciones (fotobordado, cartografía textil), los cuerpos heridos recuperan su agencia y los objetos creados son documentos políticos que liberan subjetividades, denuncian la violencia estatal y abrazan la esperanza de cambios necesarios en la sociedad.

En una línea de análisis crítico, Yuly Esmeralda González y Juan David Peñaranda exploran el fanzine “El show de la muerte” como un dispositivo de análisis crítico del discurso (ACD) y divulgación

extraacadémica. Los autores analizan cómo los discursos hegemónicos legitimaron la represión estatal en 2021, utilizando ilustraciones satíricas y macabras para promover una memoria crítica que interpele la violencia y active la agencia social. Esta última sostenida desde la educación popular y la autogestión.

La resistencia en este capítulo consiste en producir imágenes satíricas y macabras que desafíen narrativas oficiales de la represión, promoviendo una memoria crítica que no olvida a las víctimas. El texto propone una relación con la memoria crítica que no solo busca registrar hechos históricos, sino interpelar causas estructurales de la violencia y evidenciar la agencia de los sujetos ante ella.

El libro reivindica prácticas cotidianas insospechadas, como el salto con cuerda. Karen Daniela Fino Bernal analiza las propuestas de dos colectivas que transforman el juego en un ocio contrahegemónico y lo constituyen como una práctica de recreación comunitaria crítica, situando el arte corporal como una forma de re-existencia que ocupa el espacio público, construye tejido social y genera memoria compartida en los barrios de Bogotá a partir de encuentros intergeneracionales. Este capítulo concibe la memoria sensorial y situada ligada al derecho de habitar la ciudad, transformando el ocio en un territorio de disputa política que desafía las lógicas productivas y coloniales del tiempo, a su vez que visibiliza demandas sociales actuales.

Finalmente, Andrés Felipe Mahecha Castrillón cierra este tomo analizando la fotografía documental como un artefacto contrahegemónico. Su aporte central es la definición de una agencia visual situada, donde el fotógrafo no es un testigo pasivo, sino un actor implicado que disputa los sentidos de lo político en la calle y construye memorias insurgentes a través de encuadres del conflicto. La fotografía durante el estallido social no fue un registro pasivo, sino que constituyó narrativas visuales de resistencia. El capítulo analiza cómo las imágenes disputan los sentidos de lo político

y construyen memorias insurgentes, en las que el encuadre y la mirada del fotógrafo actúan como actos de denuncia y herramientas de pedagogía crítica.

La resistencia deviene en insurgencia estética y visualidad crítica. Quien fotografía denuncia la violencia y sostiene la dignidad de los cuerpos movilizadas, construyendo la memoria a partir de archivos sensibles que dan cuenta de relatos en disputa que confrontan el olvido institucional y transforman el duelo privado en una demanda pública de justicia.

En conjunto, este tomo constituye un archivo vivo de disensos. Sus autores logran demostrar que, en Colombia, el arte y la memoria no son solo formas de representación, sino actos de creación política que sostienen la esperanza y la dignidad en medio de un país que arde. Sus capítulos ofrecen aportes significativos en las dimensiones teórica, metodológica y social para comprender el estallido social en Colombia. Dentro de las contribuciones más relevantes se encuentran desplazamientos teóricos y conceptuales que invitan a ampliar y renovar categorías de la experiencia, como la esfera pública y la necropolítica, así como a problematizar narrativas y discursos hegemónicos para narrar-se las realidades de otras maneras, apelando a la construcción de sentidos múltiples y polifónicos.

De la misma manera, las distintas contribuciones apuntan a construcciones metodológicas interdisciplinarias que conectan diversas aproximaciones a los métodos visuales, en articulación con modos de pensar y elaborar historias, así como con procesos de investigación-creación que amplían las perspectivas hacia lo táctil y lo corporal.

Por último, y en esa misma dirección, los aportes sociales y políticos se sitúan al nombrar las distintas disputas en torno a las categorías derivadas del conflicto y sus relaciones de poder, que se ven desafiadas y movilizadas por los movimientos de resistencia, atravesados por una importante dimensión intergeneracional.

El libro sostiene que la memoria del estallido social está encarnada. Desde el movimiento de las manos al tejer hasta las cicatrices y mutilaciones físicas, los cuerpos de los jóvenes se presentan como archivos vivos de disenso que se niegan a ser silenciados por las narrativas oficiales. Desde una lectura encarnada, se invita a lxs lectores a navegar por los procesos, investigaciones y creaciones, y a interpelar lo que se concibe previamente como arte, memoria y estallido social, para ampliar sus concepciones, prácticas y experiencias en términos poéticos y políticos. Merecemos narrarnos y ser narrados desde lugares críticos que expandan los sentidos de las realidades que habitamos.

Mónica Marcell Romero Sánchez
Artista/docente/investigadora
Pontificia Universidad Javeriana

Introducción

Escribimos estas líneas cuando aún se desarrolla una de las mayores tragedias de la actualidad para la humanidad: el genocidio en la Franja de Gaza, que reporta 40 mil niños palestinos asesinados y lesionados, estimando una tasa de 28 infantes asesinados por día (La Jornada, 2025). De manera simultánea, se desarrolla una intensa guerra entre EE.UU. e Israel contra Irán, la cual se basa principalmente en intereses económicos, el control de fuentes energéticas, objetivos de predominio geopolítico y militar, en donde se acumulan costes militares y colaterales avaluados en más de 50 mil millones de dólares (The Times, 2026), cifra que corresponde a la inversión anual necesaria para proveer a toda Latinoamérica y el Caribe de agua potable y alcantarillado (CEPAL, 2023), carencia que para el 2022 en la región causó 152 000 muertes en menores de 5 años (PAHO, 2024).

El mismo mundo en que la desigualdad global de ingresos sigue siendo abrupta: en 2025, el 50 % más pobre de la población mundial recibe apenas el 8 % del ingreso global, mientras el 10 % más rico capta el 53 %. Planteado de otro modo, el 10 % superior gana más que el 90 % restante combinado. La desigualdad de riqueza es todavía más intensa: el 10 % más rico posee el 75 % de la riqueza mundial, mientras que la mitad más pobre posee solo el 2%. En la cúspide de la pirámide, un informe reciente muestra que el 0,001 % más rico —unas 56 000 personas adultas— concentra tres veces más riqueza que la mitad de la humanidad. Su participación en la riqueza global

pasó de alrededor del 3,8 % en 1995, a casi el 6,1% en 2025 (Chancel *et al.*, 2026).

Estas cifras, que evidencian parte del panorama que transitamos en la actualidad como humanidad, son a la vez el sustrato y la justificación para reivindicar y valorar a las mujeres y los hombres, a la humanidad que alza su voz a través de la revuelta social. Múltiples personas en diversas geografías se levantan de manera solidaria contra la opresión, la inequidad y demás injusticias sociales, que suelen marchar invisibilizadas en la visión del desarrollo como crecimiento económico, el cual margina a muchas personas de vivir en condiciones dignas, libres, equitativas, según sus cosmovisiones y en armonía con la naturaleza.

Una parte de estas sociedades en movimiento está registrada aquí, mostrándonos cómo el arte puede tener un rol principal en las construcciones políticas y de la memoria que habitan el núcleo de estas luchas. El arte, más allá de una mera instrumentalización, se concibe como agente principal en la consolidación de escenarios alternativos a la realidad dada, facilitador de otros mundos posibles en la imaginación, la creación y las prácticas vitales cotidianas.

En este documento, que corresponde al segundo tomo del libro *Arte, política y memoria en la revuelta social*, se reúne un compendio de reflexiones sobre las relaciones entre arte, política, memoria y transformación social en el Estallido Social (2019 -2021) y otras revueltas anteriores en la historia de Colombia. Si bien cada capítulo desarrolla una investigación independiente, también existen vasos comunicantes en las ideas que plantean sus autores y autoras.

Se hace patente que se han investigado y documentado con mayor asiduidad las dimensiones sociales y políticas de las revueltas sociales, dejando de lado la dimensión cultural y artística, que cada vez cobra mayor relevancia como manifestación creativa del disenso, resignificación de lo acontecido, tejido de memorias y ejercicio individual y colectivo de re-existencia. Entendida esta última

como el planteamiento de nuevas formas de existir para hacer frente a las visiones únicas y totalizantes, generando nuevos horizontes de sentidos propios que mantienen una alter-nativa real de vida.

Este conjunto de artículos reafirma que las revueltas y los movimientos sociales contemporáneos no deben leerse solo como hechos políticos, sino que también son territorios de disputa estética y simbólica. De este modo, se devela que la esfera pública —física y digital— no es un escenario aséptico, objetivo y atemporal, sino, por el contrario, un espacio de construcción social histórica, situado, que pone en escena tensiones y diálogos entre distintas visiones de la realidad, que emplean lenguajes creativos para determinar sentidos, taxonomías, consensos y disensos. Una comprensión más consciente y diversa de la esfera pública es un prerrequisito fundamental de una democracia real y profunda.

Los capítulos también nos recuerdan que la protesta social es un derecho ciudadano, respaldado por la Constitución de 1991 y las leyes. Tal como afirma Germán Rey, en las calles también hay cultura: “en la protesta se encuentran la participación social y el desencanto; las desigualdades y las dudas sobre el futuro y el replanteamiento de las formas tradicionales del ejercicio de la política; las crisis de la representación y el advenimiento de otras formas de la deliberación social” (2021, p. 25).

Las expresiones creativas ciudadanas y la construcción de memoria colectiva durante el periodo de revuelta social no solo utilizaron lenguajes artísticos como el grafiti, la música o el muralismo, sino también prácticas y manifestaciones menos difundidas o extendidas en la población, pero igualmente relevantes y pertinentes en sus contextos locales y comunitarios, como el *fanzine*, las prácticas textiles y el salto con cuerda.

Por último, los escritos contenidos en este libro nos permiten abrir la mirada y ampliar nuestro círculo de afectos y comprensiones, para percibir que, en algunas ocasiones, lo diferente hace

parte de lo propio, en un proyecto de construcción de alternativas de mundo pluricultural, y que la indignación puede devenir en la creación de mejores realidades, de justicia e inclusión para todas las personas que habitamos el planeta.

Luis Gabriel Duquino
Gabriel E. Arjona Pachón
Editores Académicos

Referencias

- Comisión Económica para América Latina y el Caribe [CEPAL]. (2023). *Necesidades de inversión en agua potable y saneamiento en América Latina y el Caribe: efectos en el empleo verde y el valor agregado bruto*.
- World Inequality Lab. (2025). *World inequality report 2026*. <https://wir2026.wid.world/>
- La Jornada. (2025, octubre 8). *Cada día, 28 niños asesinados*. <https://www.jornada.com.mx/2025/10/08/politica/004n2pol>
- Pan American Health ORGANIZATION [PAHO]. (2024, mayo 14). *Encouraging trends and persistent challenges: Analysis under-five mortality*. <https://www.paho.org/en/news/14-5-2024-encouraging-trends-and-persistent-challenges-analysis-under-five-mortality-and>
- Rey, G. (2021). *La cultura. La actualización del futuro: Diagnóstico técnico preparado para el Plan Nacional de Cultura*. Ministerio de Cultura de Colombia. https://www.mincultura.gov.co/despacho/plan-nacional-de-cultura/Documents/10.%20La%20Cultura,%20la%20actualizacio%CC%81n%20del%20futuro%20por%20Germa%C%81n%20Rey_compressed.pdf
- The Times. (2026). *Iran war: us bases in Middle East damaged in attack*. <https://www.thetimes.com/world/middle-east/israel-iran/article/iran-war-us-bases-middle-east-damage-attack-sld8zcl3f>

Disputas simbólicas de la ciudadanía en Colombia durante el gobierno de Iván Duque (2018-2022)

*Natalia Barrero Cubides**

Las investigaciones sobre los estallidos sociales en Colombia durante el gobierno de Iván Duque (2018-2022) han privilegiado el estudio de las demandas sociales y las consecuencias políticas, económicas y sociales del paro nacional del 2021. Por otro lado, también se han centrado en documentar violaciones a los derechos humanos cometidas por la fuerza pública en las protestas del 2019-2021. Sin embargo, este trabajo propone un desplazamiento analítico al situar la opinión pública y las imágenes discursivas como objeto central de estudio. A partir del análisis de las categorías Gente de bien, Vándalos y Héroe, se evidencia cómo muchedumbres políticas, élites económicas y la fuerza pública disputaron el sentido de las movilizaciones y construyeron antagonismos simbólicos que reconfiguraron el campo político y social.

* Licenciada en Artes Visuales y magíster en Estudios Sociales de la Universidad Pedagógica Nacional. Actualmente se desempeña como docente catedrática en esta institución y hace parte del grupo de investigación Praxis Visual de la Licenciatura en Artes Visuales. Su trayectoria investigativa se ha orientado hacia el análisis crítico de la imagen, con especial interés en la problematización de las representaciones escultóricas y mediáticas que circulan dentro de la cultura visual. Correo: nbarreroc@upn.edu.co

Introducción

La asunción de la presidencia de Colombia por parte de Iván Duque en el 2018 estuvo acompañada de un ambiente de controversia debido a las denuncias de fraude que pusieron en duda la transparencia de su elección. En primer lugar, circularon en redes sociales imágenes de los formularios E14 con presuntas alteraciones que favorecieron al entonces candidato (“CNE le suma 238 votos a Petro”, 2018, 8 de junio). Posteriormente, en marzo del 2020, el periodista Gonzalo Guillén difundió en *La Nueva Prensa* una serie de audios en los que Guillermo “Ñeñe” Hernández, ganadero y narcotraficante, conversaba con María Claudia Daza, asesora de Álvaro Uribe Vélez, sobre la necesidad de obtener recursos “por debajo de la mesa” para asegurar votos a favor de Duque en distintas regiones (Guillén y Martínez, 2020). A estas acusaciones se sumó la excongresista Aída Merlano, condenada por fraude electoral, quien señaló directamente a Duque y a Uribe de haber participado en dichas prácticas (“Las reacciones políticas a las declaraciones explosivas de Aída Merlano”, 2020, 17 de febrero).

Fue de esta manera como un presidente joven y sin experiencia administrativa, respaldado por el uribismo y bajo la sombra de acusaciones de compra de votos, asumió el poder para el periodo 2018-2022. Su llegada coincidió con una intensificación de la movilización social; según la Fundación Ideas para la Paz, entre agosto y octubre del 2018 las protestas aumentaron en un 59 % frente a periodos anteriores (“La protesta social, el personaje del año”, 2018, 29 de diciembre).

Durante el último trimestre del 2018, estudiantes de universidades públicas y privadas encabezaron marchas nacionales para exigir mayor financiación de la educación superior. Rápidamente, estas demandas articularon a sindicatos de maestros, centrales obreras, asociaciones campesinas, comunidades indígenas y distintos movimientos sociales, cuyos reclamos trascendieron lo educativo y demandaron “implementación efectiva del Acuerdo de

Paz, protección frente al asesinato de líderes sociales y rechazo a la reforma tributaria propuesta por el Gobierno” (“Las protestas estudiantiles de este jueves en el país”, 2018, 15 de noviembre). Asimismo, en el 2019 el descontento se incrementó y se articuló a las protestas y estallidos sociales que marcaron la coyuntura política en Latinoamérica durante ese año.

El rechazo social contra el gobierno de Duque se profundizó tras un bombardeo del Ejército el 29 de agosto del 2019 contra un campamento de disidencias de las FARC en Caquetá que ocasionó la muerte de varios menores de edad. La revelación periodística del hecho generó un escándalo nacional que derivó en la renuncia del ministro de Defensa, Guillermo Botero, en noviembre de ese año (Solórzano, 2020). Aunque la indignación fue amplia, Duque defendió públicamente la operación alegando que se trataba de un “blanco legítimo” y que las Fuerzas Armadas habían actuado conforme a los protocolos (“Duque y su defensa a bombardeos como lucha contra los ilegales”, 2021, 8 de octubre).

Ahora bien, el contexto de movilización social de Colombia durante el 2019 se pausó debido a la pandemia mundial del covid-19, que se enfrentó con medidas de bioseguridad, como los simulacros de cuarentena que en el caso de Bogotá iniciaron el 17 de marzo del 2020 con la expedición del Decreto 417. Sin embargo, la ausencia de ayudas institucionales, la prolongación del estado de emergencia y el mal manejo de las necesidades socioeconómicas por parte del Gobierno nacional agudizaron la desigualdad en el país, lo que aumentó el malestar social que venía fortaleciéndose desde finales del 2019. Todo esto derivó en la reactivación de las manifestaciones sociales en medio de la cuarentena el 15 de junio del 2020.

Frente al creciente descontento social, buena parte de los medios de comunicación optaron por restar legitimidad a las movilizaciones, enfocando su cobertura no en las causas estructurales de la protesta, sino en la discusión sobre la conveniencia de ocupar el espacio público en medio de la pandemia. Este énfasis hizo evidente un intento

político de utilizar la crisis sanitaria como argumento para debilitar la acción ciudadana en las calles. En esa línea, la revista *Semana* publicó el 20 de junio del 2020 el artículo titulado “¿Marchas inoportunas?”, en el que se afirmaba:

[...] está claro que la Constitución ampara el derecho a la protesta social. Pero las concentraciones masivas de personas resultan inoportunas en esta difícil coyuntura. Sobre todo porque, por obvias razones, esos movimientos no permiten el distanciamiento físico, y algunos manifestantes usan incorrectamente el tapabocas, lo que pone en peligro su salud y la de millones de personas. (“¿Marchas inoportunas?”, 2020, 20 de junio)

Ese mismo día, la alcaldesa Claudia López reforzó esta narrativa al declarar que quienes promovían “las manifestaciones tenían el interés de ‘desestabilizar’ la salud y la democracia” (“Marchas inoportunas”, 2020, 20 de junio). No obstante, pese a estos intentos de deslegitimación, la indignación ciudadana se intensificó con el asesinato del abogado Javier Ordóñez el 9 de septiembre del 2020. Ordóñez, quien compartía con amigos en el espacio público, fue abordado por agentes de la Policía que lo intimidaron y agredieron, sometiéndolo a descargas eléctricas con un *taser*, mientras este imploraba que se detuvieran. El caso, ampliamente difundido en redes sociales y medios de comunicación, se convirtió en un detonante que consolidó el malestar social.

Durante el 2021, las demandas sociales que habían impulsado las movilizaciones del 2019 y el 2020 continuaban sin resolverse. Las mesas de negociación entre el Gobierno nacional y el Comité del Paro no avanzaban, lo que incrementaba el malestar de sectores que no se reconocían en sus vocerías oficiales. El movimiento estudiantil, organizaciones indígenas y, de manera particular, la Primera Línea expresaron abiertamente este distanciamiento: “No nos sentimos representados por Fecode (o el Comité). Los jóvenes de Primera Línea nos representamos solos” (“No nos sentimos representados por Fecode”, 2021, 15 de junio).

La indignación popular alcanzaba entonces su punto más álgido. El paro nacional iniciado el 28 de abril fue rápidamente comparado con el ocurrido durante el gobierno de López Michelsen en 1977, recordado como uno de los más masivos de la historia del país. En este contexto, la Primera Línea, surgida en el 2019 como “un símbolo de unión, como seguridad después de la muerte de Dilan Cruz” (Velázquez, R., 2021) se consolidó como un actor central dentro de la protesta social.

Su fortalecimiento se tradujo en la proliferación de diferentes primeras líneas en todo el país, especialmente en ciudades como Cali y Bogotá. Estas agrupaciones, lejos de ser homogéneas, se caracterizaban por su diversidad social y cultural, como lo señaló uno de sus integrantes en entrevista con el canal Red+: “hay personas de diferentes clases sociales, de diferente formación, ricos, pobres, sin estudios, hasta personas con altos estudios académicos que se han unido a ellos para defender a los manifestantes” (Velázquez, R., 2021).

La gestión del presidente Iván Duque frente al descontento social estuvo marcada por una doble estrategia: por un lado, la represión de la protesta por medio del uso reiterado de la fuerza pública, y por otro, la implementación de una política comunicacional orientada a contrarrestar los efectos de dicha conflictividad en la opinión pública. La Fundación para la Libertad de Prensa (FLIP) reportó que, entre el 2018 y el 2022, el Gobierno destinó aproximadamente \$46.164'867.909 millones a campañas diseñadas para:

“Posicionar y fortalecer la imagen institucional de la Presidencia” en medio de los estallidos sociales, difundiendo mensajes como “Colombia quiere más propuestas, menos movilizaciones” o “avanzaremos solo si pasamos de la protesta a la propuesta y de la propuesta a la acción”. (“La billetera de Duque”, 2022, 1.º de agosto)

Esta estrategia se complementó con acciones de monitoreo y clasificación de la actividad digital de influenciadores y ciudadanos, lo que muestra un esfuerzo sistemático por controlar la narrativa pública. Así, la presidencia de Duque se configuró como un escenario en el cual

el control de la protesta social no solo se ejerció mediante dispositivos coercitivos, sino también recurriendo a mecanismos discursivos y simbólicos orientados a mantener la legitimidad institucional.

Por lo tanto, en el periodo presidencial de Iván Duque los sectores movilizadores y las élites políticas, económicas y sociales circunscritas a la derecha se enfrentaron en una batalla discursiva y visual que encontró en los medios de comunicación, las redes sociales y el espacio urbano los escenarios principales de circulación. A partir de esta premisa, el capítulo plantea como problema central de análisis la siguiente pregunta:

¿Cómo se configuró la confrontación simbólica entre sectores sociales movilizadores y élites políticas, económicas y sociales en Colombia durante el gobierno de Iván Duque (2018-2022), a partir del uso de categorías como *vándalo*, *héroe* y *gente de bien* en los medios de comunicación y la opinión pública?

Aproximaciones teóricas: esfera y opinión pública

Para rastrear la confrontación simbólica se llevó a cabo una búsqueda discursiva y visual de *la opinión pública*, que se entiende aquí como el conjunto de actitudes, creencias y evaluaciones compartidas por un grupo o una sociedad sobre temas de interés general o común, al bien común, y más concretamente a asuntos relacionados con la administración del Estado (Barbero, 2001), que circula de manera análoga y digital en la esfera pública. Jürgen Habermas (1962) la define como un espacio social en el que los individuos se reúnen voluntariamente para deliberar y debatir asuntos de interés común. Este espacio constituye un elemento esencial para la democracia por cuanto posibilita la participación ciudadana, la formación de opinión pública y la rendición de cuentas frente a los poderes establecidos. No obstante, dicha concepción ha sido objeto de cuestionamientos, puesto que la esfera pública se ha transformado bajo el influjo de

dinámicas como la comercialización de los medios de comunicación, la concentración del poder y el incremento de las desigualdades sociales. En esta línea, autoras como Nancy Fraser (1997) problematizan la visión habermasiana por su carácter idealizado, dado que presupone una participación racional e igualitaria que, en la práctica, excluye a sectores históricamente subordinados. Fraser subraya que “Habermas no toma ‘en serio’ aquellas arenas discursivas donde los miembros de grupos socialmente subordinados inventan y circulan contradiscursos. Estos contradiscursos permiten una reformulación de sus intereses, identidades y necesidades” (Fraser, 1997, p. 291). Así, la noción de *esfera pública* requiere ser comprendida no como un ámbito homogéneo de deliberación, sino como un campo atravesado por relaciones de poder, disputas simbólicas y desigualdades estructurales que condicionan las formas de participación.

Según lo anterior, esta investigación reconoce la relevancia de comprender la esfera pública como un espacio en constante transformación, cuya definición debe situarse en contextos históricos, sociales y tecnológicos específicos. En este marco, se propone la categoría de *esfera pública análoga y digital* para dar cuenta de los escenarios en los que la ciudadanía disputó simbólicamente la legitimidad a través de la circulación e implementación de categorías como Héroes, Vándalos y Gente de bien, difundidas tanto en la prensa impresa como en medios digitales y amplificadas mediante las redes sociales.

Para clarificar este hallazgo es necesario reconocer las diferencias entre el periodismo digital y el análogo. Mientras que el primero ofrece inmediatez, alcance global e interacción con el espectador a través de recursos multimedia (fotografías, videos y enlaces), el segundo se caracteriza por la periodicidad establecida de su publicación, la difusión más lenta de los hechos y un diálogo unidireccional. Estas diferencias inciden directamente en la construcción de sentido. En la figura 1, se divisa cómo en la versión análoga de la noticia “Alcalde denunció un complot para generar terror en Bogotá”, la imagen elegida muestra a ciudadanos armados con palos

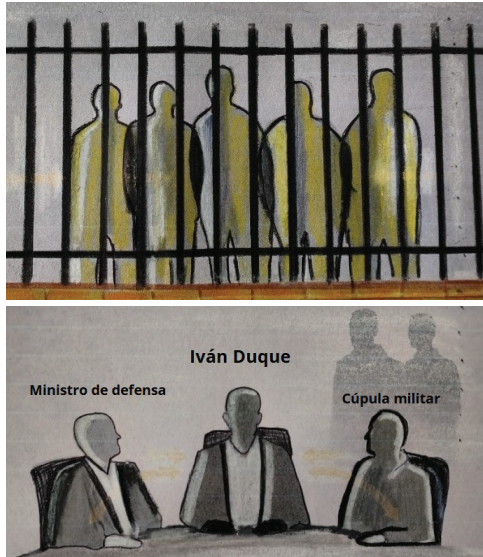
tras una reja, lo que sugiere que son ellos quienes provocan terror en la ciudad. En contraste, la versión digital incluye la presencia del propio alcalde Enrique Peñalosa, sujeto del titular, reforzando así su protagonismo. De manera similar, en el artículo “Van 169 capturados por hechos vandálicos”, la edición impresa encuadra al ministro de Defensa, al presidente Iván Duque y a un miembro de la cúpula militar en un retrato que, desde la perspectiva de Didi-Huberman (2014), puede leerse como un “retrato de tropa”, es decir, una disposición corporal destinada a transmitir autoridad, fuerza y cohesión institucional. En la versión digital, sin embargo, la fotografía elegida muestra al ESMAD reprimiendo la movilización social, lo que configura un discurso visual centrado en el ejercicio directo de la fuerza estatal.

Figura 1-A. “Van 169 capturados por hechos vandálicos”. Figura 1-B. Alcalde denunció un complot para generar terror en Bogotá



Figura 1-C. Elaboración propia con base en la versión impresa del diario *El Tiempo*. “Van 169 capturados por hechos vandálicos”.

Figura 1-D. Elaboración propia con base en la versión impresa del diario *El Tiempo*, “Alcalde denunció un complot para generar terror en Bogotá”.



Desde la perspectiva de Habermas (1962), la esfera pública se entiende como un ámbito de reunión y deliberación voluntaria en torno a debates de interés común; no obstante, siguiendo los aportes de Fraser (1997) y Barbero (2001), se reconoce que este espacio no se limita a la dimensión física, sino que también se configura en entornos virtuales donde emergen antagonismos políticos, contradiscursos y actores diversos en términos de identidades, culturas y posiciones sociales. Por tanto, la incorporación de la categoría de *esfera pública análoga y digital* permite comprender cómo los medios, valiéndose de la selección de imágenes y narrativas, influyen en la construcción de la opinión pública. Esto hace evidente que el debate ciudadano contemporáneo se teje tanto en páginas impresas como en plataformas digitales, en un juego de sentidos que entrelaza autoridad, resistencia y pluralidad.

Aspectos metodológicos

La investigación se orienta desde un enfoque cualitativo, que privilegia la comprensión e interpretación de los fenómenos sociales, culturales y políticos en su contexto. Como señalan Chávez *et al.* (2014), este paradigma se dirige al descubrimiento más que a la verificación, lo que lo diferencia de la tradición cuantitativa. Por lo tanto, se construyó una metodología que articuló el *Atlas Mnemosyne* de Aby Warburg (2004) y la arqueología del saber propuesta por Foucault. Desde esta perspectiva, se identificó que los estallidos sociales ocurridos en Colombia durante el gobierno de Iván Duque (2018-2022) se transformaron en una confrontación simbólica por la legitimidad en la opinión pública, por medio de las representaciones de vándalos, héroes y gente de bien. Para ello, se construyó un corpus documental compuesto por imágenes y discursos publicados en medios de circulación nacional como *El Tiempo*, *El Espectador* y *Semana*, junto con comunicados e informes oficiales de la Presidencia de la República, el Ministerio de Defensa, el Ejército y la Policía Nacional, además de publicaciones en redes sociales de dichas instituciones.

En este sentido, se recopilaron y leyeron un total de 254 artículos de prensa, 130 de *El Tiempo*, 72 de *El Espectador* y 52 de *Semana* recuperados de las secciones de política, nación, economía y columnas de opinión de los cuales se seleccionaron para articular con las 132 imágenes. Este cruce metodológico permite superar la dicotomía entre texto e imagen, al reconocer que ambos operan como superficies de emergencia en las que se configuran y visibilizan los fenómenos sociales (Foucault, 1969). En este sentido, la investigación no se adscribe a la premisa popular de que “una imagen vale más que mil palabras”, sino que sostiene que únicamente a través de la articulación entre lo visual y lo textual es posible comprender la confrontación simbólica que caracterizó los estallidos sociales.

El orden discursivo y la arqueología del saber

Siguiendo a Hernández (2010), la perspectiva arqueológica propuesta por Michel Foucault se refiere a “la descripción de los sistemas de discursividad en su dispersión, de los acontecimientos enunciativos que permiten identificar la unidad de un discurso (como la psiquiatría, la economía política, la historia natural, etcétera)” (p. 51). Este enfoque implica mostrar que “los discursos dependen del juego de las reglas que posibilitan en un periodo la aparición de objetos recortados por prácticas, además de las reglas de transformación de esos objetos” (p. 52).

A diferencia de un análisis epistemológico, que busca la coherencia interna de un sistema científico, la arqueología indaga las condiciones de posibilidad de los discursos antes y por debajo de las estructuras. Así, se centra en las prácticas que constituyen los objetos, en la formación de conceptos y en las posiciones que el sujeto puede ocupar frente a ellos (Foucault, 1969).

Desde esta perspectiva, el discurso se entiende como práctica y acontecimiento, atravesado por relaciones de poder-saber y por dinámicas de continuidad y ruptura históricas. En esta investigación, la arqueología del saber permitió identificar las reglas de formación del campo enunciativo en el que se configuró la confrontación simbólica en torno a la protesta social en Colombia entre el 2018 y el 2022.

El método se adopta para revisar críticamente las condiciones de emergencia de los discursos y representaciones visuales de las categorías Héroe, Vándalo y Gente de bien. Más que contabilizar su recurrencia en los enunciados, el análisis busca develar el conjunto de relaciones de saber, es decir, “las posibilidades de utilización y de apropiaciones estratégicas, ofrecidas por el discurso” (Foucault, 1969, p. 306). Este enfoque permitió comprender cómo dichas categorías legitimaron o deslegitimaron la protesta en la opinión pública, desplazando el sentido inicial de las movilizaciones orientadas a cuestionar las reformas del gobierno de Iván Duque hacia una confrontación simbólica entre sectores sociales.

El *Atlas Mnemosyne* de Warburg: un método para la interpretación de imágenes

La disputa simbólica ocurrida durante los estallidos sociales de 2018-2022 en Colombia no se expresó únicamente en los discursos difundidos por medios de comunicación, sino también en las imágenes que circularon en la esfera pública. Para abordarlas, esta investigación se apoya en la propuesta metodológica del *Atlas Mnemosyne* desarrollado por Aby Warburg a partir de 1924, que concibe la imagen como portadora de memoria y como un medio de transferencia de conocimiento. Según Krieger (2006), el atlas buscaba “entender la codificación de gestos visuales en diferentes contextos históricos y culturales” (p. 239). Aunque el proyecto quedó inconcluso tras la muerte de Warburg, su legado ha sido ampliado por autores como Didi-Huberman (2010) y Gombrich (1986).

El método warburgiano se estructura en tres operaciones principales. En primer lugar, el *coleccionismo*, entendido como la búsqueda y agrupación de imágenes con propiedades comunes. Las imágenes recopiladas fueron seleccionadas y organizadas con el propósito de analizar el uso que distintos sectores sociales hicieron de la categoría de Héroe. Para ello, se establecieron como criterios de selección: haber sido publicadas en el periodo 2018-2022 durante los estallidos sociales, haber circulado en los tres medios de comunicación nacionales escogidos (*El Espectador*, *El Tiempo* y la revista *Semana*), así como en medios alternativos de información y opinión como *La Silla Vacía*, *Infobae*, *La Direkta* y *Pacifista*. Igualmente, se incluyeron publicaciones provenientes de perfiles verificados de las fuerzas policiales y militares, de la Presidencia de la República de Colombia y de cuentas personales de figuras públicas como Iván Duque y Diego Molano. Estas fuentes permiten observar las disputas de sentido en torno a la identificación política de los grupos movilizados, entendida como un proceso mediante el cual los individuos o colectivos

construyen y otorgan significado a sus identidades políticas. Dicho proceso, siguiendo a Zaidan (2023) en diálogo con Laclau (1996), no es fijo ni predeterminado, sino contingente y modelado por discursos y relaciones de poder en contextos sociales específicos.

El segundo procedimiento es el *montaje*, que consistía en disponer las imágenes sobre una mesa negra en forma de *collage*, generando láminas fotográficas para cada panel del atlas (Tartás y Guridi, 2013). Este principio rompe con la linealidad temporal, al permitir el cruce de épocas, contextos y jerarquías culturales. Como sostiene Didi-Huberman (2009), Warburg vinculaba este gesto con la noción de desplazamiento, es decir, la capacidad de transitar entre campos de saber y marcos históricos.

El tercer procedimiento es la mesa de disección-codificación, donde las imágenes yuxtapuestas se confrontan y se nombran mediante etiquetas y palabras. Este ejercicio de lectura cruzada otorga significado al relacionar temporalidad y espacialidad, lo que permite construir categorías de investigación (Tartás y Guridi, 2013). En este sentido, el atlas “no pretende otra cosa que ilustrar, hacer visible un proceso, y no mediante el uso de una construcción discursiva tradicional, sino mediante el establecimiento de relaciones visuales a partir de la exposición de unos ‘materiales icónicos’” (Urueña, 2018, p. 19).

En este sentido, se realizó un proceso de disección de las imágenes, las cuales fueron organizadas sin atender a una secuencia cronológica. Esta disposición flexible permitió moverlas, cotejarlas y reconfigurar indefinidamente su ubicación, multiplicando así las posibilidades de relación entre ellas. Con el fin de ampliar la lectura sobre la conformación de cada una de las categorías y comprender su contexto de emergencia, se llevó a cabo una revisión de archivo de prensa en tres medios de comunicación de circulación nacional: *El Espectador*, *El Tiempo* y *la Semana*.

Es importante señalar que, a diferencia de las imágenes, el análisis del discurso se organizó de manera cronológica con el propósito de

establecer las condiciones históricas que posibilitaron la emergencia y apropiación de las categorías de Héroe, Vándalo y Gente de bien. De este modo, en este apartado se expone cómo se construyeron estos apelativos durante el periodo presidencial de Iván Duque, a partir de la articulación entre discurso e imagen. Ambos elementos configuran un dispositivo que, en términos de Foucault (1997), debe entenderse como una red de relaciones “que se puede establecer entre elementos heterogéneos: discursos, instituciones, arquitectura, reglamentos, leyes, medidas administrativas, enunciados científicos, proposiciones filosóficas, morales, filantrópicas, lo dicho y lo no dicho” (Castro, 2006, p. 179).

Emergencia de las categorías en disputa

El arquetipo de héroe

El primer concepto que emergió durante los estallidos sociales del periodo 2018-2022 fue el de Héroe. Siguiendo a Campbell (1959), las cualidades del héroe están presentes en innumerables mitos, leyendas y relatos épicos de diversas culturas, y constituyen patrones narrativos recurrentes que configuran lo heroico. En esta perspectiva, el héroe atraviesa un itinerario simbólico conocido como el monomito o “viaje del héroe”, que lo lleva a enfrentar pruebas, superar obstáculos y transformarse en un referente colectivo.

En el 2019, mientras el sector estudiantil y las centrales obreras se movilizaban para exigir más presupuesto para la educación y frenar el “paquetazo”¹ de Iván Duque, se visibilizó en la mesa de disección

¹ Fue el nombre con el que distintos sectores sociales, sindicales y estudiantiles denominaron de manera crítica al conjunto de reformas y medidas impulsadas durante el gobierno de Iván Duque Márquez (2018-2022), especialmente entre el 2019 y el 2021.

la construcción del sentido de héroe en primer lugar a manos del Gobierno. En lugar de atender las demandas de los sectores movilizad- os, Duque centró su atención en la conmemoración del bicentenario de la Batalla de Boyacá, en el marco del cual rindió homenajes a las Fuerzas Militares como los “héroes de Colombia”, en un escenario marcado por el descontento social.

Por medio de sus redes sociales, el presidente agradeció públicamente el sacrificio y la entrega del Ejército Nacional en el marco de la campaña publicitaria #HéroesBicentenarios, en la que se utilizó el mito fundacional de la Batalla de Boyacá para posicionar a esta institución como descendiente directo del ejército patriota de Simón Bolívar. Tal idea se materializa en la figura 2, donde se presentan actores naturales soldados activos vestidos con ruana y camisa blanca en posición de ataque, dispuestos a combatir a un adversario ausente, junto a sus supuestos compañeros militares del 2019. Esta narrativa anacrónica, sumada a la exaltación simbólica del mito fundacional de la República, buscó otorgar al Ejército Nacional una cualidad de inmortalidad bajo la premisa de que esta fuerza ha “protegido a Colombia por 200 años”. Asimismo, se suma a la “llamada a la aventura”, presentada por Campbell (1959) como una separación del mundo cotidiano, el tránsito por momentos de crisis o de “prueba suprema” y, finalmente, el retorno al grupo social con un aprendizaje o poder que beneficia a la comunidad. Con ello, el Gobierno pretendió limpiar la imagen de una institución señalada de ser responsable de los asesinatos de 6402 civiles, caso que se conoce como los *falsos positivos*.

Figura 2. Campaña #HeroéBicentenarios



Ver figura 2

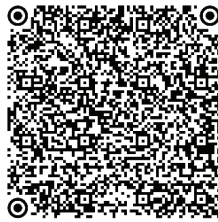
Fuente: página oficial Ejército Nacional de Colombia.

La idea de héroe construida por el gobierno de Iván Duque fue cuestionada por diversos sectores sociales a través de prácticas de denuncia y acciones colectivas que disputaron públicamente el monopolio estatal sobre esta categoría. Un ejemplo de ello se registró el 18 de octubre del 2019 en Bogotá, cuando el Movimiento Nacional de Víctimas de Crímenes de Estado (Movice) y el Colectivo Puro Veneno realizaron el mural *¿Quién dio la orden?*, en el que, sobre un fondo amarillo y mediante la técnica del estencil, se representaron los rostros y nombres de los comandantes militares implicados en el caso de los falsos positivos ocurridos entre el 2000 y el 2010. Frente a este ejercicio de denuncia pictórica, el Ejército Nacional reaccionó borrando el mural. Así lo relató Sebastián Bojacá, abogado de la Comisión de Juristas: “llegaron treinta militares y manifestaron que iban a borrar el mural por orden del Ejército, sin especificar quién y por qué dio la orden” (HJCK, 2019). Este hecho puso en evidencia la tensión entre la narrativa oficial de las Fuerzas Militares como guardianas de la patria y las memorias de las víctimas que denuncian sus crímenes.

De manera similar, en Bucaramanga —como se observa en la figura 3—, el 20 de julio del 2019, un grupo de aproximadamente cincuenta ciudadanos intervino el tradicional desfile militar vestidos de negro como símbolo de luto y portando carteles con mensajes como

“Nuestros héroes son los 10 mil falsos positivos” y “702 líderes asesinados son una herida para la paz”. Con esta acción, los manifestantes visibilizaron “la hipocresía de la sociedad y el Gobierno colombiano que aplaude estos eventos, pero sigue indiferente ante la impunidad y la injusticia de los falsos positivos, los montajes judiciales, las desapariciones forzadas, el desplazamiento armado, la represión policial y la reaparición del paramilitarismo” (“La otra protesta que recordó los falsos positivos”, 2019).

Figura 3. Nuestros hijos no son héroes



Ver figura 3

Fuente: Infobae, 2021, 20 de mayo.

De igual manera, esta acción colectiva situó a los falsos positivos y a los líderes y lideresas asesinados como los verdaderos héroes de Colombia, resignificando así el sentido de heroísmo frente a la narrativa oficial. Esta idea se reiteró durante el Paro Nacional del 2021, cuando la muchedumbre política que exigía transformaciones estructurales en la sociedad colombiana denominó a los falsos positivos como héroes. No obstante, esta nominación fue cuestionada por el colectivo de Madres de Víctimas de Falsos Positivos (Mafapo), quienes, frente al mural pintado sobre el monumento a los héroes con la inscripción “6402 héroes”, manifestaron: “Muchas gracias, entendemos la intención pero nuestros hijos no son héroes, son víctimas. No romanticemos el genocidio de la seguridad democrática” (Mafapo, 2021, citado en Infobae, 2021).

Con esta afirmación, Mafapo estableció una clara distinción entre héroe y víctima. El primero, tal como es descrito en el monomito de Campbell (1959), corresponde a aquel sujeto que inicia un viaje predestinado, en el que asume riesgos y sacrificios, incluso la posibilidad de la muerte, como parte de una misión encomendada que da sentido a su destino. La víctima, por el contrario, constituye una categoría distinta que, en palabras de Piper y Montenegro, “abarca a aquellos sujetos que sufrieron la violencia represiva del Estado” (2017, p. 102). Mientras que el héroe acepta su sacrificio como parte de un propósito trascendente, la víctima es despojada de su agencia, colocada en una situación de vulnerabilidad y sometida a la violencia estructural.

Nominar a las víctimas de crímenes de Estado como héroes parece constituir un patrón recurrente dentro de los movimientos sociales. Así, además de los falsos positivos, también se erigió como héroe la figura de Dilan Cruz, joven asesinado por el ESMAD durante las protestas del 2019. Incluso se le construyó una escultura en cartón, emplazada en el pedestal vacío de la estatua de Gonzalo Jiménez de Quesada, derribada previamente por la comunidad misak en la Plazoleta del Rosario en el marco de las movilizaciones del 2021. Este gesto no solo inscribió el nombre de Dilan Cruz en el repertorio de los héroes populares, sino que también reconfiguró el espacio urbano como escenario de disputa simbólica.

Sin embargo, la utilización de la categoría de héroe en lugar de la de víctima corre el riesgo de invisibilizar la dimensión del sufrimiento y de la injusticia que caracteriza a quienes fueron asesinados por la violencia estatal. En este sentido, el reclamo de Mafapo interpela la tendencia a romantizar la muerte de las víctimas, recordando que ellas no eligieron un destino heroico, sino que fueron sometidas a un crimen de Estado.

Esta lectura crítica sobre la forma de construir sentido en torno a la muerte también fue señalada por la comunidad artística NIEME, que a través de infografías difundidas en Instagram afirmó: “No son

héroes, son víctimas asesinadas por el Estado. Las muertes del paro no son sacrificios, son personas que salieron a marchar por un mejor país y no regresaron a casa” (NIEME, 2021, 21 de mayo). Este enunciado reafirma la distinción planteada por Mafapo entre víctima y héroe, subrayando el riesgo de romantizar la violencia estatal y diluir el carácter de crimen en una épica heroica.

No obstante, mientras algunos sectores promovían esta diferenciación, otros, como la Primera Línea, encarnaban el arquetipo heroico en su dimensión de sacrificio y resistencia. Este grupo fue descrito como una organización que disponía a sus miembros en “líneas” de combate, donde “La L1 es defensiva y poética: sus ‘escuderos’ protegen a los ‘civiles’ y a las otras líneas” (Londoño, 2021, 14 de mayo). En este sentido, la heroicidad se configuró tanto en la defensa física frente a la represión estatal como en el acto de asumir voluntariamente el riesgo para salvaguardar la vida de otros manifestantes, elemento central en el patrón narrativo del héroe descrito por Campbell (1959).

En el marco de estas movilizaciones emergió también una figura que encarnó de manera mediática la heroicidad: el llamado Capitán Colombia. Descrito como “un hombre con capucha y un cuerpo escultural y musculoso, que hace juego con su escudo tricolor” (“Capitán Colombia’, el misterioso hombre de la primera línea”, 20 de mayo del 2021), fue fotografiado en medio de los enfrentamientos entre la Primera Línea y el ESMAD y rápidamente viralizado en redes sociales. En los comentarios que circularon en torno a su imagen se evidencian atributos típicamente heroicos: invulnerabilidad, fuerza sobrehumana y resistencia ilimitada. Entre las reacciones se leía: “este *man* se echa los gases lacrimógenos de desodorante”, “este no llora por los lacrimógenos, los lacrimógenos lloran por él” o “dicen que mastica granadas y escupe esquiras” (Infobae, 20 de mayo del 2021).

Estos comentarios paródicos y a la vez admirativos reinscriben la estética de los superhéroes estadounidenses, particularmente la

del Capitán América, en el contexto colombiano, resignificando su simbología. La ilustración difundida (figura 4) en redes sociales lo presenta como indestructible: basta con que extienda su mano y su escudo tricolor para repeler las balas. Así, Capitán Colombia devino un símbolo de resistencia y una metáfora heroica que condensa la lucha popular frente al aparato represivo del Estado, encarnando el tránsito del héroe popular desde la calle hasta el imaginario digital.

Figura 4: Portada primera edición del Capitán Colombia y la Primera Línea



Ver figura 4

Fuente: Página de Instagram de FargoArt, publicación 24 de mayo del 2021.

Para concluir, se puede afirmar que, si bien la categoría de héroe se determina en un espacio y tiempo específicos a partir de las concepciones y apropiaciones que se realicen sobre este concepto, “el héroe asume nuevas funciones, pero mantiene el arquetipo, el patrón constante que lo hace internamente el mismo en diversas culturas y en distintas épocas” (Cardona, 2006, p. 56). En este sentido, durante los estallidos sociales llevados a cabo en el periodo 2018-2022, la narrativa heroica construida tanto por los sectores sociales movi- lizados como por el gobierno de Iván Duque reinscribió cualidades arquetípicas del héroe —la inmortalidad, el liderazgo, la valentía, el sacrificio y la renuncia a la tranquilidad—, proyectando así diferentes versiones de lo heroico que se disputaron en la esfera pública análoga y digital como formas de legitimidad política y simbólica.

El estereotipo de vándalo

Cada héroe necesita de su contraparte, de un antagonista que le permita consolidar su superioridad moral y simbólica. En el archivo revisado, se identificó que el concepto que antecedió la configuración de la categoría de Vándalo fue el de Encapuchado. Este apelativo se utilizó para designar a los manifestantes —en particular a los del movimiento estudiantil— que llevaban a cabo acciones directas en el espacio público. Tales acciones, lejos de ser fortuitas, tenían un carácter performativo y político: como lo señaló Catalina Ruiz-Navarro, columnista de *El Espectador*, “sirven para incomodar, para hacer la protesta ineludible y para evidenciar que el Estado les da más valor a piedras, vidrios y pedazos de metal que llaman ‘propiedad’ pública y privada, que a las vidas de las personas” (Ruiz-Navarro, 6 de mayo del 2021).

No obstante, esta lectura fue rápidamente contrarrestada por los medios corporativos, que definieron a los llamados *capuchos* en función de las acciones disruptivas que realizaban en el espacio público, catalogándolas como *vandálicas* y asociándolas directamente con la destrucción de la propiedad. Así lo expresó *El Tiempo* en el marco de las movilizaciones del 2018:

Donde las cosas se salieron de control fue en la capital. Allí se arremetió contra el transporte público y el mobiliario urbano, se atentó contra la vida de un policía que fue víctima de una bomba incendiaria y hubo vandalismo y ataques al comercio y medios de comunicación como RCN y CityTv, hechos absolutamente condenables” (*El Tiempo*, 9 de noviembre, 2018)

La irrupción del verbo *vandalizar* en el discurso mediático marcó un punto de inflexión, pues permitió desplazar el foco desde las demandas sociales hacia la criminalización de las formas de protesta. Con ello, se inició un proceso de nominación en el que el *encapuchado* se transformó en el sujeto encargado de ejecutar los

actos de violencia, hasta consolidarse más adelante como la figura del *vándalo*. En este tránsito, los propios convocantes de las manifestaciones, es decir, los líderes estudiantiles, fueron señalados por *El Tiempo* como responsables de la destrucción del patrimonio público, reforzando así una narrativa que deslegitimaba las protestas al asociarlas de manera automática con la violencia.

De esta manera, los medios corporativos construyeron un dispositivo discursivo en el que el *encapuchado* concentraba la totalidad de la violencia ocurrida en el espacio público. Esta operación se evidencia en titulares como: “Caos en Bogotá por manifestantes que se enfrentan al ESMAD”, “Marchas estudiantiles terminaron en desmanes” y “¿Y quién les responde a los afectados por las protestas?”. En todos ellos se observa un desplazamiento del énfasis: de las demandas estudiantiles al señalamiento de daños materiales y alteraciones del orden. A la par, columnistas como Juan Lozano reforzaban esta criminalización al exigir medidas de represión y judicialización, sosteniendo que los encapuchados “vandalizan lo que van encontrando a su paso. Eso no es protesta social. Eso es terrorismo” (Lozano, 17 de noviembre del 2019).

En consecuencia, se consolidó un marco interpretativo que dejó de comprender la protesta social como una forma legítima de expresión política, para inscribirla en el campo semántico de la criminalidad y del terrorismo. Esta operación discursiva no solo deslegitimó a los actores movilizados, sino que sentó las bases para la emergencia de una nueva categoría más amplia y estigmatizante: la del Vándalo.

La ambivalencia de la categoría de vándalo

La categoría de Vándalo durante el paro nacional del 2021 no puede comprenderse únicamente como una imposición unilateral desde los aparatos mediáticos y estatales; por el contrario, debe leerse como un significante en disputa (Laclau, 2005), apropiado y resignificado por actores en confrontación. En este sentido, el término adquirió una

condición ambivalente: se utilizó tanto para criminalizar como para denunciar.

Por un lado, desde la perspectiva gubernamental y de sectores sociales identificados como “gente de bien”, el vándalo fue construido como el antagonista de la democracia y del orden social. Su definición operó a través de tres ejes principales: 1) la destrucción del patrimonio público y privado; 2) la irresponsabilidad de salir a protestar en medio de las restricciones sanitarias y, por ende, promover el contagio; y 3) la generación de disturbios y caos urbano que amenazaban la estabilidad social. Por medio de esta construcción, la protesta dejó de ser un derecho constitucional y se reubicó en el campo semántico de la criminalidad, lo cual legitimó la represión estatal.

Por otro lado, la muchedumbre política movilizada resignificó la categoría y la proyectó sobre los agentes estatales, en particular la Policía Nacional y el Ejército. En este marco, las prácticas de violencia institucional: disparos contra manifestantes, mutilaciones oculares, detenciones arbitrarias y asesinatos fueron interpretadas como los verdaderos actos vandálicos. El Vándalo, lejos de ser el manifestante, se encarnaba en las instituciones que, al ejercer violencia ilegítima contra la ciudadanía, traicionaban el principio de protección de la vida.

En esta confrontación semiótica, la categoría de Vándalo se erigió como un terreno de disputa por el sentido (Hall, 2010), una zona donde se negociaban los límites de la legitimidad política y la violencia. Como significante flotante, el término operó de manera ambivalente: para algunos, el vándalo fue la figura que encarnaba el desorden y la amenaza al orden social; para otros, fue la máscara que revelaba la violencia estructural del Estado. De este modo, la categoría no remite a una esencia fija, sino que se constituye en un dispositivo discursivo que organiza antagonismos y delimita el campo de lo político.

Ahora bien, el adjetivo de *vándalo* experimentó un desplazamiento en su uso social durante el mes de septiembre del 2020, cuando

tuvo lugar el asesinato del estudiante de Derecho Javier Ordóñez a manos de miembros de la Policía Nacional. Este hecho reactivó las movilizaciones sociales en Colombia tras el periodo de aislamiento y cuarentena ocasionado por la pandemia de covid-19. Entre el 9 y el 14 de septiembre, miles de personas se manifestaron en Bogotá y en otras ciudades del país en rechazo a la violencia policial, fenómeno que ya se había configurado como un problema estructural en el 2018 y el 2019, cuando agentes del ESMAD atacaron de manera desmedida a los manifestantes, ocasionando “14 agresiones a órganos blandos, de las cuales tres de ellas acabaron con pérdidas de ojos” (“Las protestas en Colombia dejan 14 heridos en los ojos”, 2019), así como cuatro asesinatos, entre ellos el de Dilan Cruz.

En esta coyuntura, la indignación ciudadana se dirigió contra los Centros de Atención Inmediata (CAI), dispositivos institucionales de control donde Javier Ordóñez fue golpeado hasta la muerte. La destrucción de varios de estos centros durante las jornadas de protesta constituyó una acción simbólica orientada a visibilizar el rechazo frente a la vulneración sistemática de los derechos humanos por parte de la Policía Nacional. Sin embargo, la respuesta estatal intensificó la violencia: la institución recurrió al uso de armas de fuego contra la población civil, lo que, como señaló el entonces defensor del pueblo, Carlos Negret, derivó en una masacre, ya que “el uso ilícito de las armas de fuego por parte de algunos miembros de la institución produjo una masacre que cobró las vidas de 11 jóvenes en idénticas circunstancias y en un corto lapso temporal” (14 de diciembre, 2021).

Este episodio reconfiguró la semántica del término *vándalo*. Si bien hasta entonces había sido utilizado por el Gobierno y por los medios corporativos para nombrar a los manifestantes y criminalizar sus acciones, a partir de septiembre del 2020 sectores movilizadores comenzaron a devolver el adjetivo contra la propia institución policial, a la que señalaron como la verdadera protagonista de actos vandálicos: disparar contra la población civil, asesinar manifestantes y atentar contra el derecho fundamental a la protesta. De este

modo, la categoría adquirió un carácter ambivalente, disputado simbólicamente entre quienes la usaban para deslegitimar la movilización social y quienes la reapropiaban para denunciar la violencia estatal.

El Gobierno nacional junto con la Policía, para desligarse del adjetivo, señalaron de *vándalos* a los ciudadanos que atacaron los CAI; a este apelativo se le añadieron nuevas connotaciones: la asociación directa con las supuestas “guerrillas urbanas” de las FARC y el ELN, lo que permitió presentarlos públicamente como *terroristas*. Este encuadre discursivo fue impulsado principalmente desde la línea editorial de *Semana*, que se convirtió en un actor clave en la producción de un relato que vinculaba las protestas con amenazas a la seguridad nacional. Un ejemplo paradigmático se encuentra en el artículo titulado “Colombia, bajo amenaza: los días más difíciles del país en su historia reciente”, en el que se afirmaba que los vándalos representaban una “delincuencia organizada, financiada por el narcotráfico y con intereses políticos encaminados a desestabilizar el país. A nadie le cabe duda de que Colombia está frente a un nuevo fenómeno de terrorismo urbano” (2021, 8 de mayo).

De igual manera, la misma revista construyó articulaciones ficcionales entre los vándalos y las FARC con el fin de potenciar la idea de un “terrorismo urbano” y, en consecuencia, deslegitimar y despolitizar el accionar de la llamada Primera Línea, a la cual, durante el 2021, se le asignó de manera sistemática la categoría de Vándalo.

Marca de distinción: la gente de bien

En principio, resulta relevante señalar que, a diferencia de las categorías de Héroe y Vándalo, que circularon en la opinión pública con el propósito de legitimar o deslegitimar a los sectores sociales movilizados, el término *gente de bien* emergió en un momento posterior, ya iniciado el ciclo de movilizaciones contra el gobierno de Iván Duque. Su uso estuvo principalmente asociado a los sectores que se oponían

a la protesta, quienes lo adoptaron como mecanismo de autodefinición frente a aquellos a quienes consideraban vándalos.

Para entender cómo se configuró la categoría de Gente de bien en el marco de las movilizaciones sociales, resulta útil retomar el concepto de *distinción* elaborado por Pierre Bourdieu (1979). Según este autor, ciertos sectores sociales recurren a diferentes formas de capital económico, cultural, social y simbólico con el propósito de asegurarse posiciones de ventaja frente a otros, lo que les permite mantener privilegios y reconocimiento. Este proceso se sostiene en la creación de fronteras simbólicas, es decir, en la definición de códigos y referentes compartidos que funcionan como marcas de pertenencia y que refuerzan una historia y una cultura comunes (Fernández, 2022).

En esa línea, quienes se autodenominaron *gente de bien* utilizaron el término como un recurso para diferenciarse de los sectores movilizadados. Desde su perspectiva, las protestas carecían de legitimidad, y en contraste, ellos mismos se presentaban como ciudadanos respetuosos de la ley, defensores del orden institucional y representantes de los sectores sociales más cercanos a la élite política del país. Así, la categoría operó como un mecanismo de autoafirmación simbólica, que no solo buscaba consolidar una imagen moralmente superior, sino también situar en el polo opuesto a los manifestantes, quienes eran señalados de manera insistente como vándalos.

Este sector social se consolidó como una reacción frente a lo que denominaron *terrorismo vandálico*, al que atribuían el desorden y la violencia en las calles. Su primera aparición visible se dio en el 2020, en el marco de las protestas que estallaron tras el asesinato de Javier Ordóñez. En esa coyuntura, se destacaron por respaldar el accionar de la fuerza pública y, en particular, por emprender labores de defensa y reparación de los Comandos de Atención Inmediata (CAI), varios de los cuales habían sido destruidos por manifestantes en rechazo al abuso policial.

Los habitantes que cuestionaban el proceder de los supuestos vándalos se organizaron de manera espontánea y aportaron recursos

propios para reconstruir estas infraestructuras. Como señaló uno de sus voceros: “era importante reconocer que nuestra Policía también necesita apoyo. Ellos también ofrendan su vida e integridad por cada uno de nosotros” (Reinoso, 2020, 15 de septiembre). De este modo, la restauración de los CAI adquirió un valor simbólico para la autodenominada *gente de bien*, pues representaba un gesto de solidaridad hacia la institución policial así como la reafirmación de la seguridad y el orden en los barrios.

Por otro lado, la autodenominada *gente de bien* respaldó abiertamente las intervenciones desmedidas del ESMAD contra los manifestantes, posicionando su apoyo por medio de campañas digitales. En redes sociales circularon mensajes agrupados bajo el *hashtag* #YoApoyoALaFuerzaPública, en los que se reiteraba la legitimidad del uso de la fuerza estatal frente a las protestas. Uno de los enunciados más difundidos afirmaba: “Apoyemos el derecho de los soldados y policías de utilizar sus armas para defender a las personas y bienes de la acción del terrorismo vandálico”. Este mensaje fue acompañado de una composición gráfica, en la que aparecían los logos del Ejército Nacional, la Fuerza Aérea y la Policía Nacional, dispuestos sobre un fondo que integraba los colores de la bandera colombiana, reforzando así el vínculo entre la defensa de la institucionalidad, el uso de la fuerza y la idea de patria (figura 5).

De igual manera, en la parte superior de la infografía se representan siluetas de miembros del Ejército Nacional portando cascos y armas, tomados de la mano con niños y mujeres. Esta escena está iluminada por una luz dorada que sugiere la llegada a un destino prometido, recurso visual que remite a la iconografía de carácter mesiánico. La disposición de los cuerpos en cercanía y contacto físico pone de relieve la idea de protección y unión, reforzando la narrativa de las Fuerzas Armadas como garantes del orden y del cuidado de la ciudadanía. No obstante, esta representación se encuentra acompañada por la frase: “porque la izquierda jamás protegerá a mi familia”, lo que explicita el señalamiento de que las movilizaciones

sociales estaban infiltradas tanto por disidencias de las FARC como por la izquierda tradicional, encarnada en la figura de Gustavo Petro. Este argumento fue reiterado de manera insistente por sectores identificados como *gente de bien*, con el fin de desacreditar la protesta social y justificar su oposición a ella.

Figura 5. #YoApoyoAlaFuerzaPública



Fuente: Usuario de Twitter @Fredsan.

Sin embargo, en el análisis se hizo evidente que, aunque la gente de bien compartía un horizonte discursivo común, la aprobación de la gestión del gobierno de Iván Duque, la legitimación del accionar desmedido de las fuerzas policiales y la desacreditación de la protesta social mediante construcciones ficcionales sobre una supuesta izquierda internacional que amenazaba con “acabar con Colombia”, en su interior se configuraron dos grupos diferenciados.

El primero estaba integrado por personas que se autoafirmaban como gente de bien y que pertenecían a la élite política y económica del país. Este sector se caracterizaba por ejercer una distinción explícita frente a los sectores populares, consolidando un *habitus* de superioridad social y racial. Tal como lo describe Velásquez, Y. (2021):

Aquellos que piensan que el resto es desechable o estorba y hasta aprueba la violencia contra estos. Son los primeros en trazar una línea que los separe de los otros. Y miran feo si alguien de piel café visita los sitios que frecuentan y prefieren irse a lugares donde solo se reúnen los de su “estirpe” e iguales privilegios. (15 de mayo, 2021)

El segundo grupo estaba conformado por sujetos que también se autodefinían como gente de bien, pero que no pertenecían a la élite ni a sectores sociales con gran poder adquisitivo. No obstante, reproducían la lógica de distinción y creían compartir los mismos privilegios socioeconómicos del primer grupo. Como lo señaló *La Silla Vacía*:

Asalariados empobrecidos y explotados que, sin embargo, creen deberles sus pocos bienes y su contrato laboral a las élites. Por ello están sumisamente agradecidos y obsesionados por verlas felices y a gusto. (“La letal pulcritud de la gente de bien”, 2021)

En este sentido, la categoría de Gente de bien operó como un significante de autoafirmación que permitió aglutinar a sectores heterogéneos bajo una identidad compartida, pese a las profundas diferencias de clase y capital económico que los atravesaban. Ahora bien, la racionalidad de la gente de bien puede sintetizarse en la figura 6, la cual expresa una estructura de pensamiento racista, patriarcal, colonial, guerrerista y de supremacía moral. Esta racionalidad funcionó como una marca de distinción que, desde la perspectiva de Bourdieu (1979), buscó reproducir y perpetuar las desigualdades y las estructuras de poder en la sociedad colombiana. En esa lógica, la gente de bien construyó un enemigo común que debía ser eliminado: el vándalo. Bajo esta denominación se agrupó “a los condenados de este país, gente negra, indígena, popular y campesina” (Hurtado, 2021). Quienes se autodefinieron como *gente de bien* se asumieron como sujetos con el poder legítimo de asesinar, desaparecer y judicializar, amparados en el derecho a la legítima defensa.

Figura 6. Gente de bien



Ver imagen 6

Fuente: Usuario de Facebook compartido de Behance.net, 21 de mayo, 2021.

En conclusión, este capítulo permitió identificar la manera en que se configuraron las categorías de Héroe, Vándalo y Gente de bien, estableciendo las características discursivas y visuales que se les asignaron. El análisis mostró que la categoría de Héroe se construyó desde un horizonte arquetípico, partiendo de un modelo universal que se replicó tanto en la Primera Línea como en la Fuerza Pública. Por su parte, el concepto de *vándalo* operó como un estereotipo, es decir, como una percepción simplificada y negativa de los manifestantes, producida desde una estructura de pensamiento clasista, colonial, racista y patriarcal que deslegitimó la protesta social. Finalmente, la categoría de Gente de bien funcionó como una marca de distinción política, social y moral, construida por sectores de la élite y simpatizantes del gobierno de Iván Duque para diferenciarse de los vándalos y otorgarse a sí mismos el derecho legítimo de eliminarlos simbólicamente y materialmente.

Conclusiones

La articulación de las perspectivas metodológicas aquí presentadas permitió construir la categoría de *Esfera pública análoga y digital*, a partir de la cual se evidenció la forma en la que el discurso y la imagen operaron como dispositivos de producción de sentido en torno a la administración de Iván Duque y los sectores movilizados durante el periodo 2018-2022.

El análisis de las imágenes a partir del *Atlas Mnemosyne* permitió redimensionar las producciones visuales al posibilitar el tránsito y la comparación entre representaciones generadas durante el periodo de tiempo analizado. Este procedimiento hizo posible la identificación de símbolos y arquetipos visuales que los sectores movilizados, los medios de comunicación tradicionales y la élite política emplearon para autorrepresentarse y representar la otredad mediante las categorías de Héroes, Vándalos y Gente de bien.

En este sentido, la imagen se posicionó como una fuente legítima de investigación para el estudio de fenómenos sociales, por cuanto además de describir la realidad, contribuye a constituirla. Por ello, su uso como fuente no debería circunscribirse exclusivamente al ámbito de los estudios visuales o de la historia del arte, sino ampliarse hacia los análisis de la cultura política y la opinión pública.

Por otro lado, se identificó la manera en la que la producción de opinión pública se democratizó y dejó de estar circunscrita exclusivamente a los medios de comunicación masivos como *Semana*, *El Tiempo* y *El Espectador*, ampliándose hacia las redes sociales como espacios relevantes de enunciación y circulación discursiva. Asimismo, se identificó que las voces que emitieron posicionamientos frente a la coyuntura nacional no lo hicieron únicamente mediante el lenguaje escrito. En este sentido, la circulación de imágenes evidenció la vulneración sistemática de los derechos humanos de los manifestantes por parte de la Fuerza Pública y, de manera paralela, ilustradores, artistas y caricaturistas expresaron sus posturas

políticas por medio de creaciones gráficas difundidas en plataformas digitales.

En este sentido, desde la perspectiva de Foucault (1969), se hizo evidente que los sujetos que intervinieron en la esfera de la opinión pública de forma escrita o visual, en espacios digitales o análogos participaron activamente en la constitución del discurso, por cuanto es mediante sus prácticas que este adquiere sentido y legitimidad.

Finalmente, es importante señalar que la confrontación simbólica analizada a partir de las categorías aquí propuestas constituye una herramienta analítica pertinente para futuras investigaciones orientadas a comprender los procesos de polarización política que ha atravesado el país en los últimos años, incluso en el marco del cambio de gobierno ocurrido en el 2022.

Referencias

- Bourdieu, P. (1979). *La distinción. Criterios y bases sociales del gusto*. Taurus.
- Campbell, J. (1959). *El héroe de las mil caras*. Fondo de Cultura Económica.
- Cardona, P. (2006). Del héroe mítico, al mediático. Las categorías heroicas: héroe, tiempo y acción. *Revista Universidad EAFIT*, 42(144), 51-68.
- Castro, E. (2006). Michel Foucault: sujeto e historia. *Tópicos*, 14, 171-183.
- Chávez, M., Rojas, A. y Arteaga, I. (2014). Investigación cualitativa: Una reflexión desde la educación como hecho social. Línea de investigación Teorías y Procesos Curriculares. *Revista Universitaria Docencia, Investigación e Innovación*, 3(2), 86-100
- CNE le suma 238 votos a Petro y le resta 257 a Duque en resultados de primera vuelta. (2018, 8 de junio). *El Espectador*. <https://www.elespectador.com/politica/cne-le-suma-238->

- votos-a-petro-y-le-resta-257-a-duque-en-resultados-de-primera-vuelta-article-793314/
- Didi-Huberman, G. (2010). *Atlas: ¿Cómo llevar el mundo a cuestras?* Museo Nacional Centro de Arte Reina Sofía/TF Editores.
- Didi-Huberman, G. (2014). *Pueblos expuestos, pueblos figurantes* (H. Pons, trad.). Manantial.
- Fernández, A. (2002). La distinción. Criterio y bases sociales del gusto [Reseña]. *Colección Pedagógica Universitaria*, 37-38, 1-4. Universidad Veracruzana. https://www.uv.mx/cpue/colped/N_3738/I%20La%20distincion%20rese%C3%B1a.pdf
- Foucault, M. (1969). *La arqueología del saber*. Siglo XXI Editores.
- Foucault, M. (1997). *La arqueología del saber*. Siglo XXI Editores.
- Fraser, N. (1997). Repensar la esfera pública: una contribución a la crítica de la democracia realmente existente. En C. Calhoun (ed.), *Habermas y la esfera pública* (pp. 287-339). Gedisa.
- Gombrich, E. H. (1986). *The story of art*, 15.^a ed. Phaidon Press.
- Guillén, G. y Martínez, J. F. (2020, 14 de julio). “El narcotraficante ‘Ñeñe’ Hernández estuvo dedicado a la campaña de Iván Duque durante siete meses”. *La Nueva Prensa*. <https://www.lanuevaprensa.com.co/uribe-el-asesino-que-nos-puso-la-mafia-2/el-narcotraficante-nene-hernandez-estuvo-dedicado-a-la-campa-na-de-ivan-duque-durante-siete-meses/>
- Habermas, J. (1991). *The structural transformation of the public sphere: An inquiry into a category of bourgeois society* (T. Burger y F. Lawrence, trad.). MIT Press. [Trabajo original publicado en 1962.]
- Hall, S. (Ed.). (2010). *Representación: representaciones culturales y prácticas significantes*. Amorrortu.
- Hernández, D. (2010). Arqueología del saber y orden del discurso: un comentario sobre las formaciones discursivas. *En claves del Pensamiento*, vol. IV.
- HJCK. (2019). “Nueva censura de arte en Bogotá: ejército tapó mural de falsos positivos”. *HJCK*. <https://hjck.com/actualidad/nueva-censura-de-arte-en-bogota-ejercito-tapo-mural-de-falsos-positivos/>

- Hurtado, A. (2021, 1.º de junio). “Glosas marginales a la ‘gente de bien’”. *Diáspora*. <https://diaspora.com.co/las-marchas-del-silencio-de-gente-de-bien-combinadas-con-paramilitarismo/>
- Infobae. (2021, 21 de mayo). “Nuestros hijos no son héroes”: molestia de Mafapo por mural que hicieron manifestantes en Bogotá. <https://www.infobae.com/america/colombia/2021/05/21/nuestros-hijos-no-son-heroes-molestia-de-mafapo-por-mural-que-hicieron-manifestantes-en-bogota/>
- Laclau, E. (1996). *Emancipación y diferencia*. Ariel.
- Laclau, E. (2005). *La razón populista*. Fondo de Cultura Económica.
- La letal pulcritud de la gente de bien. *La Silla Vacía*. (2021, 1.º de junio). <https://www.lasillavacia.com/historias/historias-silla-llena/la-letal-pulcritud-de-la-gente-de-bien>
- Londoño, J. (2021, 14 de mayo). La “primera línea” y las otras cuatro. *El Espectador*. <https://www.elespectador.com/opinion/columnistas/julio-cesar-londono/la-primera-linea-y-las-otras-cuatro-column/>
- Lozano, J. (2019, 17 de noviembre). Duque, paros, marchas y vándalos. *El Tiempo*. <https://www.eltiempo.com/opinion/columnistas/juan-lozano/duque-paros-marchas-y-vandalos-434478>
- Martín-Barbero, J. (2001). *Reconfiguraciones comunicativas de lo público. Anàlisi: Quaderns de comunicació i cultura*, 26, 71-88.
- Negret, C. (2021, 14 de diciembre). Informe responsabiliza a la Policía de muertes en protestas del 2020 en Bogotá. *Portafolio*. <https://www.portafolio.co/economia/gobierno/informe-responsabiliza-a-la-policia-de-muertes-en-protestas-del-2020-en-bogota-559598>
- NIEME [@nieme_art]. (2021, 21 de mayo). No son héroes, son víctimas asesinadas por el Estado... [Infografía]. https://www.instagram.com/p/CPI8pxPQII/?img_index=
- La otra protesta que recordó los falsos positivos. (2019, 21 de julio). *Colombia Informa*. <https://www.colombiainforma.info/la-otra-protesta-que-recordo-los-falsos-positivos/>

- Piper, I. y Montenegro, M. (2017). Ni víctimas, ni héroes, ni arrepentido/as. Reflexiones en torno a la categoría “víctima” desde el activismo político. *Revista de Estudios Sociales*, 59, 98-109.
- La protesta social, el personaje del año 2018 en las regiones. (2018, 29 de diciembre). *Semana*. <https://www.semana.com/web/articulo/protestas-sociales-personaje-del-ano-2018-regiones-colombia/760/>
- Las protestas en Colombia dejan 14 heridos en los ojos por disparos del ESMAD. (2019, 23 de noviembre). *France 24*. <https://www.france24.com>
- Las protestas estudiantiles de este jueves en el país. (2018, 15 de noviembre). *El Tiempo*. <https://www.eltiempo.com/vida/educacion/imagenes-de-las-marchas-estudiantiles-del-15-de-noviembre-293752/>
- ¿Quiénes son la gente de bien? (2021, 1.º de junio). *La Silla Vacía*. <https://www.lasillavacia.com>
- Reinoso, G. (2020, 15 de septiembre). Protestas en Bogotá: Comunidades se unen para restaurar los CAI destruidos. *El Tiempo*. <https://www.eltiempo.com/bogota/protestas-en-bogota-comunidades-se-unen-para-restaurar-los-cai-destruidos-538048>
- Las reacciones políticas a las declaraciones explosivas de Aída Merlano. (2020, 17 de febrero). *Semana*. <https://www.semana.com/nacion/articulo/las-reacciones-politicos-a-las-declaraciones-explosivas-de-aida-merlano/652413/>
- Ruiz-Navarro, Catalina. (2021, 6 de mayo). Protesta pacífica versus protesta violenta. *El Espectador*. <https://www.elespectador.com/opinion/columnistas/catalina-ruiz-navarro/protesta-pacifica-versus-protesta-violenta-column/>
- Solórzano, S. (2020, 31 de enero). Guillermo Botero pidió declarar por los hechos del bombardeo en el Caquetá. *Asuntos Legales*. <https://www.asuntoslegales.com.co/actualidad/guillermo-botero-pidio-declarar-por-los-hechos-del-bombardeo-en-el-caqueta-2958890>

- Tartás, C. y Guridi, R. (2013). Cartografías de la memoria. Aby Warburg y el Atlas Mnemosyne. *EGA Expresión Gráfica Arquitectónica*, 226-235.
- Urueña, M. (2018). Las compañías militares de seguridad privada: los nuevos ¿mercenarios? *Criminalidad*, 61, 97-110.
- Velásquez, Y. (2021, 15 de mayo). Gente de bien. *El Espectador*. <https://www.elespectador.com/>
- Velásquez, R. (2021, 15 de mayo). La gente de bien. *El Colombiano*. <https://www.elcolombiano.com/opinion/columnistas/la-gente-de-bien-GB15058619>
- Warburg, A. (2004). *El ritual de la serpiente* (J. L. Pardo, trad.). Sexto Piso. [Trabajo original publicado en 1923.]
- Zaidan, L. (2023). *Apuntes acerca de la identificación en la teoría de Ernesto Laclau. Un enlace entre teoría política y psicoanálisis en el pensamiento contemporáneo.*

Sintomatología de la violencia: discapacitación juvenil y necroprácticas estatales durante el estallido social colombiano

Diana Carolina Quiñones*

La desfiguración del cadáver va más allá del acto de quitar una vida, es una violencia que no se contenta con matar “porque sería demasiado poco” y al destruir de ese modo el cuerpo singular, constituye el acto total del fin de la no vida, si no de la condición humana.

(REGUILLO , 2021, p. 71)

* Magíster en Discapacidad e Inclusión Social de por la Universidad Nacional; licenciada en Psicología y Pedagogía de la Universidad Pedagógica Nacional. Profesora titular en investigación de la Escuela Normal Superior de Gachetá. Correo: dianaevangelion01@gmail.com

Figura 1. El patógeno de la indignación, Resistencia



Fuente: (Medina, 2023)¹

¹ David Medina Robayo (2023), ilustrador egresado de la Corporación Unificada Nacional de Educación Superior (Bogotá), fue el artista encargado del diseño y la elaboración de las ilustraciones que acompañan este capítulo.

Introducción: el cuerpo como campo de batalla entre la indignación viral y la violencia estatal

Basándose en la categoría de *biopolítica* propuesta por Michel Foucault (2004) y su evolución hacia la *necropolítica*, desarrollada por el filósofo camerunés Achille Mbembe (2011), esta apuesta investigativa tuvo como objetivo develar las prácticas políticas de muerte que se manifestaron durante las protestas sociales ocurridas en Colombia en el 2021. Para ello, se analizó un conjunto de mecanismos implementados por la fuerza pública del Estado sobre los rostros y corporalidades de los jóvenes que protestaron, con el fin de contener y controlar sus expresiones de resistencia y lucha. Este análisis se configuró a partir de la mirada metafórica hobbesiana del Estado, concebido como un gran gigante —el *Leviatán*— que representa un cuerpo político (Hobbes, 2017). Para tal fin, se recurre a una interpretación antropomorfa del Estado, representado como un organismo infectado que requirió de inmunización, en alusión a la noción de inmunidad desarrollada por Esposito (2004). Esta metáfora permite comprender el ejercicio de gestión del poder como una estrategia para establecer el control social.

Desde esta perspectiva, se retoma la categoría de *biopolítica* propuesta por Foucault (2004) para representar la configuración de la discapacitación, entendida como una construcción discursiva del cuerpo desde lo médico hacia lo político. Para ello, los planteamientos teóricos y el análisis se articulan en torno a la metáfora de una enfermedad viral, abordando sus fases: *incubación*, *síntomas*, *diagnóstico*, *tratamiento* y *medidas de protección*, como expresiones de los mecanismos de inmunización implementados por el Estado. Esto significa que se desarrolla la investigación, de manera metafórica, la configuración del concepto de discapacitación a partir de una especie de excepción viral-biológica. En este enfoque, el sujeto cuya corporalidad es simultáneamente sujeto y objeto del discurso biológico se convierte en el eje de análisis. Conviene señalar que esta

investigación se desarrolló en la inédita pandemia por covid-19, un fenómeno que transversalizó diversos pensamientos contemporáneos y realidades desplegadas a nivel global. Este acontecimiento activó intensas medidas biopolíticas para el control del virus, entre ellas el confinamiento, el distanciamiento social, las medidas sanitarias, las restricciones en la movilidad y un cierto carácter policial de la medicina, el cual se refleja críticamente en esta investigación.

Conforme a ello, y dado el contexto biopolítico de la pandemia que enmarcó el estallido social, resultó pertinente transitar, en términos discursivos y metafóricos, por los planteamientos biopolíticos que permitieron establecer vínculos entre la protesta social, la discapacidad y las medidas de gestión y control poblacional adoptadas por el Estado frente a ambas situaciones. Por esta razón, he recurrido al uso de estilos metafóricos que incorporan el discurso de la enfermedad como efecto pandémico y sus implicaciones globales, mediante una analogía entre un cuadro viral infeccioso y la situación social vivida durante las protestas en Colombia. En ese sentido, esta investigación da cuenta del fenómeno de la discapacitación establecido en el marco del estallido social en Colombia, entendido como una práctica que respondió a un cálculo necropolítico. En este contexto, la producción de discapacidad se legitimó como mecanismo para eliminar física, social y simbólicamente a aquellos considerados “prescindibles” o “sacrificables” por su condición “viral”.

Por lo tanto, el uso de la discapacidad como categoría social permitió demarcar a ciertos individuos cuyos cuerpos fueron metaforizados a partir de fisonomías consideradas anómalas, lo que produjo efectos en los universos simbólicos de quienes encarnaron la infección viral. Esta condición los acreditó como portadores capaces de alterar y poner en riesgo el cuerpo social, tal como lo concibe Hobbes. En consecuencia, el procedimiento de inmunización aplicado a estos individuos implicó un tratamiento inmunizador —*la discapacitación*— orientado a disolver o destruir la emergencia de dicha anomalía dentro del organismo social. En este contexto se recurre al

campo de la necropolítica para permitir la emergencia teórica de la discapacitación como medida de control social, estructurada en dos momentos claves.

El primer momento se comprende a partir de varias etapas que permiten trazar una analogía entre el comportamiento de un virus y el desarrollo del estallido social. La etapa de incubación permite identificar las principales causas del brote de manifestaciones ciudadanas, lo que hace evidente la desintegración del orden establecido y las capacidades de resistencia expresadas mediante diversos mecanismos utilizados por las poblaciones para visibilizar sus necesidades y plantear otras posibilidades de existencia. Posteriormente, en la etapa de los síntomas, se revelan las condiciones de precariedad agravada que habitaban en los portadores del “virus de la indignación”, así como los efectos políticos, sociales y jurídicos que impactaron a poblaciones infectadas con altas dosis de vulnerabilidad. El diagnóstico se refiere a las acciones concretas generadas como respuesta frente al establecimiento durante el estallido social. En esta etapa, la analogía con el virus adquiere un carácter pandémico, y se retoman distintos hitos que permiten decantar la figura de los portadores del virus de la indignación y sus dinámicas de incubación dentro del organismo social.

El segundo momento de esta investigación pone en evidencia la transformación del “virus de la indignación” en un componente altamente riesgoso para el organismo social, lo cual exigió la aplicación de un tratamiento antiviral destinado a contener su propagación. En esta fase, se visibiliza la respuesta mortífera del establecimiento frente a los portadores de la indignación, revelando los mecanismos implementados por el Estado para aislar al cuerpo social del agente patógeno. Se configura así un dispositivo de control necropolítico capaz de limitar o evitar el riesgo de expansión, en el que la construcción de la alteridad está mediada por las demandas hegemónicas impuestas sobre aquellos agentes que desbordan el encuadre normativo. Esto da lugar a la individualización de los portadores de

la infección, quienes son ubicados como enemigos del organismo social y, por tanto, considerados sujetos que debían ser inmunizados.

En las fases del tratamiento se presenta la *discapacitación* como el mecanismo utilizado para inmunizar al organismo social frente al “virus de la indignación”. En este estadio, la discapacitación emerge como una medida protectora que irrumpe en el escenario urbano con el propósito de evitar el contagio y la propagación de dicho virus. Esta inmunización se materializa mediante acciones como la fragmentación, la criminalización, la estigmatización, la exclusión y la eliminación de los portadores de la indignación.

Finalmente, la etapa de resolución del virus determina la patología del estallido social y desde el lente y el uso del saber-poder, según la perspectiva de los especialistas del tratamiento. El primero corresponde a las *Observaciones y recomendaciones de la visita de trabajo de la CIDH a Colombia*, realizada del 8 al 10 de junio del 2021, presentada por la Comisión Interamericana de Derechos Humanos (CIDH, 2021). El segundo se refiere al informe *Garantías a la manifestación pacífica y control de acciones violentas*, correspondiente al periodo del 28 de abril al 4 de junio del 2021, emitido por el Ministerio de Defensa Nacional de Colombia (2021). De esta manera, a modo de “junta tratante”, se examinaron los sucesos que enmarcaron este fenómeno bajo la propuesta metodológica del análisis crítico del discurso, según lo planteado por Fairclough (1989).

Brote de la protesta social contemporánea: la incubación del agente viral de la indignación

En las sociedades contemporáneas se observa el aumento repentino de un brote popular denominado protesta social, que en su estado más agudo se configura como estallido social. Diversos levantamientos ciudadanos hacen evidente cómo estos mecanismos masivos de expresión se han intensificado y proliferado en distintos lugares del

mundo, como respuesta a las difíciles condiciones de precariedad que enfrentan sus poblaciones. Estas circunstancias son resultado de un conjunto de dispositivos neoliberales que agravan y precipitan las condiciones de existencia de miles de personas, especialmente aquellas en situación de vulnerabilidad. Ante el desamparo y la indignación provocados por dicha precariedad, estas poblaciones han optado por manifestarse y movilizarse públicamente, lo que ha dado lugar a nuevas formas de resistencia social.

Desde una perspectiva biológica, un brote epidémico puede entenderse, según Chapilliquen (2021), como la aparición repentina de un patógeno en un lugar y momento determinado. Investigaciones como la de García Palomo (2010) señalan que la multiplicación de microorganismos patógenos —tales como virus, bacterias, hongos o parásitos—, denominados antígenos, representa un riesgo para el organismo que los alberga, debido a su capacidad para reproducirse, invadir y desencadenar anomalías en los tejidos del huésped. Este estado se conoce como *infección*. Al trasladar esta lógica al plano social, se propone una analogía entre el comportamiento de los agentes patógenos y la emergencia de la protesta social como un fenómeno que irrumpe en el tejido urbano, ocasionando tensiones, rupturas y respuestas inmunizadoras por parte del Estado.

En Colombia, el origen de la infección que puso en cuestión el orden capitalista durante el 2021 presentó un proceso de maduración previa. Ya en el 2019 se registraron numerosas movilizaciones sociales en contra de la precariedad generada por el modelo neoliberal y por los distintos programas o “paquetazos” de políticas económicas impuestos por los gobernantes del Estado. Según Álvarez *et al.* (2023), la incubación de la movilización popular respondió a diversas circunstancias. La primera estuvo asociada a las luchas históricas contra las configuraciones específicas del régimen político y del proceso de neoliberalización; también a la exigencia de una democracia real, la búsqueda de una solución política al conflicto social armado y la paz con justicia social, así como a la superación del

modelo económico neoliberal y el reconocimiento pleno de los derechos.

Otro elemento que aportó a la configuración del “virus de los indignados” corresponde a las luchas históricas de la clase trabajadora y del campesinado, de las mujeres y las diversidades sexuales, de los estudiantes y de la juventud en general. Estas luchas han sido formas de resistencia por los derechos y por la defensa de los comunes, protagonizadas por los sectores populares de la sociedad. Por otro lado, un elemento coyuntural que intensificó dicha configuración fue la situación de excepcionalidad impuesta por la pandemia de la covid-19, fenómeno que acentuó con mayor fuerza la profunda desigualdad socioeconómica sobre la cual se sostiene la dominación y la explotación capitalista. Finalmente, la indignación generada por la vulneración de derechos y el abuso de autoridad sobre una población ya sumida en la precariedad, sumada a los tres elementos anteriores, constituyó la sintomatología que dio origen al “virus de la indignación”.

Casos como el del joven Dilan Cruz, un bachiller de 18 años asesinado por un agente de la seguridad del Estado mediante un disparo en la cabeza a corta distancia durante una protesta social (Rocha, 2020), aceleraron la configuración y transmisión de la infección masiva de indignación en los territorios. En estos escenarios, la protesta social y los hechos que emergen en torno a ella provocan un desequilibrio en el cuerpo político que los adquiere, situación que se vincula directamente con las características particulares que conforman y constituyen la protesta social, así como con los mecanismos de movilización utilizados por las poblaciones para visibilizar sus necesidades y expresar otras posibilidades de resistencia y existencia frente a condiciones impuestas por las lógicas del orden social dominante en un momento y contexto histórico determinados.

En diversos momentos, estas prácticas de manifestación pública han sido representadas como causantes de afectaciones políticas, sociales y económicas en la sociedad. Este criterio ha situado la

protesta social como un fenómeno contraproducente para la conservación y protección de la vida de sus habitantes. Tales representaciones de nocividad han habilitado múltiples formas de intervención poblacional —muchas de ellas con carácter defensivo— orientadas a controlar y contener los efectos adversos atribuidos a estas asociaciones ciudadanas que se manifestaron públicamente en los organismos alterados por la indignación de estos brotes poblacionales. Cuando la protesta social muta de acción pública y pacífica a una práctica considerada riesgosa y nociva para el organismo social, se habilita la implementación de respuestas biopolíticas destinadas a corregir o invalidar a las poblaciones que adquirieron un estado viral y asumieron el riesgo de la corrección por la posibilidad de agencia.

Síntomas sociales: causas estructurales de la indignación viral

Autores como Almeida y Pérez Martín (2023) y Vejar (2021) analizan el impacto de la transición hacia la economía global en los últimos cincuenta años, marcada por el avance del neoliberalismo. Este modelo, basado en la desregulación, el libre comercio y la expansión mercantil, ha transformado la relación entre ciudadanos y Estado, desplazando el régimen de bienestar por uno centrado en el trabajo y la mercantilización de la vida cotidiana. Como señalan Standing (2013), esta transformación ha generado partículas de desigualdad que afectan especialmente a los sectores más vulnerables.

El agente viral de la indignación se configura como un estado de vulnerabilidad generalizada que atraviesa a quienes no alcanzan el “ideal de humano” (Reguillo Cruz, 2021b) promovido por el neoliberalismo: sujetos productivos, autosuficientes y funcionales. Aquellos que no encarnan ese ideal transitan de “pobres excluidos” a “sobrantes”, categoría que habilita su gestión como amenaza.

Vejar (2021) identifica tres factores que explican esta mutación: el capitalismo depredador, la sujeción al consumo y las lógicas de seguridad. Este proceso ha dado lugar al “precariado” (Valero, 2015), una clase global sometida a mecanismos de intervención estatal orientados a controlar, debilitar o eliminar sus cuerpos y existencias.

Sassen (2015) denomina a estas poblaciones “los expulsados”, vidas arrojadas a los márgenes del organismo social, legibles únicamente como riesgo o amenaza. La indignación viral no solo reacciona ante la exclusión, sino que encarna una agencia colectiva que reconfigura los márgenes como espacios de lucha.

Los bordes diferenciadores del organismo social: la naturaleza del precariado

La noción de “personas prescindibles” alude a cuerpos convertidos en cifras, estadísticas o noticias espectaculares, cuya existencia solo adquiere visibilidad en el momento de su destrucción (Reguillo Cruz, 2021b). Esta representación evidencia cómo ciertas vidas son despojadas de valor social y relegadas a los márgenes.

Para comprender el fenómeno del precariado, las aportaciones de Butler (2010) y Lorey (2016) son fundamentales. Ambas autoras analizan cómo, mediante marcos de reconocimiento, los Estados definen qué vidas merecen protección y cuáles quedan fuera de ese privilegio. Esta lógica diferenciadora convierte la vulnerabilidad en una condición estructural que atraviesa a amplios sectores sociales.

Desde estos marcos de referencia, se ha legitimado la exclusión sistemática de poblaciones consideradas “nocivas”, desplazadas como medida de protección para evitar su “contagio” en otros espacios urbanos. En este contexto, si estas vidas debieran ser excluidas —o incluso sacrificadas— para preservar el orden, no serían objeto de duelo (Butler, 2010). Su eliminación se justifica en función de proteger aquellas vidas reconocidas como dignas de ser vividas.

Los cuerpos prescindibles y la precarización de la indignación

La formación de estereotipos negativos sobre corporalidades que no se ajustan a los estándares de productividad genera procesos de patologización (Maldonado, 2020). Quienes se desvían del “cuerpo normal” son etiquetados como deficientes o discapacitados, y sometidos a tratamientos que buscan su integración forzada al orden social bajo criterios de funcionalidad. Esta precarización, provocada por dinámicas políticas y económicas, distribuye desigualdad y produce temores que afectan la existencia misma.

Butler (2010) señala que esta lógica problematiza la relación entre economía, Estado y subjetividad, al crear dispositivos de aseguramiento que operan como mecanismos de control. Lorey (2016) advierte que cuanto más se limita el aseguramiento social, mayor es la precarización y más intensa la intervención estatal para proteger el organismo social. Los “sobrantes” deben demostrar su valor para ser protegidos; de lo contrario, son tratados como amenazas a la seguridad colectiva.

Vejar (2021) denomina este fenómeno la “formalización institucional de la precariedad”, especialmente visible en contextos de protesta social, donde se imponen criterios de intervención basados en la seguridad como ideal político. En este marco, las juventudes han sido objeto de una precarización sistemática, marcada por pobreza, desigualdad, estigmatización y exclusión (Bonvillani, 2023; Valenzuela, 2015).

A pesar de ello, los jóvenes también encarnan la potencia de la resistencia. Son simultáneamente el síntoma y la respuesta, el cuerpo vulnerado y el cuerpo que se levanta, revelando que en los márgenes se gesta la posibilidad de otro orden social.

Diagnóstico: la propagación pandémica del agente viral de la indignación

Figura 2. El patógeno de la indignación, movilización



Fuente: Medina (2023).

“[...] esta violación destacaba la represión despiadada de la libertad de expresión, asociación y reunión pacífica —incluidas las protestas—, cuya peor parte soportaban con frecuencia quienes defendían los derechos humanos.”

(Amnistía Internacional, 2023, p. 16)

La inconformidad poblacional

Diversos hitos de la protesta social global revelan patrones comunes en la expansión de la inconformidad poblacional. Según Amador-Baquiro y Muñoz-González (2021), los procesos culturales y simbólicos que organizan la realidad social inciden en cómo se legitima o deslegitima la protesta. Ejemplo de ello es el movimiento 15-M en España (2011), donde la movilización ciudadana visibilizó problemáticas estructurales y exigió transformaciones urgentes. Las convocatorias se extendieron como respuesta a reformas antipopulares, liberando partículas de indignación, especialmente entre jóvenes, quienes se posicionaron como agentes activos en la disputa por lo público y lo político (Amador y Muñoz, 2021; Romero Peña, 2015).

Un fenómeno paralelo fue la *Primavera Árabe* (2010-2012), detonada por la inmolación de Mohamed Bouazizi, joven tunecino víctima de abuso estatal. Su acto se convirtió en símbolo de precarización extrema y desencadenó una ola de indignación que se propagó por países como Egipto, Libia y Siria (Sánchez, 2020). La respuesta estatal, marcada por represión y exclusión, buscó contener el brote de resistencia mediante dispositivos inmunológicos que catalogaron a los manifestantes como amenazas al orden social (Fossati y Bazán, 2011).

Este “efecto de contagio” debilitó la legitimidad de gobiernos autoritarios e hizo evidentes fisuras en sus sistemas de control. Como señalan Amador y Muñoz (2021), retomando a Negroni y González (2017), la indignación viral operó como una mutación política, desestabilizó el orden institucional y abrió paso a nuevas formas de resistencia.

Focos de infección al sur del continente

Las protestas sociales en Chile en el 2019 constituyen un referente clave para comprender las dinámicas que influenciaron la movilización en Colombia en el 2021. Según Almeida y Pérez Martín (2023),

Chile vivió un incremento sostenido en las prácticas de protesta, con más de 3300 brotes en todo el país. La Plaza Italia —resignificada como Plaza de la Dignidad— se convirtió en epicentro de encuentro y resistencia ciudadana. Por su carácter masivo e interseccional, este fenómeno fue catalogado como “estallido social”.

Aunque el detonante fue el alza en el precio del transporte público, la protesta se amplificó por el acumulado de precarización estructural: alto costo de vida, deficiencias en salud, pensiones mínimas y rechazo al sistema político y financiero (Amador y Muñoz, 2021). Ante la expansión del brote, el Estado activó respuestas defensivas, como la declaración del estado de emergencia por parte del expresidente Piñera, quien justificó la medida en actos contra la propiedad y el orden público (Ganter *et al.*, 2022).

Sin embargo, la indignación persistió, y el Estado recurrió a mecanismos más radicales. Según Amnistía Internacional (2022-2023), se empleó fuerza ilegítima y letal, incluyendo perdigones, que causaron mutilaciones, discapacidades permanentes y muertes. La represión se articuló como dispositivo inmunológico para legitimar la violencia contra cuerpos considerados “peligrosos”. Como advierte Mbembe (2011), la eliminación del otro precario se justifica como refuerzo de la seguridad. Así, la brutalidad estatal se convirtió en detonante de mayor furia ciudadana, lo que intensificó la propagación del estallido social.

La expansión epidémica de la indignación en Colombia

*De aquí la representación de los enemigos infiltrados, como
medicinas purgantes tendientes a favorecer una expulsión
saludable; o inclusive como un veneno necesario para vacunar en
forma preventiva el cuerpo.*

ESPOSITO (2004, p. 180)

El estallido social colombiano del 2021 se inscribe en un contexto de tensiones estructurales acumuladas. Según Sánchez (2021) y Hernández (2021), las movilizaciones entre el 2019 y el 2020 respondieron a la urgencia de transformar modelos económicos y políticos que han marginado históricamente a amplios sectores poblacionales. La crisis socioeconómica agravada por la pandemia de covid-19 y el rechazo ciudadano a las reformas propuestas por el gobierno de Iván Duque (2018-2022) catalizaron el brote de indignación el 28 de abril del 2021, como expresión popular del derecho a una vida digna.

Aunque el 89 % de las 12 478 protestas registradas entre abril y junio fueron pacíficas (CIDH, 2021), los medios y discursos oficiales desdibujaron su carácter político y posicionaron la movilización como amenaza. Se construyó la imagen de “poblaciones de alto riesgo” (Reguillo Cruz, 2021b), especialmente jóvenes, con lo cual se legitimó su criminalización. El fiscal general calificó las protestas como “terrorismo urbano” para justificar detenciones y judicializaciones. Según Amnistía Internacional (2023), el Estado activó mecanismos inmunitarios: persecución judicial, vigilancia, detenciones arbitrarias y uso excesivo de la fuerza, incluyendo muertes ilegítimas y violaciones sistemáticas de derechos humanos. Esta respuesta revela cómo el Estado social de derecho se transforma cuando la protesta es representada como amenaza, debilitando la legitimidad democrática.

La indignación viral se convierte así en una forma de supervivencia ante la precarización. Las fisuras del precariado, lejos de ser solo debilidad, pueden ser estímulos evolutivos que gestan nuevas formas de resistencia y transformación social (Esposito, 2004; Ferrero, 1904).

Los jóvenes precarios: portadores del agente viral de la indignación

Entre los actores más representativos de esta expansión epidémica de la indignación, se destacó la intervención de las poblaciones jóvenes entre los 18 y 25 años de edad, quienes representaban cerca del 65 % de la población que salió a marchar o manifestó su intención de hacerlo en el 2019. Este brote viral reveló las profundas inconformidades de este grupo poblacional, que según Reguillo Cruz (2021a), se explican por varios criterios: el deterioro de las condiciones estructurales para una incorporación efectiva y digna de los jóvenes en la sociedad; el debilitamiento de los espacios institucionales, debido a la ausencia de políticas públicas que fortalezcan programas de empleo, salud y educación para la juventud; y la desacreditación de la política formal, sus actores e instituciones, lo que produce un profundo desencanto y desconfianza entre los jóvenes hacia las formas tradicionales de representación política. Bajo este marco, la consolidación del antígeno viral en las juventudes se configura desde el reconocimiento de su entorno social, ambiental y político inmediato, un contexto que atraviesa y perfila gran parte de su cotidianidad y propósito de vida. A su vez, este brote de indignación devela necesidades insatisfechas que se materializan en oposición y rebeldía, expresadas en el deseo de autonomía y la búsqueda de una autoafirmación generacional en medio de una sociedad que con frecuencia no ofrece posibilidades de vínculo ni alternativas de vida que permitan proyectar un futuro (Martín-Barbero, 1998).

Desde esta perspectiva, los jóvenes precarizados no solo encarnan el síntoma de una crisis social, sino también la posibilidad de transformación. Su indignación, lejos de ser una anomalía, se convierte en

una fuerza vital que interpela las estructuras excluyentes y propone nuevas formas de existencia. En medio de la adversidad, estos cuerpos juveniles se posicionan como agentes activos de cambio, capaces de reconfigurar el sentido de lo político desde la experiencia vivida, la rebeldía organizada y la urgencia de imaginar futuros más justos.

Tratamiento: la configuración de la “discapacitación”

Figura 3. El patógeno de la indignación



Fuente: (Medina, 2023).

Su conservación depende del sometimiento a una potencia extraña que no nace de ella, pero que a la vez constituye su condición de existencia y el resultado al que se la destina.

(Esposito, 2004, p. 22)

La confrontación entre la expansión y la eliminación de la vida revela una paradoja fundamental en los dispositivos de protección estatal: aquello que se presenta como defensa puede, simultáneamente, operar como mecanismo de muerte. Esta dualidad, que subyace en la lógica de inmunización, es lo que Esposito (2004, p. 9) denomina “la conservación nociva de la vida”, una forma de antivirus que protege al organismo social eliminando los cuerpos considerados patógenos. Es decir, una respuesta de protección ante el peligro que, en nombre de la vida, priva de ella al otro.

El recorrido realizado hasta aquí permite ilustrar las circunstancias que motivaron el brote poblacional en distintos territorios del mundo, así como los mecanismos de movilización social utilizados por las poblaciones infectadas de indignación para visibilizar sus luchas y demandas por formas más dignas de existencia frente a estructuras históricas de sujeción, exclusión y vulneración. Como se ha mencionado, el agente viral de la indignación se gestó en gran medida a partir de la vulnerabilidad agravada por las altas dosis de precariedad y precarización en los distintos ecosistemas sociales. Este escenario de posicionamiento político masivo dio lugar a prácticas de estigmatización, exclusión, señalamiento y muerte. Entre ellas, se destaca la “discapacitación”, concebida como una técnica de inmunización que opera con base en la representación nociva de la protesta social y de quienes la ejercen.

Los mecanismos de control desproporcionado utilizados por la fuerza pública para suprimir las movilizaciones no se limitaron a la represión física. También se desplegaron técnicas más sutiles de sometimiento, como la discapacitación, entendida como una forma de intervención que busca controlar a las poblaciones portadoras de indignación —consideradas nocivas para el organismo social— *mediante la invalidez corporal, simbólica y social*. Estos mecanismos de opresión, muchos de ellos mediáticos, se apoyan en la generación de miedo para debilitar los movimientos sociales y las reivindicaciones ciudadanas.

Según Valenzuela (2015), estos dispositivos de control poblacional se despliegan especialmente sobre grupos precarios, como los jóvenes, quienes son percibidos como cuerpos de riesgo. La inmunización no solo los priva de su accionar político, sino que también los “borra de la vida social, económica y política, eliminando su rostro, su buen nombre, convirtiéndolos en peligro social y creando el estigma en la opinión pública” (p. 34). En este sentido, las prácticas defensivas de inmunización como la discapacitación invalidan corporalmente, pero también despojan simbólicamente a los sujetos de su agencia y pertenencia. Para Rossana Reguillo Cruz (2021), los fenómenos que emergen desde la fragmentación de lo social en contextos de urgencia habilitan violencias múltiples: “entre las poblaciones y sus pactos, entre el Estado y sus obligaciones, entre los imaginarios de una vida buena y el orden de lo legítimo” (pp. 24-25). Estas prácticas han minado la posibilidad de imaginar otra sociedad posible, una en la que la protesta no sea tratada como patología, y donde los cuerpos indignados no sean sometidos a tratamientos antivirales que los mutilan, silencian o desaparecen.

El campo enunciativo de la discapacitación

Sólo la decisión acerca de qué está enfermo —acerca del origen, el desarrollo y el resultado de la enfermedad— define por contraste qué está sano.

ESPOSITO, 2004, p. 173

El concepto de *discapacitación* remite necesariamente al de *discapacidad*, que ha sido abordado desde múltiples definiciones y modelos que establecen parámetros de interpretación sobre los cuerpos, las vidas y las asignaciones sociales que configuran lo que hoy se entiende como personas con discapacidad. Aunque no se profundizará en cada modelo, se retomarán algunas nociones claves para analizar

bajo qué condiciones específicas se adquiere la discapacidad como una condición negativa de la vida.

Según Henao (2023), retomando a Ellis *et al.* (citados en Revuelta y Hernández, 2021), la discapacidad abarca un amplio espectro de condiciones físicas, motoras, mentales, sensoriales, conductuales, médicas y de apariencia que restringen la función, limitan la participación y se entienden como formas estigmatizadas de inferioridad. Es decir, se trata de estados corporales que producen limitaciones concretas en la vida de quienes los experimentan. Por su parte, Palacios (2008) plantea que la discapacidad se configura en la relación entre el cuerpo, sus formas de existir, la experiencia corporal vivida y el contexto social en el que se construyen. Esta relación crea una situación de desventaja social que se traduce en discriminación y reducción de posibilidades de vida frente a otros grupos. Así, la discapacidad no es solo una condición médica, sino una construcción social que organiza jerarquías de valor entre cuerpos.

Los ordenamientos que definen el régimen de poder-saber sobre la discapacidad se articulan en torno a representaciones acerca de la capacidad y funcionalidad de los cuerpos. Maldonado (2020) denomina esta lógica como *capacitismo*: una condición asignada por prácticas, instituciones, relaciones e ideas que materializan ciertos cuerpos como deficientes. En esta concepción, el cuerpo capaz se convierte en modelo obligatorio para el progreso del organismo social. El capacitismo, como señala Reguillo Cruz (2021), determina la relación entre discapacidad y el ideal de humanidad construido según el modelo neoliberal. Este modelo asocia la discapacidad con categorías de inferioridad, marginalidad, enfermedad y limitación. En este sentido, ser víctima de discapacitación implica asumir criterios de deficiencia, tragedia y exclusión como resultado de una acción de sometimiento —un castigo estatal— que genera no solo la pérdida de un sentido, sino también de funcionalidad, productividad y reconocimiento humano. Se trata de cuerpos menos válidos, o “minusválidos”, como los denomina Maldonado.

Este espectro de violencia necropolítica ejercida por el Estado, que convierte el escenario de la movilización social en un campo de batalla, tiene como objetivo principal la protección del organismo social. La discapacitación, entonces, recurre a la destrucción de capacidades para limitar, amputar y someter a las poblaciones divergentes. Como advierte Temblores (2021), la forma y el momento en que se adquiere la discapacidad inciden profundamente en cómo se asume esa condición. Es muy distinta la percepción cuando la discapacidad es producto de un hecho victimizante, como ocurre en contextos de represión estatal.

En escenarios de disolución del orden, la discapacitación puede entenderse como una causalidad desfavorable, dada la carga simbólica y social que se teje sobre estas vidas marcadas como indignas de ser vividas. La destrucción y mutilación del cuerpo del adversario introduce códigos de sentido, miedo, vulnerabilidad y exclusión sobre la vida que habita la discapacitación. Como señala Bustos (citado en Mbembe, 2006, p. 3), su función es “mantener a la vista de la víctima y de la gente de su alrededor el mórbido espectáculo que ha tenido lugar”.

Estas reflexiones permiten pensar la violencia como representación del poder estatal contemporáneo, que opera degradando el rostro de quienes irrumpen el orden social en busca de una existencia digna. La discapacitación se configura como un dispositivo de gestión poblacional, enmarcado en prácticas necropolíticas que intervienen mediante un mecanismo de control para “hacer morir y dejar vivir” (Mbembe, 2006, p. 14). El fenómeno de la discapacitación obedece a un cálculo político-necropolítico que no busca matar físicamente al otro, sino producir en él una forma de muerte simbólica: la discapacidad. Esta se manifiesta como castigo, suplicio y estigmatización derivada de una lesión corporal, desarrollada como mecanismo de control. Reconocer los rostros y las particularidades de la discapacitación es fundamental para distinguirla como práctica sistemática. El estallido social develó cómo estas acciones dan cuenta de lo que viene sucediendo con los cuerpos considerados un problema de seguridad y, por ende,

un asunto de orden gubernamental. Se trata de ecosistemas de control que recurren a la subjetividad colectiva, respaldada por lo mediático, para atacar a los cuerpos cargados de “infección”.

Este ejercicio de gestión y control de poblaciones portadoras del agente viral de la indignación se sustenta en la capacidad de alterar la realidad de las personas mediante el uso indiscriminado de dispositivos de disciplinamiento (Reguillo Cruz, 2021b). Se trata de una rectificación (Castro, 2004) del portador viral mediante la violencia, para reinsertarlo en el organismo social, reestructurando su representación de la vida y anulando su capacidad de lucha.

Las fuerzas normalizadoras se encaminan a evitar futuras mutaciones que produzcan nuevos brotes de infección o efectos colaterales que fortalezcan esta “arma de guerra contemporánea” contenida en la envoltura de un cuerpo visible. En este marco, la discapacidad sustituye a la muerte y abre la vía a prácticas en las cuales el cuerpo es fragmentado, despojado de humanidad y convertido en cosa dispensable, embestida para defender las jerarquías hegemónicas del Estado. Los cuerpos atravesados por la discapacitación experimentan una vida con dolor. El rigor de la existencia se enlaza con el terror de la muerte como acto deliberado del mundo contemporáneo. Las marcas que quedan inscritas en estos cuerpos son un recuerdo vivo y permanente del accionar necropolítico usado para enfrentar al enemigo construido. Estas lesiones visibles de sumisión alteran la forma en que las personas se presentan ante el mundo, exponiéndolas al juicio social y a profundas afectaciones simbólicas. Son, como señala Temblores, “un símbolo de lo que se debe rechazar: personas que no pueden ver, pero que tampoco quieren ser vistas” (2021, p. 53).

En este mismo sentido, las marcas visibles en el cuerpo envían un mensaje a los manifestantes, especialmente a los jóvenes —los más violentados durante el estallido social—. Como se ha señalado, “el miedo de no arriesgarse a adquirir una discapacidad” se convierte en un mecanismo de disuasión para quienes presencian o conocen estos hechos, bajo la perversa lógica de que “el que sale a marchar asume

las consecuencias de haber osado hacerlo” (Tembloros, 2021, p. 50). Así, la discapacitación no solo opera como castigo físico, sino como estrategia de silenciamiento colectivo. Es una forma de control que busca inhibir la reproducción de la indignación, marcando los cuerpos como advertencia y los rostros como territorio de escarmiento. Pero en esa misma marca también habita la posibilidad de resistencia: el cuerpo herido se convierte en archivo vivo de la memoria, en testimonio encarnado de la lucha y en semilla de nuevas formas de agencia política. Porque incluso en la mutilación, la vida insiste. Y desde el dolor, se gesta la potencia de un futuro que aún se atreve a ser imaginado.

La necropolítica: dispositivo de rectificación del cuerpo infectado con indignación

La comprensión de las dinámicas que enmarcan la protesta social contemporánea plantea interrogantes fundamentales: si la protesta social es un derecho de participación y expresión ciudadana en un país democrático como Colombia, ¿por qué se convierte en blanco de represión y ataque por parte de las fuerzas de seguridad del Estado? ¿Cómo es que las prácticas contemporáneas de contención y criminalización implementadas sobre estas existencias que tensionan la gobernabilidad estatal recurren y legitiman el uso de la discapacitación como mecanismo de control social, cuando se supone que el Estado moderno debe hacer vivir y proteger? Michel Foucault (2000) advierte que el racismo moderno no se limita a la lucha entre grupos sociales, sino que se convierte en una estrategia interna de purificación permanente. Es un racismo que la sociedad ejerce sobre sí misma, sobre sus propios elementos, como parte de una lógica de normalización social.

La analogía biológica permite ilustrar cómo, ante la resistencia de ciertos “antígenos” —en este caso, las poblaciones indignadas—,

se activan mecanismos más radicales de intervención. Según la Organización Panamericana de la Salud (2019, p. 13), un antígeno es sensible al antibiótico cuando este logra inhibir su crecimiento; pero si el antígeno muta o se resiste, se requieren concentraciones superiores, es decir, tratamientos más agresivos. En el contexto social, esto se traduce en acciones estatales “superiores” para contener la expansión de la indignación, en especial cuando esta se desborda, como ocurrió tras la muerte de Dilan Cruz.² La protesta social, cuando se representa como trasgresión de las normas y amenaza al cuerpo del organismo social, se convierte en un campo de aparición de lo “anormal” (Castro, 2004). La discapacitación, en este marco, no es solo una consecuencia física, sino una estrategia política que se inscribe en la racionalidad gubernamental del Estado liberal. Como plantea Foucault, se trata de una narrativa de administración que perfecciona dispositivos estatales para el ordenamiento biológico de los sujetos y del ecosistema que habitan. La biopolítica, entonces, se constituye desde una concepción patológica del Estado como organismo que, para conservarse, instauro dispositivos protectores que regulan la vida orgánica de sus poblaciones. Las vidas que escapan a los cánones de normalidad —aquellas que no se ajustan a las leyes naturales y sociales— son referenciadas como cuerpos enfermos, incompletos, lisiados o monstruosos, que deben ser identificados, organizados e intervenidos para su control.

Estas prácticas se despliegan por medio de lo que Foucault denomina tecnologías de poder, implementadas desde dos aristas: la anatomopolítica, orientada al disciplinamiento de los cuerpos individuales, y la biopolítica, enfocada en el ordenamiento de las

² Dilan Cruz Medina (Bogotá, 2001-2019) fue un estudiante colombiano que murió durante las protestas sociales del 23 de noviembre del 2019 en Bogotá, tras recibir el impacto de un proyectil disparado por el Escuadrón Móvil Antidisturbios (ESMAD). Su caso se convirtió en un símbolo de la movilización juvenil por la educación y contra el uso excesivo de la fuerza pública. Véase “Análisis forense revela nuevos detalles de la muerte de Dilan Cruz”, *El País*, 4 de septiembre del 2023, <https://elpais.com/colombia/2023-09-04/analisis-forense-revela-nuevos-detalles-de-la-muerte-de-dilan-cruz.html>.

poblaciones mediante la cualificación y optimización de sus aptitudes. En ambos casos, el cuerpo se convierte en la base de las prácticas de gestión, asumidas para controlar, intervenir, estimar y regular la vida. Como señala Henao (2018, p. 57), se trata de “hacerse cargo en forma continua y eficaz de los individuos, de su bienestar, su salud, su trabajo, su manera de ser, su manera de comportarse y hasta su manera de morir”.

Esta fuerza de administración de la biopolítica, denominada *gubernamentalidad*, despliega mecanismos de gobierno que articulan condiciones normativas para definir los marcos de comportamiento, los mecanismos de normalización y las formas de control poblacional necesarias para la regulación de la vida. Todo esto se sostiene en instituciones y en un contrato social conformado por normas, medidas administrativas, principios morales y discursos jurídicos que determinan quiénes pueden formar parte del organismo social —o ser excluidos de él (Henao, 2018). Tales requerimientos constituyen una barrera que distingue, separa, jerarquiza, califica y sanciona lo que se encuentra “adentro” en la legalidad y lo que queda “afuera” en la ilegalidad (Reguillo Cruz, 2021a, p. 34).

Los dispositivos que Foucault referencia y que Henao retoma —vigilar, adiestrar, utilizar y someter— permiten ajustar los cuerpos disidentes del orden social y, mediante prácticas de castigo y disciplinamiento, resguardan la vida de aquellas poblaciones consideradas “normales” frente a las que han sido categorizadas como amenaza. Esta categorización está estrechamente vinculada a la intervención defensiva como respuesta ante el peligro, en la cual ciertas prácticas sociales son asociadas a una condición de peligrosidad por encontrarse en el marco de la anormalidad. Desde esta perspectiva, el estallido social puede ser comprendido como un virus tóxico que se ha escapado fortuitamente de un laboratorio, que no solo se contagió, sino que también se multiplicó y puso en riesgo al organismo social, infectado por estos patógenos referenciados como perjudiciales para su estabilidad.

Al analizar las dinámicas que se vislumbran en el desarrollo de las manifestaciones, se observa el poder que ejercen las fuerzas armadas sobre la protesta social, respaldadas desde lo gubernamental y justificadas por el discurso de protección del orden. Siguiendo estos parámetros de representatividad nociva, durante el estallido social se emplearon dispositivos de control y represión para contener aquellas vidas que irrumpieron el funcionamiento “normal” del organismo social. Sin embargo, como se ha planteado, cuando el agente infeccioso supera o no responde al tratamiento biopolítico estatal, se recurre a tratamientos más radicales: en este caso los necropolíticos. Mbembe (2011) plantea que la necropolítica determina quién y cómo puede vivir, y quién y cómo debe morir. En este caso, la muerte se superpone a la vida como mecanismo para inmunizarla, revelando que el ejercicio de poder sobre los cuerpos indignados no busca únicamente su contención, sino su eliminación simbólica y material como forma de preservar el orden.

La inmunización: la caja negra de la rectificación

Allí donde hay enfermedad, hay medicina; allí donde hay medicina, hay enfermedad. A menudo una medicina es veneno y a menudo fármaco para una enfermedad en un momento determinado. El remedio para el mal está en tomarlo en formas y dosis tales que inmunicen definitivamente de él.

ESPOSITO (2004, p. 178)

En el organismo humano, la preservación de la vida está estrechamente condicionada por la capacidad de protección frente a agentes microscópicos considerados peligrosos. Esta contienda es liderada por el sistema inmunitario, conformado por órganos, tejidos, células

y moléculas que identifican amenazas y activan respuestas para contener o eliminar la anomalía (Barrón Tirado, 2015). La primera línea de defensa es la respuesta inmunitaria innata, una barrera natural que protege la integridad biológica. Si esta es superada, se ponen en marcha mecanismos adaptativos, caracterizados por respuestas más específicas para neutralizar la infección de manera más eficaz. Desde esta perspectiva científica, los procesos inmunológicos tanto innatos como adquiridos funcionan como protectores del cuerpo humano.

Esposito (2004) propone la categoría de inmunidad para pensar la política no como algo externo a la vida, sino como parte constitutiva de ella. La biopolítica adquiere así un nuevo sentido: se convierte en un mecanismo de protección frente a los virus mortales que amenazan la existencia. El ejercicio gubernamental positivo del poder, tal como lo plantea Foucault, transmuta hacia su opuesto: una “protección negativa de la vida” (Esposito, 2009), que busca evitar a toda costa la contaminación. “Proteger la vida haciéndole probar la muerte. El cuerpo se establece como el escenario, pero también como *instrumento de aseguramiento*. Así como el cuerpo es el lugar privilegiado para el despliegue de la vida, también es donde más se advierte la amenaza de la muerte” (Esposito, 2009, p. 161, Énfasis en el original).

Desde esta lógica, la vida deja de ser objeto de la política y se convierte en su sujeto. El accionar gubernamental deriva en ejercicios de violencia que “arrastran a la muerte al contacto con la vida y exponen a la vida a la prueba de la muerte” (Esposito, 2004, p. 181). Estas prácticas derivan en procedimientos más radicales, como las intervenciones autoinmunitarias, que, bajo la bandera de la protección, terminan volviéndose contra el mismo cuerpo que buscan preservar. Este acercamiento permite entender las prácticas defensivas inmunitarias que el organismo social activó para regular la propagación de los portadores del virus de la indignación. Se trata de mecanismos negativos asumidos para proteger su integridad, que “mantienen con vida la vida” valiéndose del poder de la inmunización. Como señala Esposito (2009, p. 73), esta lógica se basa en “una

protección negativa de la vida, que la somete a una condición que a la vez niega o reduce su potencia expansiva”.

Desde esta lógica, ante un ecosistema alterado y desprotegido, la discapacitación se configura como un dispositivo utilizado por la fuerza pública para “sanar” y contrarrestar la infección, enfrentando al enemigo construido que amenaza desde la noción de protección nociva de la vida. Realizando una aproximación de las prácticas de inmunización desarrolladas por Esposito (2004) al contexto de la protesta social en Colombia y Chile, es evidente que la neutralización defensiva asumida por los Estados para contener la movilización social derivó en acciones radicales y extralimitadas. Bajo el discurso de protección de la vida, se legitimó la supresión de ciertas vidas, a las cuales se les sustrajo su carácter humano (*bios*) y se redujeron a simples materias vivientes: *nuda vida* (*zôe*).

En este sentido, la seguridad se ha convertido en uno de los principales ejes para la conservación de la humanidad en la comunidad contemporánea. Esta se abastece de un vasto campo de riesgos que deben ser regulados y neutralizados para proteger el organismo social. Las prácticas de extracción del contaminante bajo el contexto de seguridad permiten preguntarse: ¿Qué criterios establecen a la protesta social como una condición nociva que atenta contra la estabilidad del cuerpo social? ¿Qué tipo de respuestas se están habilitando para contrarrestar tal condición? ¿Pueden estas ser entendidas desde un marco inmunológico? Estos cuestionamientos remiten nuevamente a Reguillo Cruz (2021b), quien advierte que las “retóricas de seguridad” establecidas para salvaguardar el equilibrio del organismo social han constituido un pasillo que habilita la violencia como medida de intervención ante el colapso del orden. Se trata de zonas de disputa que se configuran desde el binomio legalidad-ilegalidad, y que se producen y reproducen en torno a la protección de lo humano.

Este desvío hacia políticas de muerte revela cómo la política moderna ha tomado un camino hacia la destrucción de la corporalidad de los “sobrantes”. Un accionar que recurre a la producción de

discapacidad con fines políticos de protección, caracterizado por la represión individual y colectiva de las poblaciones portadoras de indignación. Mbembe (2011) sostiene que los Estados modernos han tecnificado las formas de matar, sofisticando los métodos de represión y contención del enemigo mediante el uso de tecnologías.

Las fuerzas de seguridad recurrieron a múltiples formas de embes-tida, que incluyeron: uso indiscriminado de armas de fuego, arma-mentos de letalidad reducida, disparos horizontales con arma Venom, lanzamientos de gases lacrimógenos y aturdidoras, vulneración del principio de publicidad de procedimientos policiales, imposición de medidas paralegales a personas detenidas, violencia sexual, desaparición forzada y generación de traumas oculares (Tembloros, 2021). Así, el cuerpo deviene en un campo de batalla, retrocediendo a prác-ticas de sometimiento propias de épocas pasadas, ahora reforzadas por tecnologías modernas que habilitan nuevas formas de represión como la discapacitación.

Este campo de gestión poblacional activa una serie de disposi-tivos necropolíticos de represión para “civilizar” a las poblaciones disidentes que se atrevieron a desafiar el orden social en busca de una vida más digna. El control se ejerce por medio de mecanismos de inmunización dirigidos a mutilar o degradar el cuerpo y el rostro de sus enemigos, prácticas que a lo largo de esta investigación han sido denominadas como “discapacitación”. Estas se instauran bajo pará-metros civilizatorios de sometimiento corporal, formas de extinguir la vida y atribuirle objetivos racionales al acto de matar (Mbembe, 2011).

Según el informe de Tembloros (2021, p. 44), la producción de lesiones faciales, en particular oculares, infligidas a personas que participaron o simplemente se encontraban en lugares de movili-zación social, es una práctica “relativamente nueva” en Colombia. Esta forma sostenida de violencia comenzó a evidenciarse desde las manifestaciones de noviembre del 2019 en Chile y se intensificó durante el estallido social del 2021 en Colombia. Las lesiones en los ojos y el rostro que derivan en deficiencias hacen evidente una

clara intención de controlar y degradar el cuerpo. Estas prácticas violentas, deliberadas y sistemáticas, ejecutadas por integrantes de las fuerzas de seguridad del Estado, vulneran el cuerpo de quienes protestan mediante el uso predeterminado de armas. Los efectos de estas formas contemporáneas de sometimiento han producido daños graves e incluso permanentes, que han configurado discapacidades físicas y psicológicas en los manifestantes. La ONG Temblores (2021) ha documentado estos ataques como agresiones directas al rostro, especialmente a los ojos, con el propósito de provocar una destrucción masiva de los sentidos.

El uso excesivo de la fuerza para producir lesiones en el rostro no solo viola el derecho a la integridad personal, sino que también produce un daño profundo en la sensibilidad y la percepción del individuo como enemigo. Estas lesiones tienen la función de mantener visible en la víctima —y en quienes la rodean— las marcas que enseñan su “delito”. El miedo a adquirir una discapacidad se convierte en un mecanismo disuasivo para quienes presencian o conocen estos hechos, bajo la perversa lógica de que “el que sale a marchar asume las consecuencias de haber osado hacerlo” (Temblores, p. 50).

La degradación de capacidades se configura desde un panorama necropolítico de represión estatal hacia las poblaciones que se movilizan ante su situación de precarización. Desde esta perspectiva, tales acciones operaron como un mecanismo de gestión y control poblacional que recurrió a marcar el rostro y el cuerpo como una señal de castigo y estigmatización que lo acompañará por el resto de su vida. Estas necroprácticas estatales buscan producir discapacitación como estrategia de aseguramiento y disciplinamiento social, inscribiendo en los cuerpos heridas que funcionan simultáneamente como advertencia y como herramienta de gestión poblacional. En este sentido, las prácticas de inmunización por medio de la discapacitación han traído consigo dinámicas de miedo, ya que las formas de intervención, aquellas denominadas “sanación”, se conciben como castigos por ejercer el derecho a la protesta y movilización.

Conclusión

Esta investigación permitió visibilizar cómo los cuerpos indignados —especialmente los de los jóvenes— se han convertido en territorios de disputa, blancos de dispositivos de control y represión que operan bajo lógicas necropolíticas. Por medio del análisis de discursos institucionales, informes de derechos humanos y marcos teóricos contemporáneos, se ha hecho evidente que el estallido social no fue un evento aislado, sino el resultado acumulado de condiciones históricas de precarización, exclusión y violencia estructural que han incubado el virus de la indignación.

Uno de los principales hallazgos que emergen de la investigación es que la mujer emerge como el primer “paciente cero” del brote viral. Su cuerpo, históricamente desplazado a condiciones de vulnerabilidad, ha sido instrumentalizado como eje de control político y social. En la analogía propuesta, representa la inmunidad innata: la primera defensa que debe ser atacada para contener el brote. Esta lógica patriarcal se despliega mediante prácticas de violencia física, simbólica y sexual que buscan someter su agencia y deslegitimar sus enunciaciones, ya sea como manifestante o como agente del Estado. La discapacitación, en este contexto, no solo mutila físicamente, sino que fragmenta la legitimidad de sus voces. La reivindicación del rol de las mujeres implica problematizar las políticas de muerte que buscan controlar su entorno, reconociendo que el patriarcado ha fecundado un sistema social plagado de patógenos de precariedad.

El segundo lugar el análisis nos devela al principal portador del agente viral de indignación, identificado como las juventudes, reconocidas por su fuerza, capacidad de resistencia y potencia disruptiva. La juventud latinoamericana, en particular la colombiana, ha sido históricamente atravesada por condiciones de violencia estructural: guerrillas, paramilitarismo, narcotráfico y un Estado que ha fallado en garantizar condiciones mínimas de existencia digna. Como advierte Bonvillani (2022), “ser joven latinoamericano aumenta el

riesgo de morir”. El capacitismo conceptualiza a los jóvenes como organismos sin razón, que aún no han alcanzado esa “mayoría de edad kantiana” que les otorgue el derecho y la capacidad moral para dirigir su existencia dentro del ecosistema social. Sin embargo, durante el estallido, tomaron las calles, crearon puntos de resistencia, gestaron redes de solidaridad, organizaron asambleas populares e intercambiaron saberes. En este contexto, Dilan Cruz se convierte en un portador viral simbólico. Su eliminación en el 2019 activa una respuesta viral: las juventudes se configuran como cuerpos reproductores inmediatos, capaces de incubar y propagar la indignación, incluso frente a factores externos que intentan disiparla.

Otro factor que surge de la comprensión hostil del ecosistema social permitió concluir que existen actores externos —denominados “terceros”— que operan como agentes contaminantes. Los terceros armados movilizan acciones violentas y buscan implantar una mutación del virus con doble connotación: infectar la representación del manifestante como actor criminal urbano y apropiarse de las luchas legítimas. Por otro lado, los terceros pasivos —entidades privadas, públicas y ciudadanos no participantes— se convierten en objeto de protección estatal, legitimando la represión en nombre de sus “derechos” e intereses. Como advierte Reguillo Cruz (2021a), estos actores operan en espacios fronterizos habilitados por retóricas de seguridad que oscilan entre legalidad e ilegalidad, configurando escenarios paralelos de “paralegalidad” en los cuales se normaliza la violencia como forma de gestión del conflicto.

Asimismo, este ejercicio investigativo permitió concluir que la discapacitación debe comprenderse como una noción multidimensional que excede el impacto físico de la lesión. Se instaaura como dispositivo de control que genera afectaciones colaterales en los sistemas relacionales del sujeto, configurando nuevas representaciones sociales marcadas por el estigma, el miedo, el rechazo y la exclusión. Esta práctica necropolítica utiliza la discapacidad como herramienta para controlar las manifestaciones sociales, no desde

un modelo médico o rehabilitador, sino desde marcos de resignificación que cuestionan las normas de valoración de la vida.

Finalmente, a pesar de haber sido “controlado”, el portador de indignación también es un agente político. Desde ese lugar de amenaza, se despliega un abanico de resistencias que resignifican el rostro discapacitado como imagen de lucha. La marca del castigo se transforma en potencia de existencia, en posibilidad de futuro. La legalidad no garantiza legitimidad, en especial cuando se impone sobre cuerpos que han sido socialmente expuestos a la violencia. La moralidad de las acciones hegemónicas siempre será cuestionada por los colectivos de lucha, por cuanto estas no afirman la vida, sino que buscan extinguir la indignación que la reclama.

Esto nos indica que el virus no fue eliminado porque nunca fue reconocido por la voz oficial. Solo fue contenido mediante acciones violentas, y ahora ha mutado en variantes que serán incubadas por generaciones posteriores. Así ha sido el comportamiento del virus de la indignación a lo largo de las décadas que nos construyen como nación: una persistencia viral que resiste, se transforma y se reproduce en cada cuerpo que se niega a morir en silencio.

Canto desde el negro más oscuro de la humanidad,
Canto con la fuerza de los pueblos y su identidad,
Canto desde el fuego de la lucha por la dignidad,
Canto por la sangre de los ojos que no sanarán.
Entre tanta noche y entre tanta muerte
Regalé mis ojos para que la gente despierte.

NANO, 2019

Una nueva cepa de indignación fue creada. No se extinguió, se transformó, se multiplicó. Y seguirá habitando los cuerpos que se niegan a callar.

Referencias

- Almeida, M. y Pérez Martín, J. (2023). *Neoliberalismo y resistencias en América Latina*. Editorial Universidad del Valle.
- Álvarez, J., Martín, J. y Puello-Socarrás, J. (2023). *Estallido social en Colombia: luchas populares, neoliberalismo y pandemia*. Universidad del Valle.
- Amador-Baquiro, J. C. y Muñoz-González, G. (2021). Del alteractivismo al estallido social: acción juvenil colectiva y conectiva (2011 y 2019). *Revista Latinoamericana de Ciencias Sociales, Niñez y Juventud*, 19(1), 176-203.
- Amnistía Internacional. (2023). *Informe anual sobre Colombia: derechos humanos en crisis*. <https://www.amnesty.org/es/>
- Barrón Tirado, C. (2015). *Sistema inmunológico: estructura y función*. Universidad Nacional Autónoma de México.
- Bonvillani, A. (2022). Juvenicidio: un concepto parido por el dolor. Reflexiones situadas para juventudes latinoamericanas en contextos de violencia estructural. *Revista Latinoamericana de Ciencias Sociales, Niñez y Juventud*, 20(3), 1-26.
- Bonvillani, A. (2023). Juventudes y estigmatización en contextos de precariedad: el “portación de rostro” como tecnología de control. *Revista de Estudios Sociales*, 84, 45-62.
- Butler, J. (2010). *Marcos de guerra: las vidas lloradas*. Paidós.
- Castro, E. (2004). *La biopolítica como paradigma de gobierno*. *Revista de Filosofía Política*, 12(1), 25–40.
- Chapilliquen, J. (2021). *Epidemiología básica*. Fondo Editorial de la Universidad Nacional Mayor de San Marcos.
- Comisión Interamericana de Derechos Humanos (CIDH). (2021). *Observaciones y recomendaciones de la visita de trabajo de la CIDH a Colombia realizada del 8 al 10 de junio de 2021*. <https://www.oas.org/es/cidh/informes/pdfs/Colombia2021.pdf>
- Esposito, R. (2004). *Bíos: Biopolítica y filosofía*. Herder.

- Esposito, R. (2009). *Comunidad, inmunidad y biopolítica*. Amorrortu.
- Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales (FLACSO). (2020). *Violencia de género en contextos de protesta social*.
- Fairclough, N. (1989). *Language and power*. Longman.
- Fossati, F. y Bazán, M. (2012). Primavera árabe: análisis de un fenómeno global. *Estudios Internacionales*, 44(171), 161-177.
- Foucault, M. (2000). *Defender la sociedad*. Fondo de Cultura Económica.
- Foucault, M. (2004). *Seguridad, territorio, población: curso en el Collège de France (1977-1978)*. Fondo de Cultura Económica.
- Ganter, M., Zunzuri, A. y Henríquez, C. (2022). *Estallido social en Chile: narrativas del conflicto*. Universidad de Chile.
- García Palomo, J. D. (2010). *Microbiología médica*. Editorial Médica Panamericana.
- Henao, Á. (2023). *Discapacitación y agencia política: resignificaciones desde el cuerpo*. *Nómadas*, 58, 60-75.
- Henao, J. (2018). *Biopolítica y gubernamentalidad: el poder sobre la vida*. *Revista de Ciencias Sociales*, 28(2), 33-59.
- Hernández, L. (2021). *Juventud e indignación: nuevas formas de movilización en Colombia*. *Revista de Sociología Crítica*.
- Hobbes, T. (2017). *Leviatán: o la materia, forma y poder de una república eclesiástica y civil* (M. Sánchez Sarto, trad.). Fondo de Cultura Económica. [Obra original publicada en 1651.]
- Indepaz. (2021). *Informe sobre líderes sociales y excombatientes asesinados en Colombia*. <https://indepaz.org.co/>
- Informe sobre violencia policial en el estallido social colombiano*. (2021). *Temblores*. <https://temblores.org/>
- Lorey, I. (2016). *Estado de inseguridad: gobernar la precariedad*. Traficantes de Sueños.
- Maldonado, M. (2020). *Cuerpos disidentes y patologización social*. *Revista de Estudios Sociales*, 72, 55-62.
- Martín-Barbero, J. (1998). *Educación para la convivencia y ciudadanía*. Ministerio de Educación Nacional.
- Mbembe, A. (2011). *Necropolítica*. Melusina.

- Medina, D. (2023). *El patógeno de la indignación*. Corporación Unificada Nacional de Educación Superior, Bogotá.
- Ministerio de Defensa Nacional de Colombia. (2021). *Garantías a la manifestación pacífica y control de acciones violentas: periodo 28 de abril al 4 de junio del 2021*. <https://www.mindefensa.gov.co>
- Nano. (2019). *Canto por la sangre*. [Poema citado en contexto de protesta social.]
- Navarro, J. (2007). *Revista de Filosofía*, 45(2), 180-190.
- Oquendo, C. (2019, 26 de noviembre). Muere Dilan Cruz, el joven que recibió un disparo de los antidisturbios en Colombia. *El País*. https://elpais.com/internacional/2019/11/26/colombia/1574742290_433216.html
- Organización Panamericana de la Salud (OPS). (2019). *Resistencia antimicrobiana: Informe técnico regional*. <https://www.paho.org/>
- Palacios, A. (2008). *El modelo social de discapacidad: orígenes, caracterización y plasmación en la Convención Internacional sobre los Derechos de las Personas con Discapacidad*. Madrid.
- “Polémica por declaraciones de Paloma Valencia sobre Dilan Cruz”. (2019). *Semana*. <https://www.semana.com/>
- Reguillo Cruz, M. (2021a). *Juventudes en disputa: cuerpos, política y resistencia* .
- Reguillo Cruz, M. (2021b). “La indignación como síntoma: cuerpos, exclusión y viralidad”. *Revista Colombiana de Sociología*, 44(1), 12-20.
- Rocha, C. (2020). “Dilan Cruz: símbolo de la protesta y víctima de la represión estatal”. *Semana*. <https://www.semana.com/>
- Romero Peña, A. (2015). Historia de un movimiento: el 15. *Revista Crítica de Ciencias Sociales y Jurídicas*, 46(2), 61-84.
- Sánchez-Quintero, C. (2021). De la precariedad a la movilización: la juventud como sujeto político en el Paro Nacional de 2021 en Colombia. *Estudios Políticos*, 61, 225-251.
- Sassen, S. (2015). *Expulsiones: brutalidad y complejidad en la economía global*. Katz Editores.

- Standing, G. (2013). *El precariado: una nueva clase social* (J. M. Mada-riaga, trad.). Pasado y Presente.
- Valero, M. (2015). *El rostro del precariado: configuraciones sociales en tiempos de crisis*. *Revista de Ciencias Sociales*, 31(2), 45-60.
- Vejar, C. (2021). *La formalización institucional de la precariedad: protesta social y control estatal*. *Revista de Política y Sociedad*, 38(3), 185-195.

Una lectura del Portal Resistencia a tres años del Paro Nacional. Necesidades teóricas para un acontecimiento radical

*Ariel Camilo González Moreno**

*Juan Felipe Quintero Leguizamón***

El Portal Resistencia en Bogotá fue uno de los epicentros donde el pueblo colombiano expresó su descontento y exigencia de transformación política durante el Paro Nacional de 2021, que devino en un estallido social sin precedentes. Según la Comisión de la Verdad (2024), entre 2019 y 2021 el país vivió la mayor movilización de su historia, detonada por la propuesta de una reforma tributaria y educativa, que además agudizó la crisis producida por la pandemia de la covid-19. Para 2020, el 42,5 % de la población se encontraba en situación de pobreza, lo que intensificó la indignación ciudadana.

La respuesta de la fuerza pública fue desproporcionada. Álvarez Rodríguez (2022) documenta que, solo durante las primeras seis semanas del paro, se registraron cerca de 50 muertes —en su mayoría de jóvenes manifestantes—, además de graves violaciones de derechos humanos que llevaron a exigir el desmonte del Escuadrón

* Profesional en Estudios Literarios, Universidad Nacional de Colombia. Magíster en Filosofía, Universidad del Rosario. Docente tiempo completo, Universidad Colegio Mayor de Cundinamarca.

** Sociólogo, Universidad de Antioquia. Magíster y doctor en Estudios Latinoamericanos, UNAM, México. Docente de planta, Universidad Colegio Mayor de Cundinamarca.

Móvil Antidisturbios (Esmad) y la intervención de la Comisión Interamericana de Derechos Humanos (CIDH). Por su parte, Amnistía Internacional (2021) señaló que la magnitud real de la violencia estatal es incalculable debido al subregistro de denuncias, producto de la desconfianza hacia las instituciones encargadas de garantizar justicia.

El Paro Nacional, que inició el 28 de abril de 2021, se caracterizó por la creatividad y la apropiación simbólica del espacio público. Las protestas incluyeron tomas de calles, expresiones artísticas, ollas comunitarias y movilizaciones pacíficas que cuestionaban el orden establecido. La aparición de los grupos de Primera Línea en distintas ciudades visibilizó la violencia estatal en entornos urbanos, mientras que las redes sociales —Instagram, Facebook, X y TikTok— difundieron en tiempo real las imágenes de la represión (Said-Hung *et al.*, 2023). Lo que antes se consideraba violencia aislada se reveló como un fenómeno estructural y sistemático, legitimado por el Estado.

Una de las fracturas más profundas del paro radica precisamente en el traslado del conflicto al ámbito urbano. La represión se manifestó no solo de forma física con la acción del Esmad, sino simbólicamente, pues las redes sociales hicieron imposible ocultar la crudeza de los hechos. Frente a ello, amplios sectores de la sociedad civil se articularon en defensa de la protesta, trascendiendo divisiones religiosas, ideológicas y políticas.

El Centro de Memoria, Paz y Reconciliación (2023) destacó el papel del espacio humanitario “Al Calor de la Olla”, conformado por organizaciones comunitarias que acompañaron a la Primera Línea en el Portal Resistencia.¹ Allí se buscaba garantizar la seguridad de los

¹ Se denominó de esta forma a los grupos de jóvenes que se enfrentan con las fuerzas policiales, en particular contra el Esmad durante el Paro Nacional. Armados y protegidos precariamente, se convirtieron en un defensor espontáneo de la democracia directa. Por su parte, el Portal Resistencia fue un espacio de participación política apropiado por diversos tipos de colectivos del sur de Bogotá durante el marco temporal del Paro Nacional. La apropiación del Portal Américas de Transmilenio permitió

manifestantes frente a las denuncias de capturas ilegales, torturas y abusos sexuales dentro del portal de Transmilenio de Las Américas. Este espacio prohibía la presencia de actores armados y se sostenía mediante brigadas de salud, defensores de derechos humanos y una olla comunitaria, entendida como un ejercicio de soberanía alimentaria y resistencia.

En 2023, el grupo de investigación retornó al Portal Resistencia para reencontrarse con miembros de la comunidad que mantuvieron vivo el espíritu del estallido. Entre ellos, Casinadie, músico popular, y Paola Verano, lideresa juvenil de “Al Calor de la Olla”, junto a otros jóvenes que transformaron las dinámicas políticas del territorio. Su testimonio revela cómo las experiencias del paro siguen presentes a manera de memoria viva y prácticas de organización barrial.

A partir de estos encuentros surgen interrogantes centrales: ¿qué ocurrió con los protagonistas del estallido?, ¿por qué tales fuerzas sociales no lograron consolidarse como un bloque político formal? Resulta llamativo que, en las zonas de influencia del Portal Resistencia, el Pacto Histórico —movimiento que representaba las aspiraciones de cambio— fuera derrotado electoralmente. Este hecho plantea la necesidad de repensar las formas de acción que emergen del movimiento social contemporáneo.

El análisis sugiere que estos movimientos no pueden articularse bajo la lógica tradicional del partido político. En primer lugar, por la diversidad de orígenes de los colectivos que protagonizaron la movilización; y, en segundo lugar, por la desconfianza estructural hacia las instituciones que, históricamente, han representado los intereses de las élites. Estas comunidades aprendieron a construir sus rutas de

la construcción de un escenario carnavalesco, acompañado de rituales de memoria histórica, resistencia situada y acompañamiento al estallido social. El Portal Resistencia estuvo acompañado por una Primera Línea que, a su vez, era protegida por los colectivos que participaban de las manifestaciones.

reivindicación desde la autonomía y la acción directa: “la gente con la gente, para la gente”, mediante el trabajo situado en los barrios.

El Paro Nacional evidenció, por tanto, una nueva forma de hacer política basada en la autogestión y el reconocimiento del territorio como espacio de organización. Las experiencias del Portal Resistencia muestran que las fuerzas sociales que dieron origen al estallido permanecen activas, aunque dispersas. Su potencia reside en la memoria, en la solidaridad y en las prácticas cotidianas que reafirman la posibilidad de construir lo común fuera de los marcos institucionales.

Así, el legado de 2021 no se limita a la protesta; en su lugar, se expresa en redes comunitarias, pedagogías del cuidado y proyectos colectivos que continúan defendiendo la vida digna. Comprender estas formas emergentes implica repensar la política desde abajo, reconociendo que la transformación social no siempre se canaliza a través de las urnas, sino desde las memorias vivas que sostienen la esperanza en los territorios.

En consecuencia, este capítulo expone algunas conclusiones de la investigación titulada *Las ciudadanías emergentes en Colombia: el caso de la movilización social en el Portal Resistencia y las elecciones presidenciales en Bogotá*. Tras un análisis teórico de Cadahia (2016; 2017; 2025) y Badiou (2000) se evidencia la necesidad de un marco distinto para comprender las estrategias de acción colectiva de los movimientos populares contemporáneos; esto debido a que dichos autores cuestionan el paradigma en el que el cambio histórico deriva exclusivamente de la militancia partidista o la conciencia de clase obrera. El estudio de campo realizado en las inmediaciones del Portal Resistencia en 2023 muestra que los colectivos locales se consolidan mediante una labor estratégicamente situada, ajena a las prácticas políticas tradicionales. En particular, se reconoce que la búsqueda de justicia territorial cohesiona procesos de larga duración que dan forma a la acción comunitaria actual.

La discusión teórica

Bojórquez *et al.* (2022) retoman lineamientos marxistas para recordar que la historia se desarrolla por etapas, determinadas por las relaciones entre Estado, trabajo y capital. La tarea historiográfica consiste, entonces, en analizar la transformación de estos ejes y la respuesta de las clases trabajadoras ante las nuevas dinámicas de concentración del poder. En la actualidad, dicha transición ocurre en el marco del capitalismo digital, donde las plataformas tecnológicas reconfiguran la producción y la organización colectiva. Autores como Berardi (2019) lo denominan capitalismo semiótico; Sadin (2017), capitalismo de vigilancia; y Suárez-Villa, (2012) tecnocapitalismo. Aunque cada uno aborda dimensiones distintas, coinciden en que la articulación entre internet, tecnologías de la información e inteligencia artificial ha modificado radicalmente el control estatal y las estrategias de resistencia social.

En este contexto, los autores advierten que el avance desmesurado del capital digital ha generado una profunda crisis de legitimidad institucional. Para liberar plenamente las potencias productivas del capitalismo semiótico, el Estado debe transformarse; para ello desmonta políticas de protección y debilita el bienestar social alcanzado por el movimiento obrero. De este modo, el neoliberalismo reconfigura la acción estatal al fortalecer mecanismos coercitivos que minan la democracia y consolidan la desigualdad (Bojórquez *et al.*, 2022). La deslegitimación de lo colectivo es, por tanto, condición de posibilidad para un nuevo orden que busca la renuncia voluntaria de las comunidades a sus derechos.

Sin embargo, en atención a la tradición marxista, los autores reconocen que el desmantelamiento del Estado de bienestar ha sido acompañado por formas emergentes de movilización. Aunque pensadores como Berardi (2014) y Fisher (2016) advirtieron un “silenciamiento” de las masas frente al despojo neoliberal, la historia ha mostrado una rearticulación inesperada de los movimientos sociales. Paradójicamente, el fortalecimiento del aparato represivo ha

provocado un aumento en la capacidad de respuesta ciudadana, potenciada por el uso de redes digitales y su manifestación en el espacio urbano (Bruff y Tansel, 2019, citados por Bojórquez *et al.*, 2022).

Durante el Paro Nacional colombiano de 2021, esta contradicción fue evidente: mientras el capital y el Estado buscaban reconfigurar la relación entre ciudadanía y poder mediante la represión, las comunidades reorganizaron sus luchas. Las redes sociales desempeñaron un papel clave al visibilizar la violencia estatal y permitir la creación de redes de solidaridad. No obstante, los mismos medios que amplifican las resistencias son también instrumentos de vigilancia. Como señalan Berardi (2019) y Srnicek (2019), la huella que deja cada usuario permite modelar la información y manipular la conciencia. En consecuencia, el control de los flujos informativos se traduce en dominio ideológico, moldeando creencias y deseos. En su versión más distópica, esta lógica produce individuos incapaces de reconocer que sus decisiones están determinadas por los algoritmos que los gobiernan.

El capitalismo cognitivo, alimentado por la inteligencia artificial y la minería de datos, convierte la conciencia colectiva en un recurso maleable. Desde esta perspectiva, la organización política parecería inviable, pues si el pensamiento se modela, también lo hacen los intereses comunitarios (Berardi, 2019; Sadin, 2017). La consolidación de gobiernos autoritarios y punitivos en distintas regiones parece confirmar este diagnóstico: regímenes como los de Bukele, Trump o Milei representan una nueva etapa del poder global, en la que el fascismo se normaliza como modelo de control social. Berardi (2014) denomina a este fenómeno totalitarismo global, expresión de una fase en la que la democracia liberal se erosiona desde su interior.

Ante este panorama, Luciana Cadahia ofrece una lectura crítica del pesimismo europeo. Según la autora, “para cierta inteligencia filosófica es más fácil pensar el fin de lo humano que el fin de Occidente” (Cadahia, 2025). En su opinión, filósofos como Berardi confunden la crisis de Europa con el agotamiento de la humanidad. La historia,

sostiene, está comenzando a gestarse desde otros lugares y bajo coordenadas civilizatorias distintas. Frente al determinismo tecnológico, Cadahia invita a observar las resistencias del Sur Global, donde la organización social no depende exclusivamente del partido político como mediador.

Berardi (2014; 2019), al proponer la noción de *cognitariado*, sugiere que el capitalismo contemporáneo produce trabajadores intelectuales incapaces de generar conciencia crítica. Sin embargo, desde una mirada latinoamericana, Coronel y Cadahia (2018) y Cadahia (2025) argumenta que esta interpretación omite las estrategias que emergen desde los márgenes. En América Latina, la acción colectiva no siempre se estructura en torno a sindicatos, sino a prácticas que surgen de la defensa del territorio y las economías populares.

En este sentido, los acontecimientos del Paro Nacional ofrecen un ejemplo revelador. Las movilizaciones de 2021 mostraron la posibilidad de una política situada, ajena a las estructuras partidistas tradicionales. La diversidad de actores —jóvenes, colectivos feministas, campesinos, comunidades indígenas y afrodescendientes— demostró que la acción puede articularse desde la horizontalidad y la autogestión. Los protagonistas no respondieron a una dirección centralizada, sino a una red de solidaridades sostenida en la experiencia compartida de la precariedad.

Estas resistencias evidencian una transformación en la relación entre lo político y lo tecnológico. Si bien las redes son herramientas de control, también posibilitan narrativas alternativas y la visibilización de la violencia estatal. El Paro Nacional reveló cómo las tecnologías pueden reconfigurar el espacio público, transformándolo en un escenario de disputa simbólica. La ocupación de las calles y las prácticas de cuidado constituyeron expresiones de una nueva ciudadanía crítica que cuestiona la representación tradicional.

Así, frente al intento de homogeneizar la subjetividad, las movilizaciones del Sur Global proponen una reconfiguración de lo común. La resistencia se articula desde la memoria y la vida cotidiana.

En Colombia, los procesos comunitarios surgidos durante el Paro —como las ollas populares y los puntos de resistencia— muestran la emergencia de una política afectiva y territorial que recupera la capacidad de imaginar futuros colectivos.

En conclusión, aunque el capitalismo semiótico intenta fragmentar el tejido social, los movimientos contemporáneos evidencian prácticas que desbordan la lógica política occidental. El Paro Nacional de 2021 demuestra que, incluso bajo vigilancia digital, es posible reinventar la acción desde la comunidad. La historia, como advierte Cadahia, no ha terminado: simplemente ha desplazado su centro de gravedad hacia los territorios donde la dignidad aún se defiende como un acto de creación política.

Portal Resistencia: territorio, y continuidad de las estrategias colectivas

En la presente investigación dialogamos con actores que participaron en el Paro Nacional desde tres frentes: la defensa de los territorios de Bosa y Kennedy en colectivos juveniles, la acción colectiva a través de la música y la construcción de una memoria geográfica del entorno.

Paola Verano, joven lideresa local, fue una de las personas que coordinó las ollas comunitarias durante el periodo de actividad del Portal Resistencia en Bogotá. Ella recuerda que su trayectoria se remonta al 2015, vinculada a su labor en Techotiba, dentro de la Casa de la Juventud. Este antecedente resulta relevante, pues en las localidades de Kennedy y Bosa se han gestado históricamente procesos de formación política descentralizados, liderados por colectivos juveniles dedicados a reinventar su territorio.

Aunque se han impulsado iniciativas institucionales para integrar la voz de la juventud en las políticas públicas locales de Kennedy,

estos mecanismos no han gozado de la confianza de las comunidades. Al respecto, Acosta Cruz *et al.* (2019) recuerdan:

Si bien se ha realizado un ejercicio por parte de los gobiernos de formular pautas que pueden ubicarse en el escenario del derecho a la ciudad, ello se ha quedado corto para la localidad (De Kennedy), que es la segunda más grande en Bogotá, pues no se evidencia con contundencia la construcción colectiva y participativa de una ciudad incluyente y comprometida con garantizar condiciones y oportunidades urbanas óptimas para las personas. (p. 63)

Además, el desarrollo de estas localidades está vinculado a las perspectivas ideológicas de los gobiernos de turno, los cuales han promovido sistemáticamente la extensión de la frontera urbana y el avance de la gentrificación. Esta tendencia aprovecha el imaginario según el cual Bosa y Kennedy son territorios donde es posible la expansión urbana que no genera daños, pues en últimas la gente que habita en esas localidades no es ciudadana de primera clase. Al respecto, Acosta Cruz *et al.* (2019) afirman:

Por otro lado, se puede decir que los gobiernos considerados de derecha buscan vincular los procesos urbanos a la especulación de terrenos, proceso de gentrificación y mercantilización calcando de forma más precisa y directa las zonas de periferia en la ciudad y fortaleciendo la división de clases, característica del territorio urbano. (p. 65)

En últimas, los territorios de Bosa y Kennedy están atravesados por la misma experiencia histórica de la intensificación de la urbanización del territorio, sin tener en cuenta las necesidades ecológicas y de la población. Esa urbanización sin plan ha constituido la precarización de la vida de las comunidades. Los movimientos juveniles se han dado a la tarea no solo de señalar la precarización urbana, sino de organizar estrategias de acción en contra de la misma. Acosta Cruz *et al.* (2019) señalan que:

La Casa de la Juventud se ha convertido en lo que Harvey definiría como bien común, pues se convierte en ello, cuando la propiedad privada por medio de la acción popular pasa a insertarse en dinámicas que reajustan y configuran el territorio en pro a determinado bien común. (p. 61)

En esta medida, la formación en términos de artes, o los procesos de huertas y bibliotecas comunitarias, grafiti, *break dance* y, en general, la cultura del *hip hop*, son la manifestación de un proceso que permite la consolidación de una conciencia política e histórica entre la juventud de estas localidades. La suma de estos esfuerzos ha consolidado la idea colectiva de que en el territorio se habita un “Bien Común”, y este principio guía tanto las acciones como los discursos que les confieren sentido. Paola Verano nos dice:

Encontré en el barrio ese escenario de construcción, pero ahí había un montón de procesos como de teatro, de biblioteca comunitaria, de música, bueno, un montón de cosas. Y de ahí, entonces, salto a un escenario que es la *Techotiba ambiental*, que es como un proceso que busca articular los procesos ambientales del territorio en convergencia de muchos otros Techotibas: Techotiba comunicaciones, Techotiba pedagógica, Techotiba derechos humanos, etc. (Paola Verano, comunicación personal, 3 de diciembre 2023)

Para Paola, los diferentes procesos de Techotiba, más allá de las singularidades de cada uno, buscaban un objetivo transversal: la transformación de las dinámicas de poder dentro del espacio. Esta transformación necesita que los jóvenes se articulen al objetivo general, desde las apuestas particulares de sus condiciones específicas de vida, talentos e intereses.

Es claro que cuando se activa el Paro Nacional los jóvenes de la localidad ya tenían experiencia organizativa. Esto se evidencia en la articulación gracias a la cual la comunidad permitió la existencia de la Primera Línea, resultado de los procesos organizativos gestados desde 2015. La continuidad aludida está labrada sobre el principio de

que el territorio ha sido afectado por los procesos de expansión de la ciudad y, por tanto, como afirman Castillo *et al.* (2023):

Muchos de sus habitantes, en cabeza de los jóvenes u otros pobladores, han decidido organizarse en colectivos sociales que resisten y luchan por los derechos que han sido y que son vulnerados, como lo es el derecho a la ciudad, y en las acciones que proponen en este aspecto al mejoramiento del espacio público. Estos colectivos trabajan por la defensa del territorio, los ecosistemas, la legalización del barrio, de los servicios públicos y la defensa misma de la vida. (p. 25)

Cuando Paola narra que los actores podían reclamar para sí la construcción de distintos Techotibas, muestra que las raíces de los procesos organizativos estaban conformadas por grupos dispersos engranados alrededor de la pelea por el cuidado medioambiental del territorio y, en esta medida, por la apuesta de conformación de condiciones de vida dignas. A la par, cada una de las formas que adopta el proceso organizativo está buscando una forma de defensa de la vida. A este proceso podemos entenderlo como la construcción de nuevas geografías de la resistencia. Los autores Luque *et al.* (2022) describen estas geografías como apuestas de irrupción en el espacio público que, en últimas, convierten al espacio público en símbolo colectivo. Así, los procesos de reapropiación de los espacios públicos permiten una forma de escritura política del espacio.

Es así como las formas irruptoras de protesta en Colombia se expresan en el espacio público, ante las imposiciones de las políticas neoliberales que surgieron desde mediados de los años ochenta del siglo pasado. Este proceso, más de tres décadas después, ha llevado a la emergencia de nuevas geografías de resistencia como, por ejemplo, Puerto Resistencia, Avenida Misak, Puente de la Dignidad, Viaducto Lucas Villa, entre otros, que se vuelven símbolos de oposición que conlleva la apropiación y resignificación de los espacios públicos bajo el signo del inconformismo y la indignación ciudadana. (Luque *et al.* 2022)

Años de trabajo organizado por actores que promueven acciones localizadas y descentralizadas en torno a problemáticas territoriales permitieron que, durante el paro, se gestara una unión orgánica entre colectivos de diversos sectores, orígenes y perspectivas políticas. Cabe recordar que, en este periodo, la convergencia social obligó a una resignificación intensa del espacio público, convirtiéndolo en un escenario de representación para los cuerpos comunitarios mediante actos donde lo político y lo artístico se amalgamaron. Esto supuso, a su vez, el reconocimiento de factores discursivos transversales que conectaban las apuestas del presente con luchas globales y desterritorializadas. De este modo, actores divergentes pudieron encontrarse en el Portal Resistencia, ya que no existía un centro específico que monopolizara la indignación; por el contrario, la equivalencia entre los malestares particulares permitió la articulación de los discursos. Al respecto, Luque *et al.* (2021) afirman:

De esta manera, se da la apropiación de las redes sociales como espacios de organización, desarrollo de la protesta social y divulgación de los actos iconoclastas. Asimismo, Vargas afirma que con estas acciones la ciudadanía está interactuando no tanto con “juicios sobre el pasado sino con reivindicaciones políticas del presente y proyectos a futuro”. (p. 114)

Sin embargo, estas reivindicaciones enfrentan un obstáculo significativo. Uno de los actores con quienes dialogamos en el territorio es Casinadie, compositor y cantante de música urbana. Él inició su activismo en los barrios adyacentes al Portal Resistencia a partir de una formación de carácter pragmático en defensa del entorno, el reconocimiento del cuidado de las fuentes hídricas y la protección de los bosques locales. Su postura parte de la conciencia de que tanto Bosa como Kennedy han funcionado como laboratorios de la expansión urbana. Casinadie recalca, por ejemplo, que el diseño de la ciudad evidencia una clara intención de ubicar en Bosa elementos que se rechazan en otros sectores. De este modo, la carencia de

planificación se suma a una forma de discriminación geográfica que él denomina “Clasismo Ambiental”. Al respecto, Casinadie nos dice:

Tienes una megaestructura que va a ser en Bogotá el metro. Bueno, marica, debes tener un patio-taller logístico donde reparan, lavan, pintan, quitan ponen, botan humo; un lugar donde hay industria. ¿Dónde lo pones? ¿En Los Rosales, El Chico? ¡No! Lo empacas en Bosa. Por ejemplo, si usted hace todo un mapeo, ¿dónde quedan los patios taller del SITP? Todo el sistema de transporte de la ciudad no quedan en los barrios chimbas, es también como un clasismo ambiental. (Casinadie, Comunicación personal, 3 de marzo 2023)

Casinadie desarrolla sus procesos de formación sobre ecología política de manera pragmática mediante su participación en diversos espacios de prácticas artísticas. De este modo, la conciencia colectiva sobre el valor del territorio se conforma en medio de las discusiones que surgen en la calle. Ya sea a través de la música, el grafiti o el muralismo, cada encuentro se articula como un pretexto para reflexionar sobre el clasismo ambiental y las estrategias para afrontarlo. Sin embargo, Casinadie recalca que, para lograr este objetivo, es preciso que la comunidad se reconozca como ciudadana, pues, a su parecer, muchas de las acciones territoriales están instrumentalizadas. Esto implica que se enseña a la población a renunciar a sus derechos a cambio de dádivas; así, el sujeto entra en el juego institucional sin reclamar lo que le pertenece de raíz: el derecho a una vida digna. Al respecto, Casinadie recuerda:

Nos ponen una etiqueta de víctima y nos convierte eso en identidad, y el problema grave radica en que aceptamos la identidad de víctima, en que yo acepto y empiezo a ir a rogar allá y a permitir que me traten como se les dé la gana. (Comunicación personal, 3 de marzo 2023)

Casinadie recalca que este clasismo territorial se refleja a la par en la eliminación de la posibilidad de ejercer la ciudadanía de manera efectiva. La ciudadanía de segunda clase se crea como la ventana de

acción de las comunidades que renuncian a los requerimientos de acción de sus propios territorios. Para Casinadie, en vista que la distribución geográfica de la ciudad está estratificada por clases, una persona del norte jamás será comprendida por el Estado como una persona que habita el sur de la ciudad, pues:

El primero es un ciudadano de primera categoría, que tiene la capacidad de mandarme; y el de segunda categoría, que sé que es un pobre diablo, que no va a ir a ningún lado a quejarse de ni mierda. (Comunicación personal, 3 de marzo 2023)

Este elemento final es crucial en la formación política de los actores que participan en el Paro Nacional en el Portal Resistencia. Los colectivos demuestran una voluntad política de confrontar las repercusiones que pueden tener sus acciones frente al poder, porque la educación que han recibido desde las bases les ha enseñado a quejarse y mantenerse en el juego de la lucha. Esta conciencia hace de las comunidades un ejercicio constante de búsquedas de ciudadanías de primera clase, pues al ser conscientes de la división tanto territorial (clasismo ambiental), como de la segregación en términos de derecho (ciudadanías de segunda clase), los actores buscan reconocer cuáles son los centros neurálgicos para dar sus batallas. Ahora bien, es claro que los actores territoriales difícilmente podían continuar la alianza *ad hoc* que fue posible durante el Paro Nacional una vez termina este acontecimiento.

Paola Verano alude que durante el Paro Nacional la convergencia de actores tan diversos determinó, a su vez, la gestación de conflictos internos que marcaron la trastienda de la agenda de los colectivos. Uno de los elementos que señala como conflicto primario fue el choque que se dio entre los colectivos que denomina “vieja guardia”, cuya característica fundamental es articularse bajo las insignias tradicionales del partido político, las narrativas de izquierda y la idea de unidad organizativa como principio de acción colectivo. Por otro lado, estuvieron los colectivos de corte feminista, que buscan

transformar las prácticas patriarcales al interior de los procesos de organización comunitaria y reivindican la descentralización como principio de acción colectiva:

Quienes convocan el Primero de Mayo son, digamos, los “vieja guardia” y ahí en los “vieja guardia” pues está sobre todo el proceso como el PCC, está la JUCO y está todo ese parche que tenían en ese momento, había un montón de manes que tenían denuncias por violencias de género. Y cuando Aquelarre llega, pues es como ¿qué pasa?, ¿por qué hay tantos machos acá? Y ¿por qué todo el mundo está cogiendo el micrófono? Y entonces se rompe el espacio. Pero igual se hace, o sea, se lleva a cabo, pero hay una tensión así supergrande que yo creo que en este momento perdura, entre como el movimiento feminista y todo el parche como un poco más vieja escuela del territorio. (Paola Verano, comunicación personal, 3 de diciembre 2023)

Esta tensión entre feminismo y “vieja guardia” fue un germen por el cual, a largo plazo, los procesos del estallido no pudieron trasladarse a una acción colectiva partidista, o que se reconozca de manera colectiva en ningún proyecto político tradicional. Al examinar con cuidado las apuestas del feminismo comunitario y las estrategias de acción de los colectivos organizados bajo las figuras tradicionales del partido, como la JUCO y el PCC, encontramos que, a pesar de las aparentes cercanías, faltó articulación entre los distintos sectores.

Hay un error en los análisis electorales, y es que asumen que en la izquierdapuedehaberun “elquediceUribe”, ¿pilla? Pormásquefueraun candidato de Petro, acá en Bogotá hay mucha diversidad [...]. Acá la presidencia se logra, pero la presidencia. El Petro se le paró a la presidencia. Pero el que diga Petro, es como pfff. Y el que mandaron no lo conocían y no, paila, ¿quién podría votar por él? (Casinadie, Comunicación personal, 3 de marzo 2023)

Casinadie recalca que dentro de los procesos de base del territorio no se pueden traslapar objetivos del proyecto del Paro Nacional a los

objetivos de cualquier forma institucional de acción colectiva. Por esta razón la lógica partidista de votar por el que diga un líder particular no puede hacer frente a las realidades de corrupción territoriales, como menciona Casinadie:

Hay una escala de grises bien amplia. Hay diferentes capas. Hay una capa de organización social muy normal, del cliché, como hay capas que son de largo aliento, que no dependen de la coyuntura, de lo electoral. Las capas de largo aliento son las que se fortalecieron con el estallido. Capas que están emergiendo con fuerza y muy organizadas. Y también hay un proyecto político moviéndose en este momento. (Casinadie, comunicación personal, 3 de marzo 2023)

Este factor es fundamental, pues nos permite comprender que, a pesar de la efervescencia del Paro Nacional, las energías que movieron a la comunidad a actuar en las calles no se pueden traducir directamente a un proceso electoral. En cambio, las capas organizativas de largo aliento siguen consolidando procesos de acción colectiva, que no son visibles si nos empeñamos en mirarlas a través del lente de las formas teóricas tradicionales.

Badiou (2000) propone distinguir entre el acto estatal y el acto político para comprender las tensiones que atraviesan el concepto de movimiento social. El acto estatal se refiere al procedimiento mediante el cual la comunidad ratifica una necesidad del Estado, que en realidad responde a las exigencias del capital. Badiou afirma que las elecciones no constituyen un momento de libertad, sino una “comprobación” de que las cosas continúan su curso normal. De este modo, el acto estatal garantiza la repetición del tiempo histórico, asegurando la continuidad del *statu quo* bajo la apariencia de participación democrática.

El acto político, en cambio, irrumpe en ese orden y lo transforma. Crea un nuevo tiempo porque actúa según una temporalidad distinta a la del capital o las elecciones, y crea un nuevo espacio al convertir lugares cotidianos —una calle, una fábrica, una universidad— en

escenarios de disputa política. Así, mientras el acto estatal reproduce el orden, el acto político inaugura posibilidades inéditas de transformación y libertad.

Adicionalmente, Badiou (2000) sostiene que todo movimiento social constituye el punto de partida de una política, aunque para adquirir consistencia requiere la construcción de un sujeto político, históricamenterepresentadoporelpartido.Elpartido,entonces,media entre la libertad creadora del acto político y el poder coercitivo del Estado. Sin embargo, el desarrollo del capitalismo contemporáneo ha vaciado de sentido esa mediación, al subordinar los partidos a la lógica del Estado y del mercado. Por ello, el autor plantea que la crisis de la política moderna consiste en la incapacidad de los partidos para representar la fuerza emancipadora de los movimientos sociales.

Frente a esta crisis, el autor propone pensar una política sin partido, orientada a organizar la capacidad organizativa de la gente fuera de la lógica estatal. Esta política no busca la toma del poder, sino la creación de acontecimientos, entendidos como irrupciones que abren nuevos horizontes de acción colectiva. El eje de esta propuesta es la organización que no se somete al Estado, sino que construye autonomía y capacidad de decisión desde los sujetos mismos. Para Badiou (2000), esta política alternativa requiere construir una temporalidad diferente: el tiempo paciente de los movimientos frente al tiempo impaciente de los partidos. Mientras estos últimos se subordinan a los ciclos electorales y a los resultados inmediatos, los movimientos sociales encarnan una temporalidad de largo aliento, basada en la disciplina, la memoria y la creación de mundo.

La transformación política implica también una transformación espacial. Los movimientos sociales reconfiguran el sentido de la plaza pública: de espacio de representación estatal a escenario de ruptura simbólica, donde se teje colectivamente la historia de la libertad. En este desplazamiento, los movimientos no solo desafían las estructuras del poder, sino que crean nuevas formas de comunidad y nuevas maneras de habitar el tiempo y el espacio.

Como vemos, Casinadie se mueve en la línea de argumentos de Badiou. Para los dos, el reconocimiento del movimiento social requiere entender que, si bien los procesos de resistencia del Paro Nacional no se tradujeron en resultados electorales diferentes a la conquista de la presidencia, esto no implica que la rabia y el tejido organizativo fuesen abandonados. Más bien, el tiempo propio del movimiento requiere de una lupa diferente porque los proyectos contruidos desde la base comunitaria atraviesan apuestas de una transformación del espacio. Esta transformación es perceptible a los ojos de la comunidad que habita el barrio, pues, por ejemplo, los diferentes Techotibas recordados por Paola Verano, son acciones que reescriben la lógica de habitación del territorio en forma de un lenguaje que afirma: este es mi barrio y quiero que estas calles permitan una vida digna.

Las intenciones de los colectivos que participaron en el Paro Nacional reinventaron una vida que parecía imposible en las localidades donde tiene lugar el Portal Resistencia. Reinventar la vida implica el *para qué* del espacio, promoviendo una apropiación de la calle para buscar que las violencias que la estructuran se rompan con el ánimo de posibilitar la emergencia de acciones que producen apuestas dignas de trabajo, a pesar de esa violencia. Esta vida rompe el espacio y procura un tiempo de la emancipación colectiva. Salvo que esta emancipación no se sitúa en el momento del Estallido o el Paro; más bien es una acción transversal, consciente, disciplinada, que se encarna en bibliotecas comunitarias, huertas comunitarias, casas de la juventud, colectivos barriales de *hip hop*, de rap, de grafiti.

Ahora bien, la organización sugiere que estos procesos de largo plazo reconstruyen las formas a través de las cuales el Estado se hace presente como fuerza en el territorio. Si bien la violencia nunca deja de estar, el punto es que las formas organizativas encuentran herramientas para hacerle frente a la misma. Años después del estallido social, y a pesar de los desencantos históricos, los procesos que cargan el sentido de la política comunitaria en los territorios de Kennedy y Bosa, silenciosamente, construyen un nuevo mundo.

Conclusiones

Los marcos de interpretación de la acción colectiva contemporánea insisten en repetir la lectura de la derrota histórica de las apuestas políticas contrarias a los fascismos contemporáneos. Esta lectura implica el reconocimiento de una crisis de las izquierdas para apropiarse del poder, o para establecer estrategias alternativas a las ideologías profascistas que anquilosan al Estado y determinan al trabajo contemporáneo. Al respecto, cabe recordar que los procesos de organización de la resistencia civil en Latinoamérica han sido atravesados por procesos de larga duración e intensidad de base territorial.

Internet y las inteligencias artificiales (IA) son descritas como las herramientas gracias a las cuales el Capital entra en su forma definitiva. Si se atiende esta interpretación, es posible afirmar el fin de la política y de la resistencia popular. Sin embargo, en atención a Luciana Cadahia (2025), consideramos que esta perspectiva no tiene en cuenta las formas en que el sur global está produciendo nuevas formas de organización colectiva, que permiten reinenciones de lo político. Examinar el Paro Nacional y los procesos que ahí se gestaron sirve para dar una nueva mirada respecto a estos fenómenos.

El Paro Nacional colectivizó fuerzas históricas que tenían represadas necesidades políticas de un sinfín de comunidades. Estas comunidades llevan décadas tejiendo redes de organización territorial y de base para confrontar sus realidades. El Paro Nacional sirvió como un pretexto para que estas bases organizativas encontraran lugares de expresión y redefinición de sentido. Sin embargo, estas mismas fuerzas no podían traducirse en términos de las lógicas de acción de la política institucional y tradicional, pues los colectivos territoriales han adelantado sus acciones en contra de los gobiernos, la corrupción local, y a pesar de las deficiencias institucionales. Además, los procesos de liderazgo tradicional político obligan a traslapar los poderes simbólicos de los caudillismos a las bases territoriales y los procesos electorales locales, lo que en últimas

es imposible. La gente no confía en los agentes institucionales y no los ven como representantes. En esta medida, el Paro Nacional no puede traducirse en un proyecto político tradicional.

Sin embargo, y siguiendo de nuevo las apuestas de Cadahia (2025), los actores nos muestran que los procesos territoriales se mantienen como capas de larga duración dentro de los territorios, centrándose particularmente en la producción de procesos que articulen el arte con el reconocimiento de la necesidad de una política del cuidado del territorio y la vida digna. Para los actores entrevistados en esta investigación, el cuidado del territorio y la vida digna son ejes que permiten la discusión de una reinención de la ciudadanía. Los límites de esta apuesta residen en la desarticulación de los proyectos territoriales respecto a los proyectos institucionales y políticos. Sin embargo, esta misma contradicción debería ser analizada con más cuidado por parte de los estudios sociales y políticos, pues desdeñar los procesos territoriales por su falta de articulación es desconocer cómo se ejerce el poder contemporáneo desde las bases donde las comunidades encuentran herramientas de acción colectiva para enfrentar los problemas situados. Esto en tanto las instituciones y los partidos ya parecen no responder como insumo de acción para enfrentar la precarización de la vida.

Referencias

Acosta Cruz, C. A., Hernández Serna, C. A., y Rincón Quintana M. A. (2019). *Constitución de ciudadanía insurgente desde la reivindicación del derecho a la ciudad en el colectivo jóvenes por Kennedy*. [Tesis de grado, Universidad de La Salle]. Repositorio institucional Universidad de La Salle. <https://hdl.handle.net/20.500.14625/27337>

- Álvarez Rodríguez, A. A. (2022). El Paro Nacional del 2021 en Colombia: estallido social entre dinámicas estructurales y de coyuntura. La relevancia de la acción política y del diálogo en su desarrollo y transformación. *Prospectiva*, (33), 1-12. <https://doi.org/10.25100/prts.v0i33.11864>
- Amnistía Internacional, (2021). *Colombia: la policía no me cuida: violencia sexual y otras violencias basadas en género en el Paro Nacional de 2021*. <https://www.amnesty.org/es/documents/amr23/6234/2022/es/>
- Badiou, A. (2000). Movimiento social y representación política. *Revista Acontecimiento*, 19(20), 27-60.
- Berardi, F. (2007) *Generación Post-Alfa. Patologías e imaginarios en el semiocapitalismo*. Tinta Limón Ediciones.
- Berardi, F. (2014) *And. Phenomenology of the end. Cognition and sensibility in the transition from conjunctive to connective mode of social communication*. Aalto ARTS Books.
- Berardi, F. (2019). *Futurabilidad: la era de la impotencia y el horizonte de la posibilidad*. Caja negra.
- Bojórquez Luque, J., Correa Ramírez, J. J. y Gil Pérez, A. P. (2022). Neoliberalismo autoritario y geografías de la resistencia. El Gran Paro Nacional en Colombia, 2021. *Bitácora Urbano Territorial*, 32(3), 137-149. <https://doi.org/10.15446/bitacora.v32n3.101402>
- Cadahia, L. (2016). Dispositivos estéticos y formas sensibles de la emancipación. *Ideas y valores*, 65(161), 267-285. <https://doi.org/10.15446/ideasyvalores.v65n161.55200>
- Cadahia, L. (2017). *Mediaciones de lo sensible: hacia una nueva economía crítica de los dispositivos*. Fondo de Cultura Económica Argentina.
- Cadahia, L. (2025, 21 de febrero). En Facebook [Perfil personal]. https://www.facebook.com/story.php?story_fbid=10163001048104515&id=534104514
- Centro de Memoria, Paz y Reconciliación. (2023, 21 de junio). *Ruta de la memoria: Portal Resistencia*. <http://centromemoria.gov.co/ruta-de-la-memoria-portal-resistencia/>

- Comisión de la verdad. (s. f.). *El Estallido Social*. <https://www.comisiondelaverdad.co/el-estallido-social>
- Coronel, V. y Cadahia, L. (2018). Populismo republicano: más allá de «Estado versus pueblo». *Nueva sociedad*, (273).
- Fisher, M. (2016). *Realismo capitalista: ¿No hay alternativa?* Caja Negra. <https://nuso.org/articulo/populismo-republicano-mas-alla-de-estado-versus-pueblo/>
- Mejía, M. (2023). “Esta fue la única localidad de Bogotá donde perdió Carlos Fernando Galán”. *Infobae*, 11 de marzo de 2023. <https://www.infobae.com/colombia/2023/11/02/esta-fue-la-unica-localidad-de-bogota-donde-perdio-carlos-fernando-galan-quien-gano/>
- Said-Hung, E., Arce-García, S. y Mottareale-Calvanese, D. (2023). Polarización sentimental en Twitter durante el Paro Nacional de 2021 en Colombia. *Cuadernos.info*, (55), 281-309. <https://dx.doi.org/10.7764/cdi.55.50483>
- Sadin, É. (2017). *La humanidad aumentada: la administración digital del mundo*. Caja Negra Editorial.
- Suarez-Villa, L. (2012). *Technocapitalism: A critical perspective on technological innovation and corporatism*. Temple University Press.

Hacer memoria desde las manos: las pedagogías textiles como constructoras de memoria de los ciclos de protesta en Bogotá entre 2012-2023

Daniela Bejarano Rubio^{*}, *Juan David Cardozo Terreros*^{**}, *Lucca Naima Salomé Cruz Zubieta*^{***} y *Laura Valentina Guerrero Rojas*^{****}

El dechado del proyecto

El *Costurero por la Memoria de la Criminalización de la Protesta* nace con el objetivo central de evidenciar la creación textil como una práctica artística capaz de plasmar las afectaciones del proceso de criminalización, persecución y privación de la libertad de manifestantes durante las protestas y paros nacionales en Bogotá desde 2012 hasta 2023. Para ello, realizamos encuentros de interacción y creación textil con la población judicializada, manifestantes, familiares de personas judicializadas, investigadores sociales, entre otros en el marco del reconocimiento de las afectaciones y resistencias generadas por la criminalización, persecución y privación de la libertad. De ese modo, logramos que la herramienta textil sirviera un papel de

^{*} Politóloga. Universidad Nacional de Colombia. Correo de contacto: dbejaranor@unal.edu.co

^{**} Politólogo. Magíster en Gobierno Urbano. Universidad Nacional de Colombia. Correo de contacto: jcardozot@unal.edu.co

^{***} Politólogo y maestro en artes plásticas. Universidad Nacional de Colombia. Correo de contacto: ncruzz@unal.edu.co

^{****} Politóloga. Universidad Nacional de Colombia. Correo de contacto: laguerrero@unal.edu.co

recolección sobre los afectos que circulan en torno a la movilización, configurándose como una herramienta de memoria que se (re)experimenta en su hacer.

Desde un marco de interpretación del giro afectivo (Quintana, 2020; Ahmed, 2004), y retomando las pedagogías textiles, buscamos crear herramientas de expresión y memoria de experiencias de criminalización, judicialización y privación de la libertad de manifestantes. En efecto, estos procesos impactaron las identidades individuales y colectivas de los manifestantes, de modo que se constituyeron como afectaciones sobre sus cuerpos que forman el orden social (Ahmed, 2004). Por tanto, a través de la materialización creativa con metodologías alternativas, se constituye una herramienta de co-construcción práctica y teórica para abordar el campo de la acción colectiva y la protesta social, que parte de una sensibilidad consciente de la afectación que estos fenómenos tienen sobre los cuerpos y sus afectos.

El diseño de una investigación-creación corresponde a la apuesta estética y política planteada por el Costurero, pues se debe partir del reconocimiento de la naturaleza política de este, en la medida que introduce una forma de relacionamiento centrada en el *hacer*. A partir de esta naturaleza, el Costurero fue delimitado por módulos y sesiones temáticas, en las que se logró orientar las discusiones hacia la profundización o distinción de una de las características de la criminalización por medio del abordaje de alguna técnica de las pedagogías textiles. Así, se articuló tanto una perspectiva de construcción conjunta del conocimiento como una visión relevante para el estudio de las afectaciones en su terreno emocional, subjetivo e intrínseco de las diversas participaciones en las protestas en el periodo 2012 a 2023, ya que este periodo abrió un proceso social, afectivo e institucional a la disposición de una construcción de paz en el país, que coincidió con nuevos ciclos de movilización pacífica sobre los cuales ha recaído la criminalización.

En general, esos ciclos de protesta emergieron de las conflictividades sociales de una sociedad desigual, cuyo panorama político se abría a una mayor participación de la sociedad civil, marcada por el anhelo de la paz y la superación de la violencia sistemática de la historia nacional. En ese periodo, estos ciclos de protesta han hecho presencia constante en la ciudad de Bogotá, escenario que ubicamos en el centro de este proceso. En total, el Costurero desarrolló ocho sesiones taller en las localidades de Chapinero, Suba, Fontibón, Ciudad Bolívar, Usme, Santa Fe y Bosa, con el apoyo de financiación de la “Beca en Arte y Memoria 2024” otorgada por el Instituto Distrital de Artes (Idartes) de la ciudad.

Motivadas por esta idea, generamos alianzas con diferentes colectivas que nos abrazaron y abrieron las puertas de sus luchas para que pudiéramos compartir, desde sus procesos populares, a través de los talleres del Costurero. Todos los talleres contaron con la participación de singularidades diversas en edad, género, profesión y vivencias, afianzadas en distintas formas de lucha. Este capítulo recoge las imágenes y estéticas que explican por qué para nosotras el textil toma el matiz de transformación relevante para la investigación social de la acción colectiva: a través de símbolos, palabras, puntadas y prácticas se demuestran las complejidades de la violencia y la resistencia. Pensamos que el espacio del Costurero se postula a sí mismo como una forma de coser la memoria: al igual que la materia, es plástica, mutable, variada y compuesta por quienes están dispuestas a intervenirla. No nos queda más que agradecer a quienes se atrevieron a acompañarnos en cada puntada y nos dieron las posibilidades de construir este gran tejido que nos cubre a todes.

Figura 1. La Colcha del Colectivo Agujerar Barrotes, al cual pertenecemos como integrantes y desde el cual agenciamos el desarrollo del Costurero



Fuente: Elaboración propia, archivo de Costurero por la Memoria de la Criminalización de la Protesta.

Trazos y pasos teóricos

El proyecto ejecutó lecturas críticas en torno a las teorías del giro afectivo desde corrientes posmodernas, postestructuralistas y latinoamericanistas. En primer lugar, el giro afectivo supone una serie de conceptualizaciones, análisis y metodologías que buscan dar cuenta de un análisis riguroso de la acción/praxis dentro del campo de los afectos, emociones, subjetividades e interacciones que existen entre las personas, toda vez que estas se corresponden a diferentes modos y relaciones de poder. Con todo, este enfoque brinda una perspectiva teórica para analizar y detallar la compleja relación entre poder, subjetividad y emoción, que no siempre es analizada desde corrientes “clásicas” de la teoría política como el institucionalismo, el funcionalismo o la teoría de acción racional.

En segundo lugar, se considera que es necesario brindar herramientas de estudio y análisis alrededor de prácticas de criminalización de la protesta que han sido ampliamente estudiadas por investigaciones propias de la criminología crítica. Esto significa que la investigación reconoce la complejidad de interacción con los demás actores sociales y se observa a sí misma como una investigación situada. Por lo tanto, también debe considerarse que dicha interacción está mediada por los alcances, características y experiencias propias de lxs investigadorxs, pues *per se* una teoría desde el giro afectivo supone una participación de quien investigativa, semejante a la consideración de la investigación acción participativa (IAP). Por lo mismo, inspirados en diversos ejercicios textiles —como las Tejedoras de Mampuján; el grupo de Artesanías Choibá, en Quibdó; o el Costurero Tejedoras por la Memoria, de Sonsón— se observa la capacidad de este tipo de ejercicios metodológicos de las pedagogías textiles para articular herramientas conceptuales y prácticas que fortalezcan la construcción de la memoria de las comunidades, en tanto reflejan un tipo de materialidad y hacer ligado al cuerpo, sus relacionamientos y sus conocimientos (González-Arango *et al.*, 2022).

A partir de esa inspiración, el Costurero plantea otra perspectiva en la que se orientan aquellas pedagogías sobre el cuerpo: el relato. Este atraviesa todo el ejercicio del Costurero, explorado a través de una profunda relación con el cuerpo y su sensibilidad; el arte textil por su naturaleza — el movimiento mecánico de las manos, el diálogo constante entre los reunidos, la divagación y la construcción de imágenes, etc.— abre un espacio original de la memoria del cuerpo. Sin duda, la experiencia del Costurero se debe comprender en su seno como una apuesta política-educativa, en la que exploramos la memoria colectiva que se abalanza sobre lo que creemos, pensamos y vivimos, reconociéndose en otras potencialidades más allá de lo textual.

Los costureros en Colombia se han convertido en espacios de resistencia ante el olvido y el silencio producto de las situaciones de violencia, pues “a través de objetos e imágenes, son ‘documentos

políticos' que, entrelazadas y puestas en lo público, aportan a la memoria histórica, a la reparación integral y la reintegración comunitaria desde ser víctimas sobrevivientes" (Valencia Hernández, 2022, p. 15). Por medio de imágenes, el *hacer* se convierte en la forma de contar materialmente las ausencias y los dolores, dando paso a la resistencia y a la juntanza con otros cuerpos en su misma práctica. Los costureros han aprovechado esta herramienta en el ámbito de la micropolítica como una forma de movilizarse desde los afectos donde "logran reconocer y reescribir múltiples historias, nombrarse desde diversas posiciones y agenciar nuevas subjetividades, no atadas a modelos de dependencia, sino a proceso de afirmación propia, individuales y colectivos, donde el tejido actúa como opción para liberar, no para sujetar" (Arias-López, 2017, p. 68).

El textil como lenguaje

En el Costurero los rasgos artísticos se entremezclan con el diálogo del espacio: unas se dedican al hacer textil como su trabajo y su oficio, como modistas y madres; otras entienden la ropa y las pañoletas como una forma de identificarse en el espacio, una manera de enunciarse en el día a día como refugio. En realidad, el textil ofrece la exploración de la palabra, el material y, sobre todo, la transformación de la memoria en el presente. Esto hace un arte que se define y se redefine así mismo por las manos y los ojos que intervienen y dialogan entre sí; sin más, la recopilación lograda por esta edición del Costurero es una creación artística en movimiento, en constante transformación y que, como la vida de sus participantes, beben de la prefiguración y de la forma resistir y existir del día a día de las apuestas que cohabitan en el cuerpo y el espacio para plasmarse en lo material y ser una forma de lenguaje. Más allá del *hacer*, el textil

se construye desde la torsión,¹ como también desde las historias que contiene cada fibra y la palabra que se dijo en cada puntada.

Figura 2. Intervención en tela realizada en la sesión #4 en la localidad de Ciudad Bolívar



Nota: el bordado, como el lenguaje, permite el desarrollo de un lenguaje único entre el material y quien lo interviene.

Fuente: Elaboración propia, archivo del Costurero por la Memoria de la Criminalización de la Protesta.

La universalidad del textil está dada principalmente por la interpretación que permite a través de su materialidad, en lo que es visible y palpable de un dechado o una costura. Expone aquello que está intrínseco y que posibilitó su existencia, desde la concepción de la idea hasta el impulso y la disposición del cuerpo. Este posicionamiento, el análisis del *lenguaje textil*, debe ser resultado de la escucha y el tiempo dado al textil y al hacer memoria, porque la intervención de las prendas o las fotografías va más allá de su resultado material o su contenido explícito. El textil contiene una parte importante de la vida de quien lo realiza, encarna en sus fibras algo de la intimidad y

¹ “El desdoblamiento, la torsión, la perforación a través de intervalos (*l'écart*), de ciertos ensamblajes fijados como realidad (de los cuerpos, del mundo común), son [...] las operaciones disyuntivas que caracterizan los movimientos emancipatorios y su carácter de intervención estético-política en las fronteras de sentido establecidas” (Quintana, 2020, p. 54).

de lo sensible que debe verse desde los afectos y no de la objetivación en la que puede caer una investigación.

Aunque los tejidos materializan y evocan recuerdos, es a través del acto de alterarlos con aguja e hilo como podemos desvelar su proximidad y la compañía heredada que ofrecen en esa intimidad. La proximidad y la compañía inherente que ofrecen en esa intimidad. (Pérez-Bustos *et al.*, 2024, p. 4)

Figura 3. Proceso de construcción de un Fotobordado desarrollado en la sesión #7 en la localidad de Barrios Unidos



Nota: la acción de punzar la superficie para construir sobre la imagen revela los lazos que hacen del textil una herramienta que transforma el pasado y la memoria.

Fuente: Elaboración propia, archivo del Costurero por la Memoria de la Criminalización de la Protesta.

Los encuentros también han existido a través del silencio, del fluir con aguja e hilo, respetando los procesos individuales de quienes decidieron que habitáramos un mismo espacio físico y emocional. A veces la memoria se hace con mayor facilidad de la que se verbaliza y esto no la hace menos potente; por el contrario, los momentos de

reflexión e introspección que se dan durante el acto de *bordar o tejer* son los que realmente hacen posible un diálogo en torno a la memoria y las implicaciones particulares que esta tiene para cada una.²

La materialidad encarna historias³

Aunado a lo anterior, mostraremos cómo la materialidad de los textiles que se trabajaron y realizaron en el Costurero encarnan historias y memorias. Para Goett (2016) los textiles son una manifestación física de conexión en la que cuerpo y objeto están entrelazados en la memoria, creando *conocimiento textil*, el cual consideramos como las piezas abordadas en este apartado, ya que contienen las experiencias sensibles de las personas que las realizaron. Aunque en su texto Goett menciona principalmente la memoria y el conocimiento dentro de prendas de ropa, aplicamos esta comprensión sensible a las creaciones que surgen “desde cero”. Tres piezas de dos espacios diferentes del Costurero marcan ese camino: unas cadenas intencionadas como serpiente dorada realizadas en Casa Memoria Suba; una olla comunitaria y una bufanda, realizadas en el Museo de la Ciudad Autoconstruida, en Ciudad Bolívar.

Las imágenes y símbolos que fueron plasmados en estas tres creaciones surgieron de memorias propias y colectivas. El primer tejido es la cadena intencionada como serpiente dorada, la cual surgió de las manos de una de las integrantes sostenedoras de la Casa Memoria Suba, perteneciente a la comunidad indígena Muisca, cuyas tradiciones retoman la necesidad de que un hombre aprenda a tejer

² En el desarrollo del Costurero siempre ha sido fundamental el respeto por las historias que no quieren ser verbalizadas por quienes las han acuerpado. La memoria no se construye transgrediendo los límites del cuidado, ni dando por sentado el acceso ilimitado a las historias como un insumo.

³ Los bordados referidos a continuación pueden encontrarse en la página de nuestro colectivo en la sección de galería de imágenes: <https://agujerearbarrotes.wixsite.com/agujerear-barrotes-c/galer%C3%ADa>

para así poder contraer matrimonio. Asimismo, las puntadas no solo dieron cuenta de este hito creativo, sino que evidenciaron la sensibilidad ante sucesos recientes. Días anteriores a nuestro encuentro, en septiembre de 2024, la Casa sufrió fuertes hostigamientos por parte de la policía local, que luego se cruzaron con el breve y atravesador secuestro de uno de sus miembros. Lo que se dialogó principalmente en este encuentro confluyó en una mezcla entre nuevos aprendizajes y el desahogo ante la hostilidad que en ciertos momentos aqueja a la Casa Memoria Suba. En consecuencia, la serpiente dorada se convirtió en una manifestación física de conexión entre cuerpo y objeto. En este caso, la conexión entre el cuerpo indígena que aprende a tejer y múltiples esferas de su vida: la de hombre indígena, la de líder social, la de cuerpo *depositario*⁴ de dinámicas de persecución y violencia hacia procesos colectivos locales.

Las siguientes creaciones consideradas fueron realizadas en el Museo de la Ciudad Autoconstruida, en la localidad de Ciudad Bolívar, al sur de Bogotá. Este encuentro se realizó como espacio de conmemoración a los sucesos del 28 de abril de 2021, fecha en la que iniciaron las movilizaciones del Paro Nacional de ese mismo año. Quienes dirigían y sustentaban el museo deseaban que esta sesión se enfocara en un fenómeno que ha atravesado históricamente la localidad de Ciudad Bolívar: el exterminio social, mal llamado “limpieza social” (Perea-Restrepo, C. M., 2016, p. 17), una práctica legitimada y silenciosa, que busca impartir justicia por parte de grupos armados (Perea-Restrepo, C. M., 2016, p. 20). Esta es una práctica que todavía existe en Bogotá y que provocó el asesinato de Camilo Sánchez y Camila Ospitia, líderes sociales pertenecientes a Distreestyle y

⁴ Desde la comprensión de la *economía afectiva*, de Ahmed, y la *lógica consensual*, de Rancière, se produce el cerramiento del espacio mediante una lógica dominante que establece ciertas relaciones entre las formas de percepción y los sentidos producidos, lo que ocasiona que los cuerpos se conviertan en depositarios de fronteras, signos y afectos que permiten la distribución ordenada y estructurada de los afectos (Quintana, 2020).

a la Comunidad “El Bicho” en la localidad de Bosa, ubicada en el sur de la ciudad (Herrera, 2024).

En atención a ese contexto que atraviesa el espacio social, el bordado de la bufanda azul y verde nació a partir del relato de una de las participantes que narró cómo el uso de una bufanda atestiguaba el ingreso de sus compañeros de colegio en estos grupos armados, a manera de un sangriento ritual de iniciación. En este caso, la bufanda se convierte en un símbolo de reclutamiento de jóvenes para el sostenimiento y legitimidad del fenómeno de exterminio social, marcando así bandos complejos de víctimas y perpetradores. El mismo cuerpo que relató la historia de las bufandas está compuesto por manos que bordaron la imagen de una olla, trabajo comunitario del que participa. Puede entenderse cómo la misma asistencia y persistencia de su trabajo en la olla comunitaria y su creación en el espacio del Costurero dan cuenta de un fenómeno que complejiza y muestra en diversidad lo que hemos denominado criminalización de la protesta, y de la resistencia e insubordinación que implica la disposición a la acción y la creación artística en tales contextos de violencia. Estas experiencias se presentan como nudos de vida que median en un espacio del orden sensible hostil.

El nudo se presenta como carácter trazado que denota una situación en particular, como el que observamos en la Biblioteca “El Gavilán Sabanero”, ubicada al final del barrio Kassandra, un barrio de origen informal colindante con el río Bogotá. La Biblioteca es el único equipamiento educativo con el que cuenta el barrio; un proceso llevado a cabo por un grupo de madres autoconvocadas que, junto al apaño de los vecinos y otros procesos, realizan actividades los fines de semana junto a niñxs y jóvenes. En relatos alrededor de la cotidianidad que nos contaban niños y niñas junto a sus madres sucedió lo que hemos llamado *disposición estética*,⁵ entre relatos que

⁵ Señala la manera en que los espacios textiles involucran una disposición de la juntanza y la cercanía que permite y desarrolla una construcción de experiencias

evidenciaban el ambiente de conflicto que habitan. Es en este movimiento de escritura y trazo que el textil llega a encarnar humanidad (Pérez-Bustos *et al.*, 2024). Esta humanidad no se encuentra solo en las prendas que han acompañado las protestas (ropa, capuchas, pañoleros, banderas), sino en las creaciones que esta suscita. Recuerdos, fotos, relatos y creaciones actúan como un archivo vivo de procesos locales que existen y resisten; procesos con los que hemos compartido, hemos escuchado y hemos llevado hilos, agujas y telas para que la historia que cuentan las manos de sus integrantes se imprima y afecte el espacio social y material.

Una de las preguntas esenciales para detonar cualquiera de las sesiones del Costurero, como un espacio físico-reflexivo-creativo, era “¿Quién les enseñó a bordar o a usar una aguja?”. Esto conducía a lxs asistentes a nombrar algún familiar, convirtiendo el recuerdo en una palabra similar para todxs: “me enseñó mi mamá/mi abuela/mi tía”. Dar vida a través de la palabra no solo enuncia una realidad sexuada e histórica del oficio textil (es decir, que en su mayoría ha sido impuesta o practicada por manos feminizadas), también se entretiene aquello con lo que se borda.

Casi como un empujón, la pregunta anterior causaba que lxs participantes recordaran elementos precisos de su enseñanza: “mi abuela enhebraba el hilo luego de quemarlo”, “mi mamá me regañaba si hacía muchos nudos”, “mi tía remataba los botones así”; es decir, la memoria trasciende su forma enunciativa (de ser hablada, de ser dejada en palabras) y se materializa, pues en la medida en que se “descubre” influye sobre nuestros comportamientos, prácticas, movimientos, etc. Este primer elemento, en otras palabras, demuestra la existencia de una memoria sensorial que invita a considerar todo proceso textil en su vitalidad histórica (en su contexto, en su

sensibles que chocan con la lógica consensual y la distorsionan. Es, en suma, una disposición ligada a la transformación material en un orden sensible diferente.

*zeitgeist*⁶) y en su característica íntima (en la memoria, en su pasado); agarrar la aguja de una forma determinada, curvar el cuerpo de cierto modo, retorcer las manos en particulares movimientos, etc. En realidad, refieren a acciones inintencionadas, aprendidas en un momento en que la memoria ni siquiera tiene forma de ser nombrada.

Figura 4. Una de las pañoletas intervenidas en la Biblioteca Comunitaria “El Gavilán Sabanero” realizada en la sesión #3 en la localidad de Fontibón



Nota: intervención en pañoleta. El trazo del hilo sobre la pañoleta describe una delicadeza propia del ejercicio con los niños y niñas que asisten a la Biblioteca.

Fuente: Elaboración propia, archivo del Costurero por la Memoria de la Criminalización de la Protesta.

⁶ Concepto filosófico que se emplea para describir al ambiente o clima intelectual, cultural y ético de un momento determinado en la historia, puede traducirse directamente como el “espíritu del tiempo”. Su uso en el texto refiere al conjunto de ideas, imágenes, símbolos y objetos que hacen presencia en el textil de forma casi inconsciente para la creación artística (el uso de colores fuertes, formas e hiladas desunidas) propias de una memoria sensorial común y repetida entre las creaciones.

Cada sesión buscó involucrar alguna técnica textil de manera singular, buscando utilizar una nueva “superficie” que aprovechara las condiciones y características de cada espacio-taller. La articulación entre esas superficies y las percepciones que eran generadas permitían la movilización de nuevas herramientas de diálogo, encuentro, participación y discusión. En primer lugar, la utilización de la técnica del fotobordado —con el uso de parte del archivo fotográfico que los colectivos y organizaciones sociales nos habían proporcionado— conducía a la apropiación de un lenguaje único para esa sesión. A diferencia de otras técnicas, como el bordado sobre telas y prendas, el proceso de creación del fotobordado está mediado por aquello que previamente está materializado en la fotografía; la fotografía es, a la par, superficie material y superficie inmaterial para la intervención. La narrativa del bordado se construye a partir de las relaciones ya identificadas entre la memoria (social, política, sensorial) y los relatos individuales. En ambas sesiones las razones de lxs participantes variaron entre lo llamativo y lo representado, por lo que el proceso de escogencia resuena a la producción de la memoria. Así, cada relato se convirtió en la puntada inicial de los bordados: “yo escogí esta foto porque estuve en esa marcha”, “yo estuve mucho en la olla comunitaria, esa foto me trae recuerdos de ella”, “en la foto alcanzo a reconocer una que otra cara”, “esto ocurrió durante un tropel en el que nos gasearon mucho”.

Figura 5. Fotobordados de la sesión #5 y #7 en las localidades de Usme y Barrios Unidos, respectivamente



Nota: las fotografías actúan como una superficie que condiciona el tipo de narrativa bordada. Las sensibilidades, entrelazadas con lo fotografiado, conducen a un nuevo terreno en el que la técnica y el material describen un lenguaje único. Fuente: Elaboración propia, archivo del Costurero por la Memoria de la Criminalización de la Protesta.

En el caso del fotobordado, destacamos dos intervenciones, ambas deshilvanan los elementos más llamativos de la imagen precisamente porque en los relatos de lxs participantes estos elementos son esenciales para la composición de la memoria: la olla comunitaria. Por un lado, fue uno de los principales repertorios empleados durante las movilizaciones del Paro Nacional del 2021, y una de las razones por la que muchas personas asistieron a esos espacios. Por otro lado, una fotografía de una marcha, intervenida con un bordado que emula la llovizna y el texto “siempre presentes” dialoga con la circulación de personas en mitad de una calle bloqueada al tiempo que indica los alcances de la protesta, de modo que se subraye la presencia constante de la movilización.

En otras palabras, propiciar la intervención de una fotografía transforma el recuerdo, pues la memoria se vitaliza al introducir un trazo del presente. Entonces, la narrativa del bordado es una madeja de emociones no secuenciales, que se intervienen unas a otras, y

que proponen un ejercicio profundamente íntimo al introducir la *corporización*⁷ del material. Rastrear esa conexión entre los sentidos y los textiles conlleva a considerar la medida en que descubrimos en ellos la experiencia personal de nuestros cuerpos. Al reconocer que en los textiles perdura la intimidad que se transforma podemos corporizar los elementos que detonan la memoria de la criminalización de los cuerpos e influye sobre los demás elementos estéticos a disposición de estos.

En ese sentido, la plasticidad del textil, su maleabilidad, trastoca el mundo de lo íntimo y sitúa el ejercicio de la intervención en el mundo político (Hunter, 2019). Precisamente, la imagen del textil remite a la cotidianidad y familiaridad, ajena a los tradicionales repertorios de acción empleados por la acción colectiva. Sin embargo, en los mismos objetos ya se encuentran elementos que sirven para rastrear la política y que sesgan el oficio (por ejemplo, la relación de los textiles y los roles de género). Esa capacidad, en la que actúan las dimensiones estéticas y cotidianas, corporiza el material: intervenimos la prenda porque de ese modo resignificamos y construimos la posibilidad de algo nuevo, que en últimas implica una potencialidad sobre los cuerpos que visten (literal y figurativamente) el futuro.

⁷ Forma en que el cuerpo llega a imprimirse en la materialidad con la que se trabaja, busca expresar aquello que sucede cuando la materialidad del cuerpo y, con ella, sus experiencias y memorias, se relaciona con el material dispuesto para la creación textil.

Figura 6. Foto de la sesión #3 desarrollada junto a niños del barrio Kassandra en la localidad de Fontibón



Nota: el desorden del Costurero es fruto de la creación, del trabajo, de la enseñanza, del encuentro y la colaboración.

Fuente: Elaboración propia, archivo del Costurero por la Memoria de la Criminalización de la Protesta.

De forma semejante, la interacción propuesta por la *corporización* del material también moviliza otros sentidos en la medida que se construye un relato de los lugares, espacios, territorios y geografías que habitamos. De la mano de las técnicas de fotobordado, bordado en pañoletas e intervención en prendas, en el Costurero se llevó a cabo paralelamente un ejercicio de *cartografía textil*, el cual consistió en la intervención directa sobre un mapa bordado de Bogotá. Durante algunas de las sesiones, lxs participantes bordaron algunos de los hitos urbanos con los que constantemente interactúan o establecen relaciones determinadas en los fenómenos sociales, ligado a ejercicios de conversación en el que se buscaba rastrear el origen de esas relaciones. Igualmente, lxs participantes realizaron parches

en los que agregaron símbolos, ilustraciones o imágenes, y que en general representaban parte de las relaciones que se establecen en la ciudad (las estaciones de transporte público, las universidades, las cárceles, los humedales, las montañas, las protestas, los ríos).

Figura 7. Cartografía textil realizada en las sesiones #4 y #8 en las localidades de Ciudad Bolívar y Bosa



Nota: el mapa bordado de Bogotá junto a los parches, símbolos y bordados que intervienen la cartografía.

Fuente: Elaboración propia, archivo del Costurero por la Memoria de la Criminalización de la Protesta.

La suma de estos elementos en el textil, junto con las conversaciones que le dieron forma, conllevan a considerar la dimensión territorial como parte de la *corporización* del material. De tal manera, el textil remite a un contexto social e histórico que son rastreables, es decir, que ocupan un espacio físico exacto. El oficio textil, por ejemplo, remite a la idea mental de talleres, fábricas o industrias; en otras palabras, oculta la configuración de relaciones sociales que se insertan de determinadas formas en los territorios, pues los cuerpos que le habitan, a su vez, desempeñan oficios, desarrollan afectos o son impactados por los fenómenos sociales de forma tangible. El textil

abre una interacción única en la que podemos entender la existencia de relatos, emociones, narrativas, memorias o sensibilidades que ligan al cuerpo con el objeto, y que sin duda se encuentran contextualizadas en un lugar temporal y físico determinado.

Así, el ejercicio de la cartografía es registro y denuncia de un tiempo concreto en el que logra perdurar la subjetividad de una serie de relaciones físicas en el textil. La plasticidad de este, por otro lado, da lugar a la forma en que las manos modifican esa relación física; fenómenos como el acceso a la ciudad, la exclusión, la desigualdad, la criminalización o el encierro son materializados y, de ese modo, la gama de técnicas (los nudos, los dobleces, los trazos, las puntadas) articula el desorden⁸ estético y político del hacer. Evidentemente, bordar sobre alguno de los fenómenos nombrados no transforma su existencia o implica su superación; no obstante, sí permite desarrollar una acción que encarna la presencia del cuerpo, si por acaso, el textil moldea tanto aquello que es intervenido como aquel que interviene.

El tejido que cubre Bogotá

Como se ha podido observar, las imágenes, formas, figuras o ilustraciones enmarcan luchas, recuerdos o consignas que, a su vez, responden a un contexto social movilizad. El entorno en el que ocurre la creación (de una juventud movilizad a partir de su exclusión y criminalizad según su participación política) conduce a la definición de una materia que asimila lo disímil de la acción colectiva: la esperanza, el desarraigo, la lucha, la insatisfacción, el oportunismo, la solidaridad, la memoria, la violencia. En otras palabras, la

⁸ La idea del desorden, como posibilidad de observar lo contradictorio, lo complejo y lo relacional refleja la multitud de discursos, apropiaciones, imágenes, sensibilidades, emociones, detalles, recuerdos, etc., que son hilados a medida que se potencia la memoria o —lo que es lo mismo— en la medida que se teje sobre ella.

articulación del movimiento popular durante los diferentes ciclos de protestas desde el 2012 imprimen una política de los afectos sobre los cuerpos: la solidaridad que sostiene la protesta, la tristeza durante los episodios de violencia, la impotencia frente a los casos de persecución y detención, la rabia ante los atropellos y los abusos policiales, la esperanza en el cambio de las instituciones, el descontento con la política. En esa dimensión, el cuerpo se devela como el receptor de unas memorias que transforman el mundo que le rodea: la acción colectiva refleja la movilización de afectos en experiencias tangibles y observables.

Como conclusión, podemos argüir que las pedagogías textiles son herramientas positivas para la construcción de memoria, ya que establecen un canal de comunicación entre la experiencia, las relaciones y los afectos. De ese modo, el textil logra verbalizar lo inefable por medio de la materialización de sentidos, imágenes y símbolos que son atravesados por el proceso de discusión y conversación dentro del Costurero. Por lo mismo, este espacio es esencial, pues justifica el encuentro de sentarse y exponerse a la vulnerabilidad de la cercanía con personas desconocidas, partiendo de un mutuo respeto. Así señalamos que las pedagogías textiles entretejen una conexión entre el sujeto que crea y el objeto que es creado, y que conlleva a una participación colectiva en la que el objeto se vuelve susceptible de esas discusiones; del mismo modo, estas herramientas ofrecen una oportunidad de expandir el estudio de los afectos impactados por la criminalización de la protesta, dado que propicia un entorno familiar y cotidiano a emociones y sensibilidades que no siempre logran verbalizarse.

De acuerdo con Kristina Lindström y Åsa Ståhl (2016), el desorden de la política y la estética se encuentra en observar lo contradictorio, lo complejo y lo relacional. El oficio textil explora ese desorden de modo que se constituye como vehículo y mensaje de las transformaciones afectivas producto de la intersección entre política y estética

en los movimientos sociales, el textil es superficie y trazo de una sensibilidad que relaciona la intimidad del cuerpo. En suma, el textil es una política que redescubre su estética en la que se guardan las memorias de los participantes. Junto a las diversas acciones del día a día, es una de las formas materiales y reales que encuentran las personas de existir y resistir en Bogotá. Estas puntadas, que parecen dispersas y ajenas entre sí, hacen parte de lo que implica en grande tejer una colcha que cobije el cambio radical de la sociedad, y es aquí, en la agencia y en la disposición, donde vemos esas torsiones y tensiones ser reales. A sus manos, compañeros y compañeras, esto solo es un pedazo más de lo que significa la memoria y la construcción de paz.

Referencias

- Ahmed, S. (2004). Affective economies. *Social Text*, 22(2), 117-139. https://doi.org/10.1215/01642472-22-2_79-117
- Arias-López, B. E. (2017). Entre-tejidos y Redes. Recursos estratégicos de cuidado de la vida y promoción de la salud mental en contextos de sufrimiento social. *Prospectiva. Revista de Trabajo Social e intervención social*, (23), 51-72. <https://doi.org/10.25100/prts.v0i23.4586>
- Perea-Restrepo, C. M. (2016). *Limpieza social. Una violencia mal nombrada*. Centro Nacional de Memoria Histórica.
- Goett, S. (2016). Materials, Memories and Metaphors. The Textile Self Re/collected. En: J. Jefferies, D. Wood Conroy, H. Clark (eds.), *The Handbook of Textile Culture* (pp. 121-136). Bloomsbury.
- González-Arango, I. C., Villamizar-Gelves, A. M., Chocontá-Piraquive, A. y Quiceno-Toro, N. (2022). Pedagogías textiles sobre el conflicto armado en Colombia: activismos, trayectorias y transmisión de saberes desde la experiencia de cuatro colectivos de mujeres en

- Quibdó, Bojayá, Sonsón y María La Baja. *Revista de Estudios Sociales*, 1(79), 126-144. <https://doi.org/10.7440/res79.2022.08>
- Herrera, G. (2024, 12 de septiembre). Disparos, intimidaciones y zozobra. Lo que ha pasado en Bosa Porvenir después del asesinato de dos líderes sociales. *Cero Setenta, Universidad de los Andes*. <https://cerosetenta.uniandes.edu.co/disparos-intimidaciones-y-zozobra-lo-que-ha-pasado-en-bosa-porvenir-despues-del-asesinato-de-dos-lideres-sociales/>
- Hunter, C. (2019). *Threads of Life: A History of the World Through the Eye of a Needle*. Abrams Press.
- Ingold, T. (2007). *Líneas. Una breve historia*. Editorial Gedisa.
- Lindström, K. y Ståhl, Å. (2016). Patchworking ways of knowing and making. En J. Jefferies, D. Wood Conroy, H. Clark (eds.), *The Handbook of Textile Culture* (pp. 65-78). Bloomsbury.
- Pérez-Bustos, T., González-Arango, I. C. y Gómez-Gómez, S. (2024). A body, a collective mass, a clothesline. A textile analysis of a collage to understand the *Estallido social* in Colombia. *Tapuya: Latin American Science. Technology and Society*, 7(1), <https://doi.org/10.1080/25729861.2024.2346107>
- Quintana, L. (2020). *Política de los cuerpos. Emancipaciones desde y más allá de Jacques Rancière*. Herder.
- Valencia Hernández, M. (2022). *Las caras del conflicto armado en el Páramo: un estudio de caso sobre las visiones de la paz, la justicia y la reparación en el municipio de Sonsón*. [Tesis de grado, Universidad de Antioquia]. Repositorio institucional UdeA. <https://hdl.handle.net/10495/30632>

¿Una imagen dice más que mil palabras? El fanzine para la memoria crítica del estallido social en Colombia

*Yuly Esmeralda González Rojas**

*Juan David Peñaranda Peralta***

En 2021, momento en que algunos(as) estudiantes y profesores(as) de la Licenciatura en Filosofía de la Universidad Pedagógica Nacional (UPN) vivenciamos o presenciamos el Paro Nacional en Colombia, nos dimos a la tarea de pensar/hacer de cara a la coyuntura. Dicha tarea dio lugar a diferentes procesos organizativos, como: “Filosofías en movimiento: sentir, actuar, pensar”, un espacio que convocaba, a quienes integraban la comunidad de la licenciatura y a personas externas, a participar en una construcción colectiva permanente con el propósito de que la filosofía saliera a las calles y aportara a la discusión y el entendimiento de la situación política, de la misma manera que aprendiera de la organización y movilización social; “Comité artístico del Paro”, un grupo de estudiantes que, a partir de la creación artística, propiciaban la manifestación y la reflexión ante

* Autora. Licenciada en Filosofía de la Universidad Pedagógica Nacional de Colombia, vicepresidenta del Consejo Directivo de la Coordinadora Internacional en Defensa de la Filosofía y su Enseñanza Pública (2026-2027), integrante del Colectivo Montaña de Letras y docente en Edu Sur: Filosofía y Humanidades.

** Ilustrador profesional con énfasis en cómic. Cocreador del cómic *El ciclo inútil del esfuerzo*, e ilustrador de la serie *El último día sobre la tierra* y *Punto de giro* de Editorial Planeta.

la movilización social y la represión estatal; “Comité *ad hoc*”, un grupo transitorio de estudiantes que buscaba gestionar la conformación del Consejo Estudiantil de la Licenciatura; y “Comité de análisis del discurso”, un grupo de estudiantes y profesoras que analizaba acciones y discursos llevados a cabo por los diferentes actores sociales implicados en el Paro Nacional.¹

Tras hacer parte del “Comité de análisis del discurso”, Juan David Peñaranda (como persona externa a la UPN) y yo (como estudiante activa de la UPN) mantuvimos el empeño por seguir articulando nuestros saberes. En su inicio, este comité se dedicó a realizar sesiones a la luz de referentes teóricos, experiencias y reflexiones propias, y la revisión de algunas noticias sobre lo que acontecía en las movilizaciones durante el Paro Nacional. En este ejercicio se rastrearon algunos elementos discursivos en la represión estatal y quienes la apoyaban, a la vez que se planteó la creación de un fanzine que posibilitara compartir a las comunidades no académicas los análisis que se realizarían. Debido al desgaste común en toda organización política y a los intereses particulares de sus integrantes, los encuentros pasaron de contar con más de siete participantes a contar con cinco, luego tres y, por último, dos participantes (Juan y yo). La presencia esporádica de algunos(as) estudiantes y el acompañamiento de las profesoras Keyla Díaz y Consuelo Pabón en el comienzo aportaron a fijar la atención en los discursos aquí abordados y su ilustración.

El presente capítulo comparte apartes de un trabajo inacabado, cuya elaboración seguirá acudiendo a la memoria propia y colectiva, televisiva, sonora y escrita para analizar las particularidades de la revuelta y el movimiento social, la represión estatal y el papel del arte en la construcción de una memoria crítica sobre el Paro Nacional de 2021 en Colombia. De esta manera, se presentan a continuación

¹ Se evoca una vertiente de la memoria de la organización política universitaria de la Licenciatura en Filosofía de la Universidad Pedagógica Nacional en torno al Paro Nacional de 2021 porque eludirla sería rechazar su valía en este trabajo.

imágenes creadas para un fanzine, las cuales fueron ideadas a partir de una articulación entre el análisis crítico del discurso (ACD) y el arte de la ilustración, que buscan dar apertura a la reflexión, análisis y comprensión de la manera en que operan las fuerzas del Estado, cómo reaccionan las facciones sociales y qué sostiene las prácticas de represión estatal y movilización social. Aunque el fanzine no ha sido finalizado al momento de esta publicación, tanto el proceso de su elaboración como el objetivo de ella constituyen el ejercicio de promover una memoria crítica, una memoria que no solo remita a los hechos en la historia y su incidencia en las transformaciones sociales, sino que aborde las siguientes preguntas: ¿qué sostiene la prevalencia de la violencia estatal?, ¿qué sostiene la agencia o pasividad de las poblaciones ante esa violencia? Un legado que busca *ir más allá* de los hechos.

Análisis crítico del discurso (ACD) y fanzine

La realización del fanzine se planteó como la posibilidad de autogestionar la divulgación extraacadémica de una investigación centrada en estudiar “la forma en que el abuso de poder y la desigualdad social se representan, reproducen, legitiman y resisten en el texto y el habla en contextos sociales y políticos” (Van Dijk, 2016, p. 204). Por un lado, ha sido ambientado en escenas circenses macabras, al tiempo que se ha apoyado en representaciones comunes y reflexiones propias sobre los discursos dominantes; por otro lado, exalta las imágenes que representan la lucha y resistencia social en Colombia durante el 2021. Su ejecución ha hallado aportes en la estructura metodológica de algunos(as) autores(as) y, más allá, ha planteado un método propio de ACD.

Pese a las diversas perspectivas para definir el análisis crítico del discurso (ACD), su énfasis está en el ejercicio crítico de estudiar la incidencia del uso del lenguaje oral y escrito en los contextos

sociales. Consecuentemente, esta categoría de estudio va más allá del origen, evolución y estructura del lenguaje, a la vez que reconoce la incidencia de los discursos en las sociedades en sus manifestaciones no-discursivas (ni orales, ni escritas); esto es, mediante prácticas, hechos y actos en la cotidianidad de los sujetos sociales y en los ámbitos institucionales. Wodak (2003a) indica que el ACD necesita tomar en cuenta las nociones de poder, ideología y lenguaje para comprender las relaciones que se dan entre ellos en la práctica social. Seguidamente, la autora amplía su consideración e indica que deben realizarse con un enfoque histórico, a manera de eje entre la teoría y lo que acontece en los contextos en los que se estudian los discursos, lo cual posibilita el reconocimiento de las relaciones que se dan entre los medios de comunicación, la política y las personas a través del objeto de estudio (Wodak, 2003b).

El discurso que aquí se analiza, como convergen Jäger (2003), Wodak (2003) y Van Dijk (2016), es aquel que ejerce poder sobre los grupos sociales —generando o reduciendo la desigualdad social—, que utiliza dispositivos (es decir, mediaciones) para efectuarse, crea realidades, da significado a un ámbito particular de la práctica social y ejerce control en la mente de los sujetos sociales. El ACD permite estudiar las verdades asumidas, aquellas presentadas como racionales, sensatas y fuera de toda duda (Jäger, 2003) lo que está bien o mal, en su lugar, busca la transparencia de esa relación entre lo bueno y lo malo. Wodak (2003b) señala que no puede prescindir del ejercicio autocrítico que impide a quien está analizando ponerse al margen del discurso al reconocer que el ejercicio crítico propio puede estar constituido por otro discurso. Por ello, el ACD no se queda en palabras y va, en buena medida, “del dicho al hecho”.

Ahora bien, pensando en la divulgación extracadémica del ACD sobre el estallido social en Colombia, surge el fanzine *El show de la muerte*. Su propuesta permite, en primer lugar, dar cuenta de la representación y memoria críticas que socialmente se han hecho de los discursos hegemónicos en Colombia; en segundo lugar, explora

diferentes tipos de técnicas y formas narrativas; en tercer lugar, “su formato es pensado para elaborarse, publicarse y compartirse desde la autogestión” (Juan Peñaranda, comunicación personal, 15 de octubre de 2025); por tanto, se reproducen en este texto algunos de sus apartados. *El show de la muerte* analiza y representa la manifestación de discursos, ejercicios de poder y dispositivos utilizados en el marco del Paro Nacional del 2021, y la resistencia ante ellos mediante la representación gráfica de actos circenses macabros que buscan retratar las imágenes de los discursos hegemónicos develados antes y durante el Paro, e ilustraciones que documentan la resistencia del pueblo colombiano.

El ACD que propone *El show de la muerte* tiene en cuenta reportajes de medios de comunicación, reflexiones propias, metodologías de análisis y memoria histórica de Colombia. Los aborda a partir de un esquema propio que recoge aquello que se representa, el uso del lenguaje, los dispositivos utilizados, la identificación de quien(es) tiene(n) el poder, la trayectoria histórica, la(s) ideología(s) que sostienen el discurso (y lo no-discursivo) y el sentido ACD de la ilustración. Si bien este ACD contiene más desarrollo textual, en esta ocasión se comparte su esquema aplicado a las ilustraciones debido a las dimensiones y el objetivo de este capítulo, a la vez que se invita a profundizar en lo que allí se postula. En aras de que la memoria sea crítica, la estructura presentada a continuación busca recolectar los insumos de manera sintética a partir de las preguntas ¿qué?, ¿quién?, ¿cómo? y ¿cuándo?

Tabla 1. Esquema del análisis crítico del discurso

Representación (noticia, imagen, enunciado, entre otras)				
Lenguaje	Dispositivos	Poder	Historia	Ideología
¿Qué se ha dicho o escrito?	¿Qué se ha implementado para efectuar el discurso (lo discursivo, lo no-discursivo)?	¿Quién dice, escribe o hace?	¿Qué, cómo y cuándo se ha dicho, escrito o hecho?	¿Qué fundamentación y propósito(s) sostienen lo que se dice, escribe o hace?
Sentido ACD de la ilustración				
¿Qué busca la ilustración?				

Fuente: elaboración propia.

1, 2, 3... 6402

Figura 1. Botas



Fuente: Juan David Peñaranda.

Tabla 2. Guerrilleros

Lenguaje	Dispositivos	Poder	Historia	Ideología
Guerrilleros, muertes en combate.	Medios de comunicación tradicionales, declaraciones de representantes políticos de derecha, propaganda política, conversaciones cotidianas.	Agentes de las fuerzas militares, representantes políticos de derecha.	Desapariciones de diversos(as) jóvenes y adultos(as) en el territorio colombiano, cifras en ascenso de jóvenes y adultos(as) “muertos(as) en combate”, descubrimiento de fosas comunes y de cuerpos sin vida de desaparecidos(as).	Guerra contra el narcotráfico, mantener el orden, el comunismo como amenaza o anticomunismo, seguridad democrática.
Sentido ACD de la ilustración				
<p>Representar cómo uno de los discursos dominantes en Colombia ha permeado la esfera pública y social, dejando el estado de cosas “naturales” en el que se sumaban indiscriminadamente “bajas en combate de guerrilleros(as)” al tiempo que desaparecían personas. En simultáneo aconteció la imagen de un espectáculo mediático (televisivo y propagandístico) macabro para posicionar la efectividad del brazo armado gubernamental con consecuencias materiales e históricas en las vidas de cientos de familias colombianas, como bien lo ha documentado la Comisión de la Verdad (s. f.), por medio del relato de los “falsos positivos” en Colombia y la Justicia Especial para la Paz (JEP) en 2021, con el reporte de 6402 víctimas de “falsos positivos” (Deutsche Welle, 2021). La búsqueda de verdad y justicia se simboliza a través del reconocimiento social de una realidad sombría, que durante el Paro se desplegó con la desaparición de colombianos(as) que participaban de la movilización social.</p> <p>Esta escena denuncia la desaparición y asesinato de miles de colombianos(as). Prohibido olvidar.</p>				

Fuente: elaboración propia.

Figura 2. 1, 2,3... 6402



Fuente: Juan David Peñaranda.

Marionetas

Figura 3. Beber de la muerte



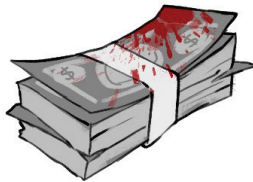
Fuente: Juan David Peñaranda.

Figura 4. Decir cada cosa



Fuente: Juan David Peñaranda.

Figura 5. Hay plata para la guerra



Fuente: Juan David Peñaranda.

Tabla 3. Marionetas del matarife

Lenguaje	Dispositivos	Poder	Historia	Ideología
El Paro Nacional es orquestado por terroristas, los terroristas deben ir a la cárcel, el Paro genera pérdidas económicas para el país.	Medios de comunicación tradicionales, declaraciones de representantes políticos de derecha, propaganda política, conversaciones cotidianas.	Agentes de las fuerzas militares y policiales, representantes políticos de derecha.	Violación de Derechos Humanos en protestas por parte de agentes del ESMAD en el marco del Paro Nacional de 2021, Iván Duque emite el Decreto 575 de 2021, crisis social por la pandemia de la covid-19. (Coordinación Colombia Europa Estados Unidos, 3 de junio de 2021).	Guerra contra el terrorismo, recuperar el orden, reactivar la economía.
Sentido ACD de la ilustración				
<p>Representar la imagen de “marionetas” que construyó el movimiento social respecto a la manera en que algunos agentes políticos del gobierno de turno se desenvolvían discursivamente y el entramado de discursos hegemónicos al servicio de intereses ideológicos determinados que sostenían esta imagen. Durante el Paro Nacional del 2021 se documentaron aseveraciones en medios de comunicación, como las del entonces fiscal Barbosa: “Hay células de terrorismo urbano infiltradas en las protestas” (Revista Semana, 2021), y las de la senadora Cabal, quien señaló que las protestas no eran como las mostraban los medios de comunicación y el Paro aumentaba el desempleo (Sabogal, 2021). Por su parte, el presidente de la República ordenó el despliegue militar y policial en los municipios donde acontecían protestas sociales, declaró toque de queda y proclamó la reactivación económica del país (Presidencia de la República-Colombia, 2021). Lo expuesto explicita la idea de unos hilos perversos que guían las opiniones y decisiones del ente gubernamental y otras representaciones (no menores) que también han revelado el decir/escribir/hacer en el gobierno.</p> <p>Esta escena da cuenta de cómo los discursos, que justifican la barbarie y minimizan sus consecuencias, se develan siniestros.</p>				

Fuente: elaboración propia.

Figura 6. Marionetas



Fuente: Juan David Peñaranda.

Gente de bien(es)

Figura 7. Tweets



Fuente: Juan David Peñaranda.

Figura 8. Dicho y hecho



Fuente: Juan David Peñaranda.

Tabla 4. Gente de bien

Lenguaje	Dispositivos	Poder	Historia	Ideología
Plomo es lo que hay, plomo es lo que viene; hay que disuadir vándalos; hay que restablecer el orden.	Conversaciones cotidianas, trinos, amenazas, agresiones armadas de civiles hacia otros(as) civiles en protestas.	Grupo social que se opone a la protesta social en Colombia, exmandatario presidencial de Colombia, fuerza policial.	Durante movilizaciones sociales en el 2019 se reportaron insultos y amenazas de parte de opositores, durante el Paro Nacional del 2021 se reportaron disparos a los(as) manifestantes por parte de civiles y agentes policiales. (RTVC Noticias, 2021).	Guerra contra el terrorismo, recuperar el orden.

Sentido ACD de la ilustración

Representar el posicionamiento de un discurso dominante bajo el eslogan “gente de bien”, la influencia de las publicaciones en redes sociales según el estatus de quien postea y la manera en que un discurso puede movilizar grupos sociales. En 2021 los actos de violencia armada hacia la protesta social no aparecieron como una reacción opositora sin precedentes; amenazas cuasi-icónicas, como la del “profeta uribista”, quien durante la Marcha por la Paz en 2019 les “ofreció” plomo a quienes se movilizaban (Opinión y Noticias, 2019), o la fogosidad con la que la figura religiosa de una monja llamaba la atención del público en general (Noticias Uno Colombia, 2019), se suman a las imágenes de varias personas armadas que se oponía a la movilización social y, entre ellas, la de un joven caleño que en el marco del Paro Nacional realizó disparos “al aire” con el propósito de apoyar a la fuerza pública ante los actos “vandálicos” de la protesta social. Las aclaraciones públicas remarcaban la autodenominación “gente de bien” y buscaban desmentir los señalamientos que surgieron hacia el joven mencionado (Proclama del Pacífico, 2021). Junto a esto, el dictamen *twittero* y la alabanza al exterminio provocaron la suspensión de la cuenta en una red social de un expresidente (Quintero, 2021). Esta escena denuncia cómo la estampa moral de la “gente de bien” pretende establecer el orden a través de la amenaza verbal y la violencia armada.

Fuente: elaboración propia.

Figura 9. Gente de bien(es)



Fuente: Juan David Peñaranda.

El show del payaso

Figura 10. Pinta agente policial



Fuente: Juan David Peñaranda.

Tabla 5. Burla hacia la protesta social

Lenguaje	Dispositivos	Poder	Historia	Ideología
Guerrille-ros(as), terroristas.	Violencia policial, bailes y amenazas con machete por parte de agentes del Esmad.	Agentes de las fuerzas militares y policiales, representantes políticos de derecha, grupo social que se opone a la protesta social en Colombia.	Violación de Derechos Humanos en protestas por parte de agentes del Esmad en el marco del Paro Nacional de 2021.	Guerra contra el terrorismo, recuperar el orden en la vía pública.
Sentido ACD de la ilustración				
Representar los actos burlescos hacia la protesta social que realizaban agentes del Esmad a través de bailes e incitaciones a la violencia con armas cortopunzantes en territorios como el Valle del Cauca (Mapiaguilar, 2021). Este, un espectáculo apartado del protocolo, devela la manera en la que se concibe la movilización social, sus luchas y resistencias por parte de quien(es) las reprimen. Un <i>show</i> que en 2021, más que risa, provocó miedo. Esta escena denuncia la violación de Derechos Humanos en el marco del Paro Nacional del 2021.				

Fuente: elaboración propia.

Figura 11. El show del payaso



Fuente: Juan David Peñaranda.

Reflexiones finales

Figura 12. Educación popular



Fuente: Juan David Peñaranda.

Por último, expuestas algunas de las primeras imágenes surgidas del ACD realizado en articulación con el arte de la ilustración, compartimos otras de las escenas que conforman el fanzine *El show de muerte*, las cuales retratan la organización política de muchos(as) colombianos(as) ante la represión estatal, la brutalidad policial y la urgencia de mantenerse en pie de lucha por el desmantelamiento del orden establecido. Ilustraciones que, contrario a representar lo turbio que se vivenció o presenció durante el *Estallido Social en Colombia*, exaltan la esperanza de un pueblo (que no se entretiene con el *show*) y contrastan las mediaciones empleadas por los actores sociales involucrados en el Paro. No olvidamos que, mientras se ejercía poder a través discursos, dispositivos no-discursivos y Colombia vivía escenas macabras de día y de noche en las calles, las trochas, las avenidas y los ríos, emergió la organización popular y comunitaria. Ni las

balas ni la pandemia silenciaron las arengas. Compartir alimentos y conocimientos fue el pilar de la lucha y resistencia social. Durante el Paro Nacional del 2021 cada imagen nos dijo más que mil palabras.

Figura 13. Olla comunitaria



Fuente: Juan David Peñaranda.

Figura 14. Colombia antiuribista



Fuente: Juan David Peñaranda.

Referencias

- Comisión de la Verdad. (s. f.) (consultado el 5 de enero de 2025). Los falsos positivos. 6402 civiles asesinados en estado de indefensión. *Comisión de la Verdad*. <https://www.comisiondelaverdad.co/los-falsos-positivos>
- Coordinación Colombia Europa Estados Unidos. (2021, junio 3). Decreto 575 de 2021: el gobierno de Duque le declara la guerra a la protesta social. <https://coeuropa.org.co/decreto-575-de-2021-el-gobierno-duque-le-declara-la-guerra-a-la-protesta-social/>
- Deutsche Welle. (2021, febrero 18). Colombia: JEP eleva a 6402 la cifra de “falsos positivos”. *Deutsche Welle*. <https://www.dw.com/es/justicia-de-paz-de-colombia-eleva-a-6402-el-n%C3%BAmero-de-falsos-positivos/a-56617246>
- Jäger, S. (2003). Discurso y conocimiento: aspectos teóricos y metodológicos de la crítica del discurso y del análisis de dispositivos. En M. Meyer y R. Wodak (comps.), *Métodos de análisis crítico del discurso* (pp. 61-99). Editorial Gedisa.
- Mapiaguilar [@mapias15]. (2021, junio 8). En una fotografía se observa el momento exacto en el que el uniformado del Esmad saca un objeto cortopunzante, “cuchillo”, de su rodillera izquierda, hechos ocurridos en Villagorgona Candelaria en el Valle, en el marco del paro nacional [posteo de X]. X. <https://x.com/mapias15/status/1402450610436423681>
- Noticias Uno Colombia [NoticiasUnoColombia]. (2019, octubre 13). Monja uribista es reconocida en Medellín por vender mercados que le regalan. [Video]. YouTube. [Reportaje sobre la monja uribista de Medellín]. <https://www.youtube.com/watch?v=zLiPP8c4n94>
- Opinión y Noticias [opinionynoticias3868]. (2019, diciembre 26). Plo-mo es lo que hay (profeta Uri-bista). [Video]. YouTube. [Amenazas en el marco de la Marcha por la Paz de 2019]. <https://www.youtube.com/watch?v=afGgeQKHTbY>

- Presidencia de la República-Colombia [infopresidencia]. (2021, mayo 1.º). Declaración del presidente de la República, Iván Duque Márquez – 1.º de mayo de 2021. [Video]. YouTube. [Declaración ante el Paro]. <https://www.youtube.com/watch?v=qGTskzaFf04>
- Proclama del Pacífico [ProclamaTV]. (2021, mayo 31). Andrés Escobar dice que es “gente de bien” en Cali. [Video]. YouTube. [Video de Andrés Escobar]. <https://www.youtube.com/watch?v=8X2j4PPjmj4>
- Quintero, J. (2021, abril 30). ¿Por qué Twitter sancionó la cuenta del expresidente Álvaro Uribe? *El Colombiano*. <https://www.elcolombiano.com/colombia/twitter-sanciona-cuenta-de-alvaro-uribe-por-trino-durante-paro-nacional-NL14974786>
- Revista Semana [Revista_Semana]. (2021, mayo 6). Hay células de terrorismo urbano infiltradas en las protestas: fiscal Barbosa. [Video]. YouTube. [Entrevista a Fiscal Barbosa]. <https://www.youtube.com/watch?v=7z3nJtgw6ko>
- RTVC Noticias. (2021, mayo 29). Personas de civil disparando en Cali. [Video]. YouTube. [Noticias Paro Nacional en Cali]. https://www.youtube.com/watch?v=s0-pq0MH_Jk
- Sabogal, J. (2021, septiembre 27). María Fernanda Cabal: Fake News y redes sociales desdibujaron hechos del paro. *Caracol Radio*. https://caracol.com.co/programa/2021/09/27/hoy_por_hoy/1632762799_064232.html
- Van Dijk, T. (2016). Análisis crítico del discurso. *Revista Austral de Ciencias Sociales*, 30, 203-222.
- Wodak, R. (2003a). De qué trata el análisis del discurso (ACD). Resumen de su historia, sus conceptos fundamentales y sus desarrollos. En M. Meyer y R. Wodak (comps.), *Métodos de análisis crítico del discurso* (pp. 17-33). Editorial Gedisa.
- Wodak, R. (2003b). El enfoque histórico del discurso. En M. Meyer y R. Wodak (comps.), *Métodos de análisis crítico del discurso* (pp. 101-141). Editorial Gedisa.

Saltando se resiste: arte corporal comunitario y construcción de memoria en Bogotá

Karen Daniela Fino Bernal*

Introducción

El salto con cuerda, práctica comúnmente asociada al juego infantil o a la educación física, adquiere en Bogotá un sentido político, cultural y comunitario en las experiencias de Canguros de la Soga y Beat Jump. Este capítulo, derivado de la investigación *Saltando se resiste: recuperando las narrativas de las comunidades Canguros de la Soga y Beat Jump de Bogotá desde una valoración crítica de la recreación comunitaria* (Fino, 2024), analiza cómo una práctica recreativa se convierte en acto de resistencia y construcción de memoria colectiva.

Durante el estallido social de 2019-2021 y la pospandemia, las calles y las redes sociales se transformaron en escenarios de protesta y creación artística. En ese contexto, el salto con cuerda emergió como lenguaje corporal de resistencia: ocupar el espacio público con

* Magíster en Desarrollo Educativo y Social y Licenciada en Educación Física de la Universidad Pedagógica Nacional. Docente de carrera en el Magisterio, vinculada a la Institución Educativa Compartir de Soacha. Correo: kdfinob@upn.edu.co

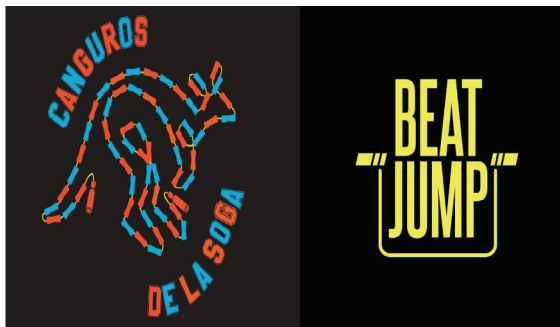
cuerda y cuerpo fue una forma de visibilizar demandas sociales y de reafirmar la comunidad como lugar de vida.

La investigación se apoyó en la sistematización de experiencias con enfoque cualitativo y narrativo. Por medio de entrevistas en profundidad, mapas de recuerdos, diarios personales y logos diseñados por las comunidades, se recuperaron voces, gestos y símbolos que hacen evidente que esta práctica trasciende lo físico para convertirse en una expresión política.

En este escenario, pensar el salto con cuerda en el contexto de la recreación comunitaria crítica y el ocio contrahegemónico implica despojarse de prejuicios que lo reducen a lo técnico. Es, en realidad, una experiencia cargada de trascendencia simbólica e histórica que permite imaginar nuevas formas de existencia frente a las lógicas productivas y coloniales. Asimismo, este caso dialoga con experiencias latinoamericanas y afroamericanas, como el *Double Dutch*, que históricamente se han configurado como prácticas culturales de resistencia y afirmación identitaria. De ese modo, se amplía la comprensión de las expresiones artísticas en la protesta social, más allá del grafiti, la música o el muralismo.

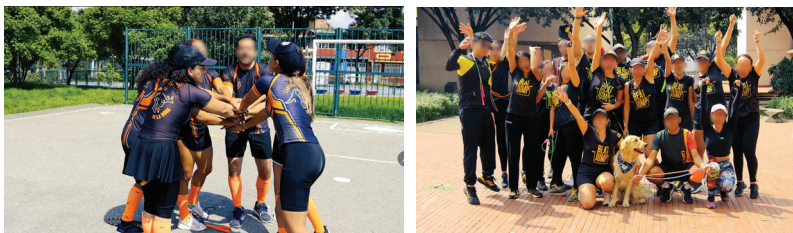
En ese sentido, el salto con cuerda se presenta como posibilidad de identidad, de reconocimiento y de tejido social. Cada encuentro abre y cierra caminos individuales y colectivos hacia una memoria compartida, mostrando que, en la cuerda, no solo se salta: también se resiste, se recuerda y se transforma (figuras 1 y 2).

Figura 1. Logos construidos por las propias comunidades, 2024



Fuente: tomado de Beat Jump [@beat.jumping] [imagen adjunta]. Instagram, 2025, <https://www.instagram.com/cangurosdelasoga?igsh=dWZod2lwYWlvODZp>

Figura 2. Encuentro del salto con cuerda-
Minidocumental *Saltando se resiste*



Fotografía tomada por Camila Andrea Bernal Espitia, 2024.

Contexto y antecedentes

Las calles de Bogotá han sido escenario de múltiples expresiones ciudadanas que desafían lógicas neoliberales y coloniales. Entre estas, el salto con cuerda emerge como una práctica colectiva que no solo promueve bienestar físico, sino que también resignifica el espacio

público. Por medio de festivales, encuentros barriales y talleres, las comunidades construyen lazos afectivos, identidades y relatos propios. Esta práctica dialoga con tradiciones internacionales como el *Double Dutch* afroamericano, que fue espacio de afirmación cultural y resistencia en comunidades marginadas.

En Colombia, a pesar de su presencia en escuelas y calles, el salto con cuerda se ha reducido a su dimensión técnica o deportiva. La investigación *Saltando se resiste: arte corporal comunitario y construcción de memoria en Bogotá* cuestiona esta visión utilitarista y propone reconocerla como una práctica viva, mutable y situada, profundamente entrelazada con valores comunitarios, creatividad y memoria.

Un mapa de antecedentes basado en más de ciento cincuenta fuentes muestra que, al investigarse desde el ocio contrahegemónico, la lúdica y la recreación comunitaria, esta práctica adquiere densidad artística, política y de memoria. La literatura converge en cinco planos que permiten situar la experiencia de Canguros de la Soga y Beat Jump:

1. *Ocio crítico y reapropiación del espacio público.* Torres (2022) advirtió que las instituciones pueden valerse del ocio como dispositivo de control. Incluso la Ley 115 de 1994 ignora el concepto de *ocio* y lo sustituye por “utilización adecuada del tiempo libre” (artículo 5). En Bogotá, el salto con cuerda desplaza esa tensión al espacio público, donde cuerda y cuerpo configuran un lenguaje popular que habilita el encuentro intergeneracional y produce memoria sensible.
2. *Imágenes, archivo vivo y subjetividades.* Según Silva *et al.* (2021), la imagen no solo es un dispositivo de poder, sino que también genera acciones contrahegemónicas. En las comunidades, los logos, los afiches y los mapas de recuerdos cumplen esta función, y se convierten en un archivo vivo que fija territorios, fechas y símbolos.
3. *Infrapolítica y ocio como reexistencia.* Para Osorio (2019), el ocio es un espacio-tiempo transformador que permite “rupturas

con la vida cotidiana”. Retomando a Scott (2004), como se citó en Osorio (2019), estas prácticas pueden leerse como un susurro colectivo que resiste en la cotidianidad urbana.

4. *Tradiciones afro/latinas y accesibilidad.* El *Double Dutch* confirma que el salto con cuerda es más que un juego: la complejidad de este juego infantil representa la complejidad de un pueblo (Scott-Simmons, 2007). En Bogotá, estas resonancias se actualizan: la cuerda es accesible y comunitaria, lo que la convierte en arte democratizador e identidad barrial.
5. *Política pública: derecho reconocido, brecha persistente.* El Plan Nacional de Recreación (Duque, 2015) promueve experiencias que excluyen la competencia y fomentan el compartir. Sin embargo, la investigación muestra que el salto con cuerda no aparece en los registros oficiales de asociaciones. Este desencuentro entre la política escrita y la práctica vivida hacen evidente la necesidad de documentar cómo la recreación popular produce arte, memoria y tejido social.

Figura 3. Mujeres saltando la cuerda



Con tacones, tenis o descalzas en el parque, la casa, en una feria o en la calle; saltamos desde siempre para reír, para jugar, para vivir. (Fragmento del diario personal de la autora, 2024)

Figura 4. Vigía del Fuerte (Antioquia, límites con Chocó), 2012



Fuente: fotografía tomada por Jair Bedoya en el proyecto Sadocu Inderdeporte.

Metodología

La investigación sigue un enfoque cualitativo y adopta la sistematización de experiencias como método, puesto que permite recuperar e interpretar procesos sociales, políticos y culturales vividos por las comunidades. Como señaló Mejía (2012), se trata de un proceso que rompe las dicotomías occidentales y reconoce que el conocimiento emerge de la acción, las emociones y los contextos.

El propósito metodológico fue problematizar la práctica del salto con cuerda como fenómeno que desborda lo deportivo y recreativo en su acepción tradicional, para convertirse en espacio de construcción de identidad, memoria y resistencia. Desde esta lógica, la comunidad es protagonista: sus voces reflexionan en torno a la práctica y tejen un saber colectivo que no es propiedad exclusiva de la academia, sino de quienes saltan y se organizan alrededor de la cuerda.

El trabajo de campo se llevó a cabo con Canguros de la Soga (fundado en el 2009 en Tunjuelito) y Beat Jump (creado en el 2020 en

Santa Fe). Se seleccionaron cinco participantes para entrevistas a profundidad, incluyendo a una menor de edad, lo cual implicó ajustes metodológicos y éticos.

Las técnicas empleadas incluyeron un autorrelato y diario personal para la reflexividad, observación participante en encuentros semanales (calentamiento, diálogo de saberes, práctica, coreografías, vuelta a la calma y “posacuerdo”), entrevistas en profundidad con guion flexible, construido a partir de una matriz de líneas de fuerza, y el uso del mapa de los recuerdos para la participante menor. Además, se recopilaron materiales gráficos (logos, afiches, fotografías), tratados como documentos culturales que condensan identidad y memoria.

El análisis siguió los pasos de la sistematización: transcripción, codificación abierta para identificar expresiones de resistencia y sentidos atribuidos a la práctica; codificación axial para articular categorías; y codificación selectiva para construir tramas explicativas, como el tránsito de juego escolar a arte comunitario o la tensión entre invisibilidad institucional y legitimidad barrial.

El rigor se aseguró mediante la triangulación de fuentes y técnicas, la devolución parcial de hallazgos a la comunidad, la reflexividad constante y la bitácora metodológica. En cuanto a la ética, se garantizó el consentimiento informado, el anonimato en los testimonios y la devolución de resultados como acto de reciprocidad.

En síntesis, la metodología permitió reconstruir la historia reciente de estas comunidades y comprender cómo sus prácticas cotidianas se transforman en actos de resistencia cultural y política. El entrelazamiento de relatos, observaciones y registros visuales hizo evidente que el salto con cuerda, aunque nace del juego, está profundamente arraigado en la memoria, la identidad y el derecho a habitar el espacio público (figura 5).

Figura 5. Cuadro puntos de encuentro y tensión

Entrevista	Hallazgo	Tensiones
Integrante 1	<ul style="list-style-type: none"> · Salto con cuerda como un estilo de vida. · Bienestar en todas sus dimensiones (social, física-corporal y emocional) 	<ul style="list-style-type: none"> · Horizonte del salto con cuerda en el país (Posible deporte de nueva tendencia vs Expresión artística hacia la creación y a la actividad física.
Integrante 2	<ul style="list-style-type: none"> · Procesos educativos no formales, no institucionalizados, ni homogéneos. 	<ul style="list-style-type: none"> · Homogenizaciones de los encuentros del salto con cuerda vs libre decisión de cómo desarrollar la práctica dependiendo de las características de la comunidad.
Integrante 3	<ul style="list-style-type: none"> · La música, las múltiples formas de enredar la cuerda, la coordinación de las cuerdas con los optros y otras reside la esencia del salto con cuerda. 	<ul style="list-style-type: none"> · Individualización de la práctica vs cohesión de las comunidades en cuanto a los nuevos integrantes.
Integrante 4	<ul style="list-style-type: none"> · El juego es y sigue siendo la semilla de la práctica del salto con cuerda. · Marginalización por parte de las instituciones en las que han tocado puertas para recibir apoyo en pos de mejorar las condiciones de la prácticas. · No buscan que la práctica del salto con cuerda se mercantilice, al contrario, los aportes monetarios se han efectuado para la mejora de los objetos (cuerdas), uniformes o pasajes en los eventos organizados por la misma comunidad y, a su vez, para apoyar fundaciones en fines sociales comunitarios. 	<ul style="list-style-type: none"> · Búsqueda de recursos ante las entidades gubernamentales vs organización de la comunidad por buscar sus propios recursos y darse a conocer de formas alternativas a las ya establecidas.
Integrante 5		

Fuente: elaboración propia.

Resultado

La sistematización de experiencias permitió reconocer que el salto con cuerda en las comunidades Canguros de la Soga y Beat Jump es mucho más que un juego: se configura como un acto de resistencia y reexistencia, en el que el cuerpo se convierte en lenguaje de memoria y transformación social.

Los relatos de los participantes evidencian cómo esta práctica impacta en su bienestar integral y en la construcción de lazos comunitarios. Un integrante de Canguros de la Soga afirmó:

Yo creo que la sociedad no lo nota, en mi trabajo no saben que practico este deporte; notan que tengo más energía y mejor estado físico, pero no saben que es gracias a la recreación. Desafortunadamente, cuando notan los cambios no saben que es tan fácil como salir a un parque y hacer algo diferente. (Comunicación personal, 2024)

Este testimonio refleja una resistencia frente a la desvalorización social de la recreación.

Por su parte, el líder de este colectivo compartió:

No soy el instructor, soy el profe; en el barrio ya me reconocen así. Hay momentos donde dicen: [sic] yo quiero llevar a mi hijo que salte, [sic] que comparta; es bonito. Los mismos amigos lo van viendo, nos observan y vamos compartiendo. (Comunicación personal, 2024)

Aquí la práctica trasciende el plano individual para convertirse en un elemento identitario y de reconocimiento barrial.

Según la lideresa de Beat Jump, la cuerda es una fuente de bienestar y compromiso social: “Significa vida, felicidad; no solo un motivo físico, también mental, un motivo para unirnos en una causa social, que en este caso es la ayuda y el apadrinamiento de los perros que habitan en la calle” (comunicación personal, 2024).

Una menor de doce años expresó: “Para mí es como una agrupación para hacer que todos se sientan unidos; al principio había muchos niños, entonces yo podía jugar más con ellos; ahora sigo jugando con adultos y jóvenes y con todos” (comunicación personal, 2024). Este relato muestra la dimensión intergeneracional de la práctica y su capacidad de tejer vínculos afectivos.

Otros participantes subrayaron su carácter transformador: “Cuando estamos en equipo y tenemos una meta en común, somos alguien en el espacio en el que pertenecemos y damos algo de lo que hacemos” (comunicación personal, 2024).

Para el líder de Canguros de la Soga: “Hay que vivir la experiencia de saltar la soga, porque no hay nada tan rico que [sic] tener una

cuerda y tan solo 15 minutos para vivir la vida” (comunicación personal, 2024).

Estos testimonios revelan que el salto con cuerda desafía la lógica utilitaria y productivista, permite “dar vía libre a la creatividad”, genera agencia colectiva y fortalece la memoria viva de la ciudad. Se trata de una práctica que rompe con la idea de ocio como tiempo residual, transformándose en espacio político y estético de resistencia cotidiana (figuras 6 y 7).

Figura 6. Encuentro del salto con cuerda-minidocumental Saltando se resiste



Fotografía tomada por Camila Andrea Bernal Espitia, 2024.

Figura 7. Mapa de los recuerdos 2024



Fuente: elaboración propia.

Conclusiones

La sistematización de experiencias con Canguros de la Soga y Beat Jump demuestra que el salto con cuerda en Bogotá es un fenómeno cultural y político que trasciende el juego o el deporte. Esta práctica se erige como arte corporal y recreación comunitaria, capaz de construir memoria colectiva y abrir espacios de reexistencia, donde el ocio deja de ser un “tiempo residual” para convertirse en un territorio de disputa frente a las lógicas productivistas y coloniales.

Desde la perspectiva de la recreación comunitaria crítica, el salto con cuerda redefine el sentido del espacio público: lo convierte en escenario de encuentro intergeneracional, de creación simbólica y de aprendizaje horizontal. La cuerda, por su materialidad simple y accesible, actúa como un dispositivo democratizador del arte, capaz de convocar y cohesionar sin requerir infraestructura ni mediaciones institucionales. Esta cualidad la transforma en un gesto estético de resistencia cotidiana, que desafía los imaginarios que reducen el ocio a mero entretenimiento o consumo.

El estudio confirma, además, que el salto con cuerda fortalece identidades barriales y subjetividades colectivas. La memoria que se teje en cada encuentro no constituye un simple registro del pasado, sino un ejercicio vivo de agencia comunitaria, en el cual el cuerpo deviene archivo y lenguaje político. Al mismo tiempo, cuestiona las políticas públicas que, aunque reconocen la recreación como derecho, continúan invisibilizando las prácticas populares y su potencial de transformación social.

En conjunto, el salto con cuerda se configura como un acto de arte y memoria en movimiento, un recurso pedagógico y político que, en tiempos de estallido social y pospandemia, demuestra que resistir y crear pueden ser la misma acción: una cuerda que, al girar, convoca, une y transforma la ciudad (figura 8).

*Figura 8. Encuentro del salto con cuerda.
Minidocumental Saltando se resiste- Cuerda Fest*



Fotografías tomadas por Camila Andrea Bernal Espitia y Santiago Bejarano, 2023- 2024.

Referencias

- Beat Jump [@beat.jumping]. (2025). Beat Jump [imagen adjunta]. Instagram. <https://www.instagram.com/beat.jumping?igsh=MTZsbXR2cGQ1d2QyeQ%3D%3D>
- Biblioteca Pública de Nueva York. (s. f.). *Mujeres saltando la cuerda frente a Perisphere*. <https://digitalcollections.nypl.org/items/2bd9e010-c540-012f-550b-58d385a7bc34?canvasIndex=0>
- Duque, D. (2015). Plan Nacional de Recreación 2013-2019, Estrategia Nacional de Recreación en Primera Infancia. 8.^{as} *Jornadas Iberoamericanas de Dirección y Gestión Deportiva y 1.º Congreso Internacional de Administración, Gestión y Gerencia en Organizaciones del Deporte, la Actividad Física, la Recreación y la Educación Física* (pp. 144-148). Instituto Universitario de Educación Física/ Universidad de Antioquia.
- Fino, K. (2024). *Saltando se resiste: recuperando las narrativas de las comunidades Canguros de la Soga y Beat Jump de Bogotá desde una valoración crítica de la recreación comunitaria* [Tesis de maestría]. Universidad Pedagógica Nacional. <http://repository.pedagogica.edu.co/handle/20.500.12209/20900>
- Ley 115 de 1994, (8 de febrero), por la cual se expide la ley general de educación. *Diario Oficial* 41.214.
- Mejía, R. (2012). *Sistematización. Una forma de investigar las prácticas y de producción de saberes y conocimiento*. Ministerio de Educación.
- Osorio, E. (2019). *Prácticas infrapolíticas en los espacios tiempos de ocio de un grupo de mujeres de América Latina*. Editorial Casa de las Preguntas.
- Scott-Simmons, W. (2007). *Self, other, and jump rope community: The Triumphs of African American women* [Doctoral dissertation]. Georgia Southern University. <https://digitalcommons.georgia-southern.edu/etd/507/>

- Silva, S.; Guzmán, N. y Carrillo, S. (2021). *Las imágenes deportivas mediadas en la configuración de las subjetividades juveniles* [Tesis de maestría]. Universidad Pedagógica Nacional. <http://repository.pedagogica.edu.co/handle/20.500.12209/703>
- Torres, L. (2022). *¿Cómo comprender el ocio como experiencia de sentido en la escuela?* [Tesis de maestría]. Universidad Pedagógica Nacional. <http://repository.pedagogica.edu.co/handle/20.500.12209/18389>

Fragmentos de un país que arde: visualidades en resistencia

*Andrés Felipe Mahecha Castrillón**

El presente capítulo forma parte del trabajo de grado *Clic, clic... ¡Boom!: Fotografía documental como artefacto contrahegemónico para la construcción de la memoria social y la cultura política, en el marco del estallido social colombiano (2018-2021)* (Mahecha Castrillón, 2025),¹ realizado en la Licenciatura en Ciencias Sociales de la Universidad Pedagógica Nacional de Colombia, dentro de la línea de investigación Formación Política y Memoria Social, del Departamento de Ciencias Sociales. Esta investigación estuvo bajo la dirección del profesor Wilson Armando Acosta Jiménez, y se inscribe en una tradición académica y pedagógica comprometida con la comprensión crítica de la memoria, la subjetividad y la acción política en el país.

Su pertinencia dentro de la convocatoria *Arte, política y memoria en la revuelta social* (UPN-Clacso, 2025) radica en que dialoga directamente con las temáticas propuestas. En primer lugar, se ofrece una reflexión conceptual sobre la revuelta social y los movimientos

* Licenciado en Ciencias Sociales (UPN). Fotógrafo e investigador de la movilización social y la memoria. Integrante del colectivo Kirus y exdelegado de comunicaciones de la UNEES (2018-2019). Ponente en la X Conferencia CLACSO (2025). Correo: dcs_af-mahechac428@pedagogica.edu.co

¹ Para ampliar y profundizar en el tema, se recomienda ver el trabajo de grado completo del cual se extrae este capítulo.

contemporáneos, entendidos no solo como hechos políticos, sino como territorios de disputa estética y simbólica. En segundo lugar, se presenta un análisis de caso situado en Colombia, que permite inscribir el estallido social dentro de las dinámicas latinoamericanas de protesta y movilización. En tercer lugar, se examina la fotografía documental como una de las expresiones artísticas de la protesta, en diálogo con otras formas creativas, como el muralismo, el grafiti o la performance, que marcaron la revuelta social en la región. En cuarto lugar, el *corpus* fotográfico se interpreta como narrativa visual de memoria y protesta, al mismo tiempo archivo sensible y práctica de denuncia. Finalmente, el capítulo se ocupa de pensar el papel del arte en la construcción de memoria, movimientos y justicia social, mostrando cómo las imágenes contribuyeron a la disputa por el sentido político de la calle y de la ciudadanía.

En este marco, el capítulo analiza críticamente un corpus de ocho imágenes producidas por Luis Carlos Ayala, Esteban Pérez, El Contestatario y Andrés Mahecha (autor de la investigación). Estas fotografías, realizadas en medio de marchas, bloqueos y enfrentamientos, no constituyen simples registros documentales, sino fragmentos de agencia visual y política que interpelan los relatos oficiales. La selección responde a criterios de potencia simbólica, capacidad de condensar gestos de resistencia y explicitación del posicionamiento ético y político de sus autores.

El análisis se organiza en torno a cinco hilos interpretativos:

1. *Narrativas visuales de resistencia*, donde se observa cómo los símbolos y objetos de poder son reapropiados en clave disidente.
2. *Memorias en disputa*, que muestran las imágenes como archivos vivos frente al olvido institucional y la impunidad, activando resistencia, denuncia y transmisión intergeneracional de sentidos.

3. *Agencia visual situada*, que hace énfasis en la implicación corporal y ética del fotógrafo como actor en la escena, no como testigo distante.
4. *Mediaciones pedagógicas críticas*, que reconocen la fotografía como recurso formativo y de reflexión política.
5. *Configuración simbólica de lo político*, donde los encuadres condensan rupturas en el orden social y en la visibilidad de los cuerpos movilizados.

Este capítulo sostiene que la fotografía documental del estallido social colombiano no fue un registro pasivo, sino un dispositivo contra-hegemónico que disputó sentidos de lo político, construyó memorias insurgentes y activó aprendizajes sociales. En este sentido, el análisis no se limita a describir imágenes, sino que desentraña los sentidos políticos, pedagógicos y éticos que emergen en ellas. El capítulo busca mostrar cómo la fotografía documental del estallido social colombiano, lejos de ser un registro pasivo, se constituye en un archivo vivo de disenso: un espacio donde los cuerpos se inscriben como lenguaje de resistencia, donde la memoria se activa como denuncia y donde la mirada situada del fotógrafo se vuelve acto político. Al articular estas dimensiones, se propone comprender las imágenes como dispositivos que además de representar la revuelta disputan el campo de lo sensible y abren preguntas críticas sobre visibilidad, justicia y dignidad en el marco de las luchas sociales contemporáneas.

Galería de las ocho imágenes del corpus fotográfico

Las siguientes fotografías conforman el corpus general de análisis. Cada una se presenta de manera condensada en la tabla, con la descripción básica, el autor y la referencia a los anexos donde se encuentran sus fichas técnicas y los análisis individuales completos. Este corpus constituye el punto de partida desde el cual se construyen las categorías interpretativas.

Tabla 1. Galería corpus fotográfico²

N.º	Fotografía	Descripción	Referencia en anexos
1		<p>Autor: Luis Carlos Ayala. Descripción: primer plano del rostro de un joven víctima ocular con una venda, en Bogotá, subida a Instagram el 18 de diciembre del 2019.</p>	<p>Anexo E. Ficha fotografía 1 (análisis en anexo F. Matriz de categorización)</p>
2		<p>Autor: Luis Carlos Ayala. Descripción: manifestante con la bandera de Colombia y una bomba molotov, calle 45 con carrera 30 de Bogotá, subida a Instagram el 13 de diciembre del 2019.</p>	<p>Anexo E. Ficha fotografía 2 (análisis en anexo F. Matriz de categorización)</p>
3		<p>Autor: Esteban Pérez. Descripción: un agente del ESMAD apuntando con una escopeta; tomada en Suba, Bogotá, subida a Instagram el 10 de agosto del 2021.</p>	<p>Anexo E. Ficha fotografía 3 (análisis en anexo F. Matriz de categorización)</p>

² Se observa que en algunas fotografías las fechas de publicación en Instagram son muy posteriores a la fecha en que se tomaron. Todas las imágenes fueron tomadas en el periodo 2018-2021.

N.º	Fotografía	Descripción	Referencia en anexos
4		<p>Autor: Esteban Pérez. Descripción: enfrentamiento entre manifestantes y el ESMAD, capturado frente al CAI de Villa Luz en Bogotá, subida a Instagram el 27 de enero del 2021.</p>	<p>Anexo E. Ficha fotografía 4 (análisis en anexo F. Matriz de categorización)</p>
5		<p>Autor: El Contestatario. Descripción: la madre y la hermana de Dilan Cruz portando su retrato, en una manifestación nocturna en Bogotá, subida a Instagram el 24 de noviembre del 2020.</p>	<p>Anexo E. Ficha fotografía 5 (análisis en anexo F. Matriz de categorización)</p>
6		<p>Autor: El Contestatario. Descripción: homenaje a don Raúl Carvajal, capturado en la av. Jiménez con séptima en Bogotá, subida a Instagram el 14 de junio del 2021.</p>	<p>Anexo E. Ficha fotografía 6 (análisis en anexo F. Matriz de categorización)</p>

N.º	Fotografía	Descripción	Referencia en anexos
7		<p>Autor: Andrés Mahecha. Descripción: multitud en el refugio humanitario en la Plaza de Toros La Santamaría en Bogotá, subida a Instagram el 11 de marzo del 2024.</p>	<p>Anexo E. Ficha fotografía 7 (análisis en anexo F. Matriz de categorización)</p>
8		<p>Autor: Andrés Mahecha. Descripción: persona sosteniendo un cartel de denuncia con una cacerola, fotografiado en la Alcaldía Local de Kennedy en Bogotá; subida a Instagram el 11 de marzo del 2024.</p>	<p>Anexo E. Ficha fotografía 8 (análisis en anexo F. Matriz de categorización)</p>

Fuente: elaboración propia.

Para efectos de claridad, en el análisis las fotografías se referenciarán según el número que ocupan en esta galería (foto 1, foto 2...). Esta forma de citación busca que el lector pueda regresar fácilmente a la tabla inicial para ubicar la imagen correspondiente, sin necesidad de interrumpir la lectura yendo a los anexos. No obstante, conviene señalar que la galería está construida con base en dichos anexos, por lo que quienes deseen profundizar en los aspectos técnicos o en el análisis individual de cada imagen encontrarán allí toda la información complementaria.

La lectura que aquí se propone no responde a una lógica autoral ni cronológica, ni se detiene en aspectos técnicos o estilísticos. En lugar de ello, se adopta una interpretación situada y transversal que reconoce las fotografías como dispositivos visuales en los que se articulan prácticas de resistencia, duelo, denuncia, pedagogía y confrontación política. El análisis parte de un enfoque cualitativo de corte hermenéutico, atento a los sentidos que emergen en los contextos de producción, circulación y resignificación de las imágenes.

Con este horizonte, se definieron cinco hilos interpretativos que permiten rastrear constantes visuales, éticas y simbólicas en el corpus: narrativas visuales de resistencia, memorias en disputa, agencia visual situada, mediaciones pedagógicas críticas y configuración simbólica de lo político. Estas categorías no se conciben como compartimentos estancos, sino como ejes móviles de lectura que cruzan imágenes, contextos, discursos y gestos. A su vez, dialogan con los conceptos trabajados en el marco teórico, particularmente con las nociones de memoria social, cultura política, visualidad crítica y mediación pedagógica.

Imágenes ancla

Con el fin de dar mayor coherencia y profundidad al análisis, cada hilo se organiza en torno a una imagen ancla. Estas fotografías fueron seleccionadas por su potencia representativa, su capacidad de condensar problemáticas clave y su apertura simbólica hacia otras escenas del archivo. Más que ejemplos ilustrativos, funcionan como nodos de lectura: puntos de entrada a universos de sentido que permiten pensar la imagen no como evidencia cerrada, sino como territorio en disputa. En cada caso, la fotografía escogida establece un cruce entre el gesto, el contexto y la mirada del autor, que además de lo que se muestra, también revelan desde dónde y para qué se mira.

Tabla 2. Imagen ancla

Hilos analíticos	Imagen propuesta	Autor	Justificación principal
1. Narrativas visuales de resistencia	Luis Carlos Ayala—foto 2 (Joven con bandera y molotov)	Luis Carlos Ayala	Imagen potente por la resignificación simbólica de la bandera nacional y el cuerpo insurgente. Contiene una narrativa de resistencia explícita, visualmente disruptiva y con fuerte carga política. Permite analizar la insurgencia estética y los lenguajes del disenso en los imaginarios de protesta juvenil.
2. Memorias en disputa	El Contestario- foto 5 (Madre y hermana de Dilan Cruz)	El Contestario	Imagen íntima y profundamente testimonial. La escena es clave para analizar la disputa por el sentido de la muerte de Dilan, la apropiación del espacio público por parte de la familia y la construcción visual de memoria con base en el afecto. Potente para interpelar tanto el olvido institucional como la exigencia de verdad de las víctimas.
3. Agencia visual situada	Esteban Pérez—foto 3 (ESMAD en primer plano durante desalojo en Suba)	Esteban Pérez	El encuadre frontal y el riesgo del fotógrafo revelan de forma explícita una agencia visual crítica, comprometida y situada. Es una de las imágenes más claras para ilustrar la mirada ética del autor, su posicionamiento político y la cercanía al conflicto. Además, articula la tensión entre el acto de documentar y el ejercicio de resistencia visual.
4. Mediaciones pedagógicas críticas	Andrés Mahecha—foto 8 (“Me faltan 18 estudiantes”-cacerolazo con cartel)	Andrés Mahecha	Imagen con alta potencia pedagógica: el cartel, el gesto y el ambiente remiten a prácticas cotidianas de denuncia y memoria. Ideal para articular las dimensiones de la educación popular, el duelo colectivo y el papel de la imagen como recurso de formación crítica. Además, es la única con una dimensión pedagógica formalmente desarrollada en el anexo].
5. Configuración simbólica de lo político	Esteban Pérez—foto 4 (Confrontación frente al CAI de Villa Luz-salto frente al escudo del ESMAD)	Esteban Pérez	Imagen que condensa el conflicto entre ciudadanía y aparato estatal. La patada al escudo es una metáfora visual contundente del quiebre del orden institucional, y permite leer el cuerpo en acción como portador de política. Simboliza la ruptura del pacto social y articula múltiples sentidos de lo político encarnados en la protesta.

Fuente: elaboración propia.

A partir de estas cinco fotografías se despliega el recorrido analítico por los hilos interpretativos, entendiendo que cada una establece relaciones con el resto del corpus, con los relatos de las entrevistas y con los marcos conceptuales que fundamentan esta investigación. Las imágenes ancla no sustituyen a las demás, sino que permiten abrir caminos de lectura que remiten a un universo visual más amplio y complejo.

En los apartados siguientes, cada hilo analítico se presenta como una deriva interpretativa situada. Allí, las fotografías serán referenciadas siempre con el número asignado en la galería inicial, de modo que el lector pueda volver fácilmente a esa tabla para identificar la imagen. Mientras tanto, los anexos permanecen como fuente principal para quien quiera profundizar en detalles técnicos o en análisis individualizados.

Lo que sigue, entonces, no es una lectura técnica ni exegética, sino una narrativa crítica que interroga la potencia política de lo visual en contextos de revuelta y duelo. Cada hilo despliega una exploración abierta en la que el lenguaje visual se encuentra con los cuerpos que lo producen, los territorios que lo atraviesan y los sentidos que lo hacen vibrar.

Narrativas visuales de resistencia

Entre los múltiples lenguajes visuales que emergieron durante el estallido social en Colombia, algunas imágenes condensaron con fuerza simbólica el gesto de la desobediencia. No se trata de una iconografía espontánea, sino de una construcción visual deliberada que resignifica objetos de poder —como la bandera nacional, el fuego o el uniforme policial— para convertirlos en herramientas de confrontación simbólica. En este hilo analítico, la resistencia no se entiende como un simple acto de oposición, sino como un gesto

visual encarnado, colectivo y performativo, que irrumpe en los discursos dominantes para abrir otros sentidos de lo político.

La imagen seleccionada como ancla fue tomada por Luis Carlos Ayala el 13 de diciembre del 2019, durante el Paro Nacional universitario. En ella, un joven manifestante aparece de espaldas, envuelto en una bandera de Colombia que se tensa sobre su torso mientras sostiene en alto una molotov encendida. La escena ocurre en plena vía pública, con el fondo desenfocado dominado por la presencia ominosa de una tanqueta antidisturbios. El plano medio posterior y la nitidez de la llama crean una composición cargada de inminencia, donde el cuerpo en tensión anuncia una acción sin necesidad de mostrar su desenlace. La fotografía fue difundida por el autor en Instagram, donde alcanzó más de cuatro mil interacciones, con un pie de foto que sintetiza la intensidad del momento: “Tres lavadas de la tanqueta ameritaron el riesgo de estar cerca para poder lograr estas imágenes”.

Foto 2. Joven con bandera y molotov durante el Paro Nacional Universitario



Fuente: tomada por Luis Carlos Ayala, 13 de diciembre del 2019.

El plano medio posterior de la imagen permite ver al joven de espaldas, con el cuerpo arqueado y la bandera tensada sobre el torso, como si esta cubriera —y a la vez revelara— su posición frente al poder. La molotov encendida brilla con nitidez frente al fondo urbano desenfocado, dominado por la silueta metálica de la tanqueta. El encuadre sitúa al fuego, a la molotov y a la acción como un elemento central de la escena, amplificando su carga simbólica. La inminencia del gesto no es satanizada, sino contenida en una composición tensa que sugiere —más que muestra— la acción por venir.

Lejos de tratarse de una exaltación de la violencia, la fotografía plantea una ruptura visual: la bandera ya no representa el consenso nacional, sino la apropiación crítica del símbolo por parte de quienes han sido históricamente excluidos. Antes que como una amenaza, la molotov se presenta como signo performativo de autodeterminación y resistencia. En palabras del autor, quien compartió la imagen con el pie de foto “Tres lavadas de la tanqueta ameritaron el riesgo de estar cerca para poder lograr estas imágenes”, se evidencia una decisión ética de cercanía con la escena, incluso a costa del riesgo físico.

Esta agencia visual situada también se manifiesta en la elección del encuadre: Ayala no busca la heroicidad del rostro, sino el anonimato insurgente de la espalda. Al no mostrar el rostro del manifestante, la imagen desindividualiza la acción, destacando su carácter colectivo y simbólico. Así, el cuerpo se vuelve signo, y la fotografía, archivo de una resistencia que interpela a partir del gesto, no con base en el espectáculo.

Este tipo de narrativa visual dialoga con otras imágenes del corpus que refuerzan la resignificación simbólica del cuerpo y del espacio. En la fotografía de Esteban Pérez donde se muestra al ESMAD en primer plano durante un desalojo en Suba (foto 3), se invierten los roles de visibilidad: el aparato represivo aparece desestabilizado, observado y confrontado. El lente apunta hacia el escudo, desplazando la mirada habitual. En otra imagen de Pérez (foto 4),

un manifestante ejecuta un salto con la pierna extendida hacia los escudos policiales, en un gesto frontal de ruptura. Ambas escenas refuerzan la lógica de lo visual insurgente, donde la ciudadanía no solo resiste, sino que también produce lenguaje político a partir del cuerpo en tensión.

En términos teóricos, esta categoría se enlaza con la propuesta de Feld y Stites (2009), quienes afirman que el fuego en las imágenes documentales no solo se observa, sino que activa memorias vivas. Desde una lectura de cultura política visual, Herrera *et al.* (2005) plantean que los cuerpos en acción desobedecen narrativas hegemónicas y reescriben el espacio público como terreno simbólico de disputa. Por su parte, Sánchez Moreno (2011) introduce el concepto de *insurgencia estética* como una forma de acción no decorativa, sino radical, que convierte los signos visuales en dispositivos de lucha por la dignidad.

Sin embargo, no deja de emerger una tensión crucial: ¿Qué límites éticos atraviesan la representación de un objeto como la molotov? ¿Dónde termina la documentación crítica y dónde puede comenzar la estetización de la violencia? Esta ambivalencia obliga a leer la imagen desde su contexto, desde su inscripción política y desde la intención que la sostiene.

En síntesis, las narrativas visuales de resistencia no celebran el enfrentamiento, pero tampoco lo ocultan. Lo interrogan desde sus símbolos, sus gestos y su potencia disruptiva. La imagen ancla, al encapsular la bandera y el fuego en un mismo encuadre, reconfigura lo visible: lo que fue insignia del Estado ahora es manto de rebeldía; lo que fue amenaza, ahora es signo de dignidad. Así, el cuerpo insurgente no solo ocupa el espacio público, sino que lo reescribe, lo performa y lo convierte en archivo vivo de disenso.

Memorias en disputa

Las memorias en disputa que emergen en este corpus fotográfico configuran un campo de tensión entre el olvido institucional y la persistencia afectiva de las víctimas. A diferencia de los relatos oficiales, que tienden a clausurar el pasado con declaraciones de cierre o narrativas de reconciliación abstracta, estas imágenes documentales reabren heridas, confrontan la impunidad y transforman el duelo privado en acto político. La fotografía, en este caso, no solo da testimonio: construye archivo, sostiene la demanda de justicia y habilita formas de resistencia desde el afecto.

La imagen ancla de este hilo, capturada por El Contestatario el 24 de noviembre del 2020, muestra a la madre y la hermana de Dilan Cruz sosteniendo un retrato suyo, intervenido con flores y consignas, junto a un cartel que exige justicia. La escena tiene lugar durante una movilización nocturna conmemorativa, en el aniversario del asesinato de Dilan a manos del ESMAD, en el centro de Bogotá. Esta imagen, inscrita en la categoría “resistencia afectiva frente a la impunidad” dentro de la matriz de categorización visual, se convierte en un artefacto visual de memoria viva.

Foto 5. “¿Dónde está la justicia?”



Fuente: tomada por El contestatario, noviembre de 2020.

El plano medio nocturno de la escena enmarca a las dos mujeres de pie, en posición frontal, sosteniendo el retrato de Dilan Cruz como quien ofrece una prueba y exige una respuesta. Aunque sus rostros están parcialmente cubiertos por tapabocas, sus gestos corporales —firmes, contenidos— transmiten dignidad, no victimización. El retrato intervenido, acompañado de flores, velas y un retablo con la consigna “No más ESMAD” transforma el duelo en lenguaje político. No se trata de una conmemoración neutra, es una interpelación directa a la responsabilidad estatal.

El autor, en su pie de foto —“¿Dónde está la justicia?”—, encuadra el sentido ético de la toma. Su cámara no invade ni espectaculariza: se ubica frente a la escena con respeto, protegiendo el anonimato parcial, pero permitiendo que la fuerza del gesto se comunique.

Como en otras imágenes del corpus, se advierte una decisión estética y política clara: no estetizar el dolor, sino documentarlo desde la dignidad y la persistencia. El duelo aquí no cierra nada. Lo mantiene abierto, como herida pública.

Esta imagen encuentra eco en otras dos fotografías del corpus que amplían el espectro de esta memoria disputada. La primera, capturada por Luis Carlos Ayala, muestra a Cristian, un joven con una venda ensangrentada que cubre uno de sus ojos, tras ser herido por el accionar del ESMAD (foto 1). En ese primer plano, la mirada dolorosa de Cristian no suplica, interpela. La venda, en lugar de esconder, expone la violencia estatal y convierte el rostro herido en signo de denuncia colectiva.

La segunda imagen, también de El Contestatario, retrata un homenaje urbano a don Raúl Carvajal, cuyo hijo fue víctima de desaparición forzada, y él durante muchos años vivió exigiendo justicia (foto 6). En esta escena, el duelo no se expresa por medio del llanto ni de lo íntimo, sino como una acción ritual sostenida en el espacio público. La persistencia de los carteles, las flores y la presencia del nombre de Raúl configuran una memoria que se rehúsa a desaparecer.

Las tres imágenes —Dilan, Cristian y Raúl— construyen un archivo de memorias insumisas, en el cual el rostro, la herida y el retrato funcionan como soportes simbólicos. Ninguna apuesta por el anonimato total, pero ninguna cae en la sobreexposición emocional. En todas, el rostro se resignifica: aparece intervenido, cubierto, ritualizado. No es el rostro del mártir; es, en cambio, el del sobreviviente, el del que exige, el del que no olvida.

Desde el marco conceptual, este hilo se articula con la idea de memoria como práctica situada (Jelin, 2002), en la cual el acto de recordar no se limita al homenaje, sino que se convierte en ejercicio de denuncia y exigencia. En línea con Feld y Stites (2009), la imagen, antes que como cierre del duelo, funciona como archivo activo, que lo mantiene vivo en el espacio común. Asimismo, la mirada del

fotógrafo encarna lo que Susan Sontag (2006) denomina “visualidad ética”: una manera de representar el dolor sin explotarlo, permitiendo que hable sin ser silenciado ni mercantilizado.

No obstante, estas formas de memoria también enfrentan una tensión latente: ¿Qué implica trasladar el duelo al espacio público? ¿Qué fronteras se cruzan entre lo íntimo y lo político, entre la denuncia y el desgaste simbólico? La exposición, aun cuando es digna, no está exenta de riesgos: el de ser banalizada, ignorada o instrumentalizada por los mismos discursos que se pretende disputar.

En síntesis, las memorias en disputa que circulan en este archivo visual no buscan cerrar heridas, sino mantenerlas visibles, activas y en tensión con los relatos dominantes. Las fotografías no registran un pasado clausurado: convocan una verdad inconclusa. En cada gesto —una venda, un retrato, una flor— se articula una apuesta por hacer del recuerdo una forma de resistencia.

Intención, mirada y encuadre: agencia visual situada

La agencia visual situada interpela directamente la noción de una mirada documental neutral o distante. En los contextos de protesta y represión, el encuadre fotográfico no es un simple recurso técnico, sino una declaración ética: ¿desde dónde se mira?, ¿a qué distancia?, ¿en qué posición física se sitúa el cuerpo del fotógrafo respecto al conflicto? La cámara, como prolongación del cuerpo, define alianzas, toma partido y asume riesgos. En este hilo, se exploran aquellas decisiones compositivas y de campo que configuran una mirada encarnada, comprometida y deliberadamente implicada.

La imagen ancla de este bloque, capturada por Esteban Pérez el 9 de agosto del 2021 durante el desalojo del campamento ambientalista en el humedal Juan Amarillo (Suba, Bogotá), ofrece una representación contundente de esta agencia. En ella, un agente del ESMAD

apunta su escopeta directamente hacia la cámara. La fotografía fue registrada en el marco del Paro Nacional y difundida en redes sociales como denuncia de la represión estatal contra defensores del territorio. Dentro de la matriz de categorización visual, se inscribe como ejemplo de “reencuadre ético del poder represivo”, condensando el conflicto en un gesto visual de altísima tensión simbólica.

Foto 3. Represión en el campamento Juan Amarillo



Fuente: tomada por Esteban Pérez, 9 de agosto de 2021.

En la composición, la escopeta domina el primer plano y se proyecta directamente hacia el lente, como si la cámara estuviera en la línea de fuego. Detrás del arma, el rostro cubierto del agente emerge apenas, vigilante, casi anónimo. La luz del día resalta el metal, mientras que el fondo urbano se disuelve en una ligera penumbra, que borra los detalles secundarios y acentúa la tensión entre lente y cañón. Esta imagen no solo denuncia la violencia: la encarna en su propia estructura visual.

La elección de este encuadre no es inocente. Como anota el autor en su publicación —“un SITP terminó en llamas, un gato muerto

presuntamente por una aturdidora, varios heridos y dos capturados dejó la jornada”—, la jornada fue tensa, violenta y caótica. Esteban Pérez no optó por la distancia de seguridad ni por un lente de largo alcance: se posicionó de frente, al nivel del arma. Su cuerpo, ausente en la fotografía pero implícito en su cercanía al peligro, revela una toma de postura clara. La cámara se convierte así en testigo vulnerable, en cuerpo político que documenta desde el riesgo y no desde la evasión.

Este tipo de mirada dialoga con otras imágenes del corpus en las que la agencia visual del fotógrafo está igualmente implicada. Una de ellas, también de Esteban Pérez, registra el salto de un manifestante contra un escudo del ESMAD (foto 4), durante una confrontación en Villa Luz. La fotografía fue tomada desde un ángulo bajo, casi a ras de suelo, lo que permite capturar la acción suspendida en el aire como si el fotógrafo mismo estuviera dentro del enfrentamiento. La decisión de ese encuadre no responde únicamente a la estética del movimiento: convierte al fotógrafo en actor situado dentro del campo de conflicto.

Otra imagen, esta vez de Andrés Mahecha, muestra un cacerolazo estudiantil en el que una persona sostiene un cartel con la frase “Me faltan 18 estudiantes” (foto 8). La cámara se ubica a corta distancia, entre la multitud, casi al mismo nivel del cartel. No hay encuadre aéreo ni plano general: la proximidad genera intimidación, pero también implica una opción ética de acompañamiento, no de observación distante.

En todas estas imágenes, la agencia visual no se limita a lo técnico: implica asumir el cuerpo como vector de sentido. Se trata de lo que Sánchez Moreno (2011) denomina *práctica fotográfica situada*, en la cual el acto de mirar se ancla en un posicionamiento político explícito. En términos de Azoulay (2021), el fotógrafo entra en un “contrato civil de la mirada”, asumiendo la responsabilidad de mirar de cerca lo que muchas veces el poder quiere mantener fuera de cuadro.

Esta forma de implicación, sin embargo, no está exenta de tensiones. ¿Hasta qué punto la presencia del fotógrafo modifica la escena? ¿Puede la cercanía condicionar el comportamiento del retratado? ¿Qué se gana y qué se arriesga al elegir un lugar de enunciación tan expuesto? La deliberada colocación de la cámara frente al arma fortalece la denuncia, pero también visibiliza los límites del acto de documentar.

En síntesis, el hilo de agencia visual situada permite comprender que mirar también es actuar. La fotografía, en estos casos, se vuelve un gesto corporal que asume el riesgo, se implica con el conflicto y disputa el control simbólico del espacio. La cámara no se limita a registrar: se convierte en instrumento de confrontación, presencia política y ejercicio ético de la mirada.

Mediaciones pedagógicas críticas

En los contextos de protesta social, las imágenes documentan la rabia, la represión o la resistencia, pero también enseñan. Este hilo analítico explora las formas en que ciertas fotografías del corpus se configuran como dispositivos de mediación pedagógica crítica. No se trata de imágenes educativas en el sentido tradicional, sino de registros que activan aprendizajes sociales, visibilizan la violencia desde una perspectiva formativa y convierten el espacio público en aula abierta. La calle es el escenario, el cartel es el pizarrón, el cuerpo en duelo se transforma en vocero de memoria crítica.

La imagen ancla de este bloque, tomada por Andrés Mahecha el 23 de noviembre del 2019 durante un cacerolazo en la Alcaldía Local de Kennedy (Bogotá), sintetiza este giro pedagógico. En ella, un manifestante alza una cacerola y una pancarta escrita a mano que reza: “Me faltan 18 estudiantes en clase. LOS MATARON”. Aunque fue publicada tiempo después —el 11 de marzo del 2024— en una cuenta

alternativa, la imagen reaparece como archivo activado, que interpela nuevamente desde la ausencia. En la matriz de categorización visual, esta escena se vincula a la categoría como “gesto y denuncia escrita como aula abierta”. Aquí, el cartel deja de ser simple soporte de protesta: se convierte en lección.

Foto 8. Cacerolazo en Kennedy



Tomada por: Andrés Mahecha, 23 de noviembre de 2019.

El encuadre prioriza el texto manuscrito, lo que transforma la pancarta en centro del mensaje visual. La cacerola en la otra mano invoca el recurso sonoro del cacerolazo, mientras el uso del blanco y negro elimina distracciones, enfocando la atención en el gesto y la

palabra. La toma, realizada a distancia media, respeta la corporalidad del manifestante sin diluir el mensaje, permitiendo que la escena conserve su fuerza sin recurrir a la exposición directa del rostro.

El contexto sociopolítico de la fotografía refuerza su potencia formativa: fue tomada horas después del asesinato de Dilan Cruz, convertido rápidamente en símbolo de la lucha contra la violencia policial en Colombia. En ese marco, el cartel no solo denuncia, sino que enseña. Aunque la frase escrita no remite a contenidos curriculares, convoca una verdad dolorosa: hay estudiantes que ya no regresarán al aula. Y ese dato, brutalmente simple, es la lección. La cacerola amplifica ese mensaje sin necesidad de palabras habladas. Es protesta y pedagogía a la vez.

En sus propias palabras, el autor señala que la imagen corresponde a “el día en que Dilan Cruz recibe el disparo del ESMAD”, y que el caso se convirtió en un símbolo de lucha. Pero más allá del dato, la imagen revela una agencia doble: corporal en el momento del registro, y editorial en el acto de reactivarla años después, cuando la publicación original fue censurada o desaparecida. El gesto de volver a compartirla no es nostálgico, es formativo: reabre la pregunta, reactiva la denuncia, interpela otra vez.

Este hilo dialoga con otras imágenes del corpus en las que el elemento didáctico se construye a partir del cuerpo herido o del ritual conmemorativo. El retrato de Cristian, con una venda ensangrentada sobre el ojo (foto 1), funciona como evidencia corporal y como advertencia visual: el rostro herido enseña sin palabras. Por su parte, el homenaje a don Raúl Carvajal (foto 6), con altar urbano, velas y cartel, transforma el duelo por desaparición forzada en lección comunitaria sobre memoria y resistencia.

En las tres imágenes, se activa una pedagogía no formal: una enseñanza desde abajo, inscrita en la calle, sostenida en el dolor y en el deseo de justicia. Mientras la imagen de Cristian trabaja a partir de la exposición directa del rostro, y la de don Raúl desde el ritual

colectivo, la fotografía de Mahecha hace énfasis en el texto como vector de sentido, sin necesidad de mostrar heridas físicas. La pancarta y la cacerola bastan para convocar al aprendizaje.

A la luz del marco teórico, esta articulación se puede leer a partir de tres claves. En primer lugar, Paulo Freire (2005) propone una pedagogía crítica que transforma la denuncia en acto formativo. Aquí, el cartel opera como pizarrón de contestación: interpela al espectador desde una verdad incómoda. En segundo lugar, Feld y Stites (2009) advierten que el archivo fotográfico se activa pedagógicamente cuando la imagen enseña desde lo no resuelto, desde la herida abierta. Finalmente, Fals Borda (1970) plantea que la educación popular reescribe el pasado como práctica de lucha y enseñanza colectiva, y eso es precisamente lo que hacen estas imágenes: enseñan la historia desde la experiencia de la calle, no desde el texto escolar.

Pero esta potencia pedagógica también implica tensiones: ¿Cómo evitar que el gesto de enseñanza se convierta en consigna vacía o en espectáculo del dolor? ¿Dónde está el límite entre mostrar para formar y sobreexponer para impactar? La fotografía de Mahecha resuelve esta tensión privilegiando la palabra escrita sobre el cuerpo, generando un gesto didáctico que no vulnera, sino que propone.

En síntesis, las mediaciones pedagógicas críticas que emergen en este corpus visual permiten pensar la protesta como pedagogía, el cartel como clase y la imagen como archivo formativo. La lección no está en el aula, está en la calle. Y no se enseña con libros, sino con memoria viva, con duelo colectivo y con palabras que resisten la desmemoria.

Configuración simbólica de lo político

Este hilo analítico aborda cómo ciertas fotografías del corpus no se limitan a documentar hechos de confrontación, sino que organizan visualmente las tensiones centrales del orden político. En contextos

como el del estallido social colombiano, la disputa por el poder no ocurre únicamente en el plano institucional o discursivo: también se inscribe en gestos visibles, en escenas donde cuerpos, símbolos y composiciones visuales condensan rupturas profundas. Las imágenes aquí analizadas no retratan simplemente enfrentamientos; configuran el campo simbólico en el que lo político se hace visible, se disputa y se resignifica.

La imagen ancla de este bloque, tomada por Esteban Pérez durante las protestas del 9 de septiembre del 2020 frente al CAI de Villa Luz, muestra a un manifestante encapuchado saltando hacia una línea del ESMAD con una pierna extendida. La toma fue publicada el 27 de enero del 2021 y en la matriz de categorización visual se anota como “ruptura del consenso represivo”. El salto es movimiento, pero también es símbolo de ruptura. Este gesto, suspendido en el aire, condensa la tensión entre orden y desobediencia, entre control y agencia ciudadana.

Foto 4. Confrontación frente al CAI Villa Luz



Fuente: tomada por Esteban Pérez, 9 de septiembre de 2020.

La fotografía, tomada en plano general con luz natural, muestra al manifestante en el centro del encuadre, con una pierna extendida justo antes del impacto. Frente a él, una fila de escudos policiales se mantiene firme, mientras al fondo se encuentran una camioneta de la Fiscalía y varios fotógrafos u observadores. El momento es tenso, preciso, cargado de una fuerza simbólica que no requiere palabras: el cuerpo salta, el poder se atrinchera.

En términos éticos y políticos, esta imagen no glorifica el enfrentamiento: lo interroga. La irrupción del cuerpo disidente no es aquí un espectáculo vacío, sino una ruptura del consenso represivo. La línea policial representa el cierre institucional del conflicto; el salto lo irrumpe, lo abre, lo visibiliza. El gesto se convierte en símbolo, y la fotografía lo registra sin estetizarlo ni neutralizarlo.

El posicionamiento del fotógrafo es clave. Esteban Pérez se ubica en un eje bajo, a pocos metros del momento de acción, sin teleobjetivos ni barreras. Este encuadre no busca el dramatismo, sino la implicación. Permite ver la escena desde un lugar cercano, pero no invasivo. En esa decisión técnica hay una lectura política: mirar desde abajo, desde donde emerge el gesto, no desde donde se evalúa o se juzga.

Esta imagen dialoga estrechamente con otras tres del corpus: la de la molotov envuelta en bandera (foto 2), la de la escopeta apuntando a la cámara (foto 3) y la de la ocupación del Refugio Humanitario en la Plaza de Toros (foto 7). La primera resignifica el símbolo nacional por medio del cuerpo insurgente y hace evidente cómo los jóvenes transforman la bandera en instrumento de protesta. En la segunda, la escopeta apuntando al lente evidencia la tensión entre el poder estatal y la mirada del fotógrafo, lo que convierte el acto de documentar en gesto político implicado. La tercera, con la ocupación del Refugio Humanitario, muestra cómo el cuerpo colectivo se apropia del espacio público para denunciar, lo que establece un contrapunto entre visibilidad y acción política. En las tres, la neutralidad se rompe: el conflicto se instala en el centro de lo visible y las

fotografías dialogan entre sí, articulando narrativas de resistencia, agencia y resignificación simbólica.

Las conexiones entre estas imágenes son tanto compositivas como simbólicas. Ayala trabaja con el fuego y la bandera; Pérez con el gesto suspendido y el ángulo comprometido, y Mahecha la apropiación del espacio. En todas, el orden representado por el aparato estatal es interpelado por cuerpos que no se someten, que irrumpen, que denuncian. Son visualidades que no solo muestran la violencia, sino que narran la disputa por el sentido de lo político.

Desde una perspectiva conceptual, esta categoría se vincula con dos ejes fundamentales del marco teórico. Primero, Herrera *et al.* (2005) señalan que la cultura política visual se construye desde gestos que resignifican el espacio público como terreno de disputa. Aquí, la calle es más que un lugar de paso: es escenario de conflicto simbólico. Segundo, Sánchez Moreno (2011) plantea que la insurgencia estética convierte actos de desobediencia en dispositivos simbólicos que alteran los significados hegemónicos y reconfiguran lo visible. El salto del manifestante no es un gesto vacío: es archivo de una voluntad de ruptura, de un desacuerdo que se hace imagen.

Pero también hay tensiones. ¿Puede la potencia simbólica del gesto eclipsar la complejidad del conflicto que lo origina? ¿Hasta qué punto la iconicidad de una imagen puede reducir o simplificar la multiplicidad de voces que habitan la movilización? Estas preguntas no niegan el valor documental de la fotografía, pero invitan a leerla críticamente, reconociendo tanto su fuerza como sus límites.

En síntesis, la configuración simbólica de lo político en el corpus fotográfico analizado se manifiesta en gestos que interrumpen la lógica del orden. La imagen no es solo un registro del enfrentamiento: es una construcción simbólica que eleva el instante a territorio de interpretación pública. El cuerpo suspendido en el aire no celebra la violencia: la inscribe como tensión irresuelta, como pregunta abierta sobre la legitimidad, el poder y la ciudadanía en disputa.

Del encuadre a la tensión: hallazgos y sentidos emergentes del análisis fotográfico

El análisis transversal del corpus fotográfico, organizado en torno a cinco hilos analíticos, permite identificar patrones de sentido, condensaciones simbólicas y ciertas ausencias elocuentes que enriquecen la comprensión de estas imágenes como artefactos de memoria, denuncia y formación.

Uno de los hallazgos más consistentes es la centralidad del cuerpo como lugar de inscripción política: cuerpos que resisten, que irrumpen, que enseñan, que interpelan. Desde la molotov envuelta en la bandera (narrativas visuales de resistencia) hasta el salto suspendido frente al CAI (configuración simbólica de lo político), el cuerpo aparece no solo como objeto representado, sino como sujeto de agencia, como lenguaje visual de disenso que transforma el espacio público en escenario de disputa simbólica.

En paralelo, se constata una apropiación deliberada de recursos pedagógicos y afectivos que reconfiguran la fotografía documental como plataforma de enseñanza crítica. Imágenes como la del cartel “Me faltan 18 estudiantes” (mediaciones pedagógicas críticas) o la del retrato de Dilan sostenido por su madre (memorias en disputa) no se limitan a testimoniar una ausencia o una pérdida: enseñan desde el dolor, convocan desde la herida y movilizan una memoria que no conmemora, sino que denuncia.

Un elemento transversal en todos los bloques es la presencia de una agencia visual situada, en la cual la mirada fotográfica, antes que a una neutralidad técnica, responde a un posicionamiento ético y político. Las decisiones de encuadre, la proximidad con los sujetos y el lugar desde donde se toma la imagen no son gestos técnicos sino actos deliberados de implicación. El fotógrafo no es espectador, es cuerpo en la escena, y en esa implicación se activa lo que Azoulay (2012) llamó el *contrato civil de la mirada*, en sintonía con el concepto de *insurgencia estética* formulado por Sánchez Moreno (2011).

Entre las tensiones emergentes, resalta la ambigüedad entre potencia icónica y riesgo de espectacularización. Imágenes como la molotov encendida o el salto frente al escudo policial condensan una fuerza simbólica que puede ser apropiada, descontextualizada o reducida a estereotipo. Por eso, la lectura situada no es un lujo interpretativo; es una necesidad hermenéutica: ninguna imagen habla por sí sola; su sentido se construye en el entrecruce de contextos, afectos y disputas narrativas.

En cuanto a las ausencias y disonancias, se destaca que, aunque existen registros nítidos del aparato represivo —como en la imagen en la cual un agente apunta directamente a la cámara—, hay una marcada ausencia de tomas que asuman el punto de vista del victimario o de los entes hegemónicos. No se documenta “desde el otro lado”, lo cual no supone una falla metodológica ni un sesgo ético, sino una posición consciente: este es un corpus situado desde abajo, desde los cuerpos movilizados, los testigos, los familiares, los fotógrafos implicados. No busca equidistancia ni balance informativo: busca comprensión crítica del conflicto.

Esta lectura visual dialoga profundamente con lo trabajado en las entrevistas, donde la palabra también emergió como forma de resistencia, de memoria y de formación. Lejos de constituir bloques analíticos separados, imagen y palabra articulan una misma apuesta metodológica por comprender cómo se configuran subjetividades colectivas en contextos de violencia estatal y movilización social.

Sintetizando, este corpus fotográfico no se limita a capturar fragmentos del estallido social colombiano: los interpreta, los tensiona y los transforma en archivo vivo de disenso. En cada encuadre hay más que una imagen: hay una posición. En cada gesto, más que un documento, hay una disputa. Lo que se busca no es retratar lo evidente, sino —como plantea Rancière (2014)— reconfigurar el reparto de lo sensible, es decir, disputar qué cuerpos son visibles, qué historias merecen ser narradas y qué formas de dolor se convierten en lenguajes de dignidad.

Referencias

- Azoulay, A. (2021). *The civil contract of photography*. Princeton University Press.
- _estebandperez. (2021, 10 de agosto). *Un SITP terminó en llamas, un gato muerto presuntamente por una aturdidora, varios heridos y dos capturados dejó la jornada* [imagen]. Instagram. https://www.instagram.com/p/CSYo0PotfEq/?img_index=1
- Fals Borda, O. (1970). *Ciencia propia y colonialismo intelectual*. Editorial Nuestro Tiempo.
- Feld, C. y Stites Mor, J. (Comps.). (2009). *El pasado que miramos: Memoria e imagen ante la historia reciente*. Paidós.
- Freire, P. (2005). *Pedagogía del oprimido* (J. Mellado, trad.; 2.ª ed.). Siglo XXI Editores.
- Herrera, M. C., Pinilla, A., Díaz, C. e Infante, R. (2005). *La construcción de cultura política en Colombia: proyectos hegemónicos y resistencias culturales*. Universidad Pedagógica Nacional.
- Jelin, E. (2002). *Los trabajos de la memoria*. Siglo XXI.
- Mahecha Castrillón, A. F. (2025). *Clic, clic... ¡Boom!: Fotografía documental como artefacto contrahegemónico para la construcción de la memoria social y la cultura política, en el marco del estallido social colombiano (2018-2021)* [Trabajo de grado]. Universidad Pedagógica Nacional.
- Rancière, J. (2014). *El reparto de lo sensible: Estética y política* (M. Padró, trad.). Prometeo Libros. [Obra original publicada en el 2000.]
- Sánchez Moreno, J. Á. (2011). La fotografía, el espejo con memoria. *Con-ciencia Social: Anuario de Didáctica de la Geografía, la Historia y las Ciencias Sociales*, 15, 37-46. Fedicaria-Aragón. <https://dialnet.unirioja.es/servlet/articulo?codigo=3797186>

Sontag, S. (2006). *Sobre la fotografía* (C. Gardini, Trad.; A. Major, Rev. trad.). Santillana Ediciones Generales. (Obra original publicada en inglés en 1973, 1974 y 1977).

UPN-Clacso (2025). *Arte, política y memoria en la revuelta social*.

Anexos

Debido a la extensión del material complementario —que incluye registros fotográficos, fragmentos codificados, etc.—, los anexos no se integran directamente en este documento.

Todo el material anexo puede consultarse en el archivo complementario titulado *Anexos- Clic, clic... ¡Boom!* o mediante el siguiente enlace de acceso:

Google Drive: <https://drive.google.com/drive/folders/1s1eR-J56IswsE9-nM9hfp81ycco6xbOVf?usp=sharing>. También está disponible bajo solicitud al autor vía correo electrónico: elektronegativo@outlook.com / dcs_afmahecha428@pedagogica.edu.co

Cada anexo está debidamente identificado y organizado según su correspondencia con las secciones analíticas del trabajo.

Sobre los editores académicos

Luis Gabriel Duquino Rojas

Arquitecto con profundización en urbanismo de la Universidad Nacional de Colombia, magíster en Geografía con énfasis en Ordenamiento Territorial, doctor en Geografía, convenio EPG, IGAC. Docente investigador de la Maestría en Arte, Educación y Cultura, área de trabajo Ciencias Sociales, en la relación sociedad-naturaleza, movimientos sociales en Re-existencia territorial desde una mirada decolonial. Investigador categorizado por Minciencias. Editor de la revista *Pensamiento, palabra y obra*, líder del grupo de investigación Arte, Educación y Cultura de la UPN, Facultad de Artes.

Gabriel E. Arjona Pachón

Politólogo y magíster en Filosofía. Experto en políticas culturales, legislación y economía creativa. Ha trabajado como asesor, consultor y gerente de proyectos en el Ministerio de las Culturas, las Artes y los Saberes de Colombia, la Secretaría Distrital de Cultura, Recreación y Deporte de Bogotá, el Centro Regional para el Fomento del Libro en América Latina y el Caribe (Cerlalc) y la Corporación Maloka.

Cuenta con experiencia docente en la Universidad Jorge Tadeo Lozano, la Pontificia Universidad Javeriana, la Universidad Nacional de Colombia, la Universidad Externado de Colombia y la Universidad Sergio Arboleda. En 2025, coordinó el proyecto del Centro de Museos, Observatorios y Gestión Cultural de la Universidad Pedagógica Nacional. Actualmente es subdirector de Formación Artística del Instituto Distrital de las Artes (IDARTES) de Bogotá. Autor de publicaciones en materia de políticas públicas, derechos culturales y desarrollo humano según la teoría de las capacidades.

El estallido social en Colombia no fue solo una irrupción de protesta, sino un campo de disputas simbólicas, corporales y afectivas donde la memoria se configuró como un proceso vivo y en constante tensión.

Este volumen se presenta como un tejido interdisciplinar que captura la efervescencia y la crudeza de las movilizaciones recientes, explorando cómo el arte, lejos de ser un registro secundario, opera como práctica de resistencia, denuncia y construcción de memorias colectivas.

Mediante análisis que recorren desde la confrontación mediática y visual hasta las pedagogías textiles, el fanzine, el arte corporal y la fotografía, los textos aquí reunidos revelan que la revuelta también es una lucha por el sentido: una disputa por nombrar, representar y habitar lo político desde otros lenguajes. En este marco, la esfera pública emerge como un espacio histórico y situado donde se entrelazan consensos, disensos y formas creativas de acción colectiva.

Más que documentar un acontecimiento, este libro propone una lectura encarnada de la memoria, donde los cuerpos, las imágenes y los afectos devienen archivos vivos de resistencia. En ellos persiste la potencia de transformar la indignación en creación y la experiencia en horizonte de justicia y dignidad compartida.

ISBN: 978-628-7851-93-1



UNIVERSIDAD
PEDAGÓGICA
NACIONAL



CLACSO